

Novela

A CIERTO LADO DE LA SANGRE

JUAN DIEGO MEJÍA

© Juan Diego Mejía

© Planeta Colombiana Editorial, S.A., 1991

El ruido del tren se vino creciendo mientras nada en el aire se mostraba distinto a los últimos cuatro años. Las ramas quietas y verdes, la arena seca del piso, a veces brillante, los hombres caminando lentos, el sol sacando astillas de luz en los rieles y en las picas levantadas por los trabajadores de ferrocarril, y el ruido cada vez más cerca, más fuerte, hasta cuando estuvo allí frente a nosotros.

Paula no va a acordarse de nada cuando sea más grande. Quizá conserve la vaga idea de unas manos acariciándole el cabello a través de la ventana del tren mientras Mariana la cargaba en sus piernas. Es posible que recuerde mi rostro, y mis gestos cuando la máquina arrancó de nuevo y quise seguir a su lado, pero casi con seguridad su cabeza va a estar ocupada por otros pensamientos de días más recientes en las que no quepan el hambre ni la soledad de esta zona.

El jefe de estación presencié la despedida y se quedó parado junto a la puerta hasta cuando el ruido desapareció por completo. Me dio una palmadita en el hombro antes de sentarse de nuevo a hablar por teléfono, y en esos momentos supe cuánto me pesaban esos cuatro años que empezaron el día en que desmontamos por primera vez del busecito de colores verde rojo y amarillo, y terminaban esa mañana, cuando me esperaba una casa vacía y oscura, habitada sólo por el olor de vejez de Eligio, donde tendría que pasar las noches sin Mariana y sin la pequeña Paula.

Qué rápido se fueron esos años. Siempre creía que seguía siendo el mismo que recorrió las calles del pueblo cargado una maleta amarrada con cabuyas buscando la casa de las señoritas Ahumada. Sólo en esos instantes, cuando en el aire no quedaban rastros del tren, me di cuenta de que todo, incluyéndome yo mismo, había cambiado, porque al llegar al pueblo por primera vez, Paula no había nacido y Mariana y yo éramos gente fuerte. Las que se iban perdiendo ahora entre los rieles del ferrocarril no existían al principio de esta historia, y yo era otro, lo recuerdo muy bien, muy distinto del que se quedaba mirando desaparecer el ruido y luego el puntico negro en que se convirtieron ellas.

Tengo todavía fresco en la memoria el aletazo de la puerta que se abrió de un empujón y rebotó en la pared de la casa de las señoritas Ahumada. Una pequeña ola de polvo se movió en un rincón cuando entramos, y luego subió por el sol que caía por un boquete en el techo. Desde el primer minuto, y sin descansar del viaje, Mariana hizo un inventario que me dictó mientras yo miraba hacia la calle: tres cuartos,

sólo dos tienen ventanas, ninguno con puerta, una salita, cocina, afuera el patio y una cabina de madera podrida que servía de letrina. Allí íbamos a vivir hasta cuando la muerte nos alejara. Entonces me quedé quieto, recostado a la pared y cerré los ojos. Escuché el río junto a nosotros, algunas voces de mujeres que hablaban en la calle, y a Mariana caminando por toda la casa impartiendo instrucciones para el futuro. Imaginé muy cerca un río limpio y ancho donde podría cumplir la promesa que le hice a Nacho de construir la casa grande que ya le había descrito y pintado muchas veces en las servilletas del café Versailles. Tendría dos pisos, despensa subterránea, hamacas en los corredores, flores en todas partes, anejo menudo en las ventanas, balcones con vista hacia el río y hacia el pueblo, y bastantes mecedores de mimbre, palmeras grandes alrededor, enredaderas frescas en las paredes, un horno de barro en la cocina para hacer pan. Todo estaba planeado desde cuando supimos en Medellín que debíamos separarnos: Nacho a la Cordillera, Mariana y yo a esta zona. Entonces hicimos planes y él me obligó a prometerle que construiría un rancho fuerte, a prueba inviernos.

Con el tiempo, y de tanto pensar en esos días, he llegado a creer que Mariana simplemente nos seguía el juego. Esa primera tarde en la región me dejó hablar sin interrumpirme y permitió que levantara con palabras las vigas de la casa, no se opuso a los balcones ni a las hamacas en los corredores y sólo sonrió y me acarició la cabeza cuando le hablé de la despensa subterránea llena de sacos de grano y carnes ahumadas que colgarían del techo. Después siguió con sus labores como si nada hubiera dicho. La casa grande y fuerte se me perdió entre el polvo levantado por donde ella pasaba y se oyeron claras sus palabras anunciando que en el pueblo no había acueducto ni luz eléctrica.

Poco antes, al darle la vuelta al pueblo buscando la casa, había visto la Sierra Nevada. Recordé en voz alta una historia que algún día Paula va a leer en alguna parte. Era un pueblo de cazadores donde nunca llovía. La gente se moría de sed antes de volverse viejos. Pero se cansaron de su historia de muertes y decidieron ir a las montañas más altas del mundo a cazar pájaros de hielo. Llenaron miles de jaulas y las llevaron a las cercanías de su pueblo. Los degollaron en los bosques y la sangre transparente formó ríos pequeños que provocaron la primera llovizna de su historia. Los habitantes salieron a verla y sentirla en sus cuerpos. Los mayores no resistieron la melancolía y murieron de tristeza.

Mariana me estaba mirando desde el otro extremo de la casa. La piel le brillaba con el sol filtrado por el agujero del techo y su voz se oía en todos los cuartos como si fueran muchas Marianas las que advertían acerca de los aguaceros de la región, y dicen, Sebastián, me decía, que las tormentas parecen el juicio final,

o sea que debemos tapar ese hueco antes de que nos inundemos. Y desde ese momento Mariana no descansó hasta cuando cubrimos el boquete en el tejado, que lo hice mucho después, porque siempre tuve disculpas para no hacerlo y seguir viendo cómo entraba la luz de la mañana y se iba corriendo la mancha blanca del piso a medida que pasaban las horas. Tuvimos que vivir la amargura de la huelga y todo lo que pasó después. Entonces arreglé el techo, la cerca del patio, hice un camino para ir a la letrina, pinté varias veces la casa, y estuve a punto de empezar a construir un sistema de acueducto para todo el vecindario. Nada digno de recordar ahora. El polvo y el tiempo se arrellanaron en aquellas habitaciones, y el único que de vez en cuando hala de esos días soy yo, como un intento por no deshacerme en olvidos.

La primera persona que conocimos en el pueblo fue Julio Alfaro, el dueño de una tienda cerca de la casa, a donde llegamos cuando ya había oscurecido. A esa hora el hambre nos hizo pensar en los dos días que llevábamos sin comer en forma, desde cuando nos despedimos de Nacho en Medellín. Ambos sentíamos el cansancio de la carretera interminable, y el calor pegado de nuestros cuerpos sucios saludamos a la gente que se sentaba en taburetes recostados a los muros de sus casas sacudiéndose los mosquitos con toallas. Después supimos que todos en el pueblo estaban pendientes de lo que hacíamos nosotros. Caminamos por el centro de la calle que se veía de color azul y unas figuras negras vestidas con camisones blancos respondían a nuestros saludos hasta cuando entramos a la tienda de Alfaro, un hombrecito con manías, al que le gusta limpiar el mostrador y espantar a los mosquitos con el mismo trapo rojo. Mira a la gente arrugando las cejas y casi nunca habla antes de que le hablen. Sólo tenía queso y pan esa noche. Nada en forma, como queríamos. Tuvo paciencia para esperar a que le preguntáramos cualquier cosa, no recuerdo si le hablé acerca del calor o de la oscuridad de las calles, entonces destapó dos gaseosas después de sobar las botellas con el dulceabrigo y partió con total simetría dos pedazos de queso y los puso con dos panes sobre el mostrador, es lo único que consiguen hoy en el pueblo, se os seguro, nos dijo, y nosotros no teníamos deseos de polemizar a esa hora en que Mariana se quejaba del sofoco, sin embargo Alfaro siguió limpiando el mostrador en los alrededores de nuestras botellas, hablando para él mismo, porque sentía la obligación de explicarnos la soledad que se respiraba en el pueblo, debida al velorio, el más largo de todos los que él recordaba hasta entonces, porque duró tres noches seguiditas al pie de la difunta Inocencia, pero Mariana mencionó de nuevo el calor y echó la cabeza hacia atrás mientras se masajaba la nuca, entonces dijimos que habíamos tenido un viaje muy largo y necesitábamos descansar, es decir, era el momento de irnos a dormir a la casa de las señoritas Ahumada, y luego recordaría muchas veces, sobre todo cuando se nos metía en el cuerpo el olor de los murciélagos, las palabras de Alfaro dichas entre dientes y con un gesto de fatalidad en los labios al momento de despedirse: “¡Hum! Casa vacía desde hace tiempo, cuyo eco nos

persiguió hasta cuando el vientecito de los murciélagos que cruzaba por la casa sopló cerca de nuestras narices. Mariana nunca pudo acostumbrarse a aquel olor de hábito de santo, ni a los aletazos junto a su piel en la oscuridad. Si algo le producía miedo era abrir los ojos y ver dos o tres de esos animalitos de alas huesudas dando volteretas en el círculo de la luna frente a la ventana.

Esa noche los dos estábamos asustados. Colgamos la hamaca y nos acostamos en silencio a escuchar los sonidos de la calle. Otra vez el río me hizo pensar en Nacho. Sólo fue mirar las vigas cansadas de aquella casa, debajo de las cuales Mariana y yo nos mecíamos, entonces le juré que no iba a fallarle y que podía contar con una casa junto al río. Ella sonrió mientras se quedaba dormida. En ese momento por primera vez me sentí solo en medio de un enorme campo. Recordé las noches en las fincas del abuelo en Antioquía. Oscuridades grilludas, lejanas, habitadas por brujas y peones callados, hombres que respiran haciendo sonar las narices como los caballos. Esas noches pasadas lejos de mis padres, a cargos de los agregados que me enseñarían a ser hombre, se me presentaron tan pronto Mariana se durmió. Entonces sentí otra vez ese vacío en el estómago porque la peonada se burlaba de mí. Eché una mirada a Mariana y me pareció que seguía sonriendo como si estuviera viendo la película de mis miedos. Por eso pienso que siempre nos siguió el juego. Lo hizo cuando Nacho me la presentó en la Universidad poco después de que ellos terminaron su noviazgo. Se sentó con nosotros en la cafetería de la facultad de artes y nos oyó el cuento de la política. Nunca dijo sí ni dijo no. Sólo nos oía mirándonos con su sonrisita en los ojos. Fue a las manifestaciones y todo el mundo la conoció como la exnovia de nacho que ahora andaba conmigo. Nos siguió el juego cuando él dejó de ir a su casa a recogerla para las tareas políticas y en cambio seguí yendo yo. Pudo haberme aclarado que no le gustaba mi compañía, pero no lo hizo. Igual tomaba su mochila, se enrollaba una bufanda en el cuello y salía cantando y caminando a mi lado. Al principio no podía creerlo. Pero en verdad. Ella estaba siempre allí, abajito de mi hombro. Y el día en que nos llegó la orden de abandonar la universidad y disponernos a viajar a cualquier parte del país, ella me dijo, fría y certera, que ya estaba cansada de vernos hacer siempre lo mismo.

Nacho no estuvo presente cuando aquello ocurrió, y así fue menos difícil preguntarle a ella si quería acompañarme a pasar el resto de la vida en esta zona. Sonrió de nuevo. Lo que interpreté como una tremenda metida de patas y quise pedirle que no comentara nada del asunto a Nacho. Sin embargo, al día siguiente me dijo que había empezado a hacer los trámites para cancelar el semestre en la universidad.

Parecía increíble. Pero así se fueron dando todas las cosas para que nos viniéramos juntos. Me llevó a su casa y me presentó a sus padres. Yo mismo, sin que nadie lo insinuara, les adelanté que nos casábamos, y cuando Nacho y yo nos emborrachamos en la víspera de la salida, se sentó a nuestro lado y nos oyó el cuento de esta nueva vida, siempre con la misma sonrisa de incrédula, así como se durmió esa primera noche en el pueblo mientras oíamos sonar el río afuera, cuando estuve oyendo el chirrido de los lazos en las argollas que sostenían la hamaca, pensando en una fina ya casi olvidada en el cañón del río Cauca. Hubiera querido que Mariana estuviera también despierta porque esa noche imaginé el rumbo de los años siguientes, y ni por un momento tuve dudas acerca del futuro. Ibamos a vivir aquí, en esta zona, en aquella primera casa despintada con olor a murciélago, en un pueblo donde la gente se sienta en las terracitas de sus casas a espantar los mosquitos y dejar se calme el calor. Todo lo que viéramos al día siguiente sería nuevo para Mariana y para mí. Pero nunca llegué a pensar que necesitaría estos cuatro años que han pasado para acabar de entender ese desfile de historias y personas que se fue dando desde el día de nuestra llegada. Esa misma noche, mientras yo moldeaba los tiempos siguientes, los habitantes del pueblo se cambiaban de ropas y en pequeños grupos se iban caminando hacia el caserío vecino donde rezaban la novena por el alma de Inocencia, a quien había velado durante tres días y dos noches, el más largo de todos los velorios ocurridos en la zona, pero tiempo justo si se considera que Inocencia había muerto de hambre y tristeza, según averiguamos, causas que la gente de ambos pueblos reconocen ahora y por las cuales han cosechado hacia Juan Fernández, su marido, un cierto rencor que no dicen palabras por temor a su patrona, Adelaida Mendoza. Esta vez todo parece indicar que el sentimiento de la mayoría estuvo del lado de Beatriz y no de la poderosa figura de Adelaida, y creo que en cierta forma los habitantes de los dos bandos se sintieron culpables de la muerte de Inocencia, o mejor, de la pobre Inocencia, como todavía cuatro años más tarde se refieren a ella, y la recuerdan siempre sumisa flotando al lado del taconeo de su hermana, calladita en medio de Beatriz y Adelaida, sin voz ni voto en esas discusiones mayores ni en los interminables monólogos que seguían a cada conflicto. Todos la vieron el día en que dicen que se dividió el pueblo, caminando al lado del buey que tiraba de la góndola sobre la cual iba la vieja Basilia sentada en su mecedora, negra y anciana, con sus dedos torcidos por la artritis y con los ojos mirando a todos los lados sin mover la cabeza. La pobre Inocencia, algo encorvada, la mirada hacia el piso navegando sus propios pies que se movían lentos. Ni siquiera esa vez discutió con Beatriz, ni se quejó de la suerte que les esperaba al dejar el pueblo donde habían vivido tantos años, todos los veinticinco de su memoria, para irse a vivir a los viejos campamentos abandonados por la compañía de banano. La pobre Inocencia seguramente recordaba ese lugar como el sitio donde jugó en su infancia, porque dicen que la salida de la compañía sólo quedaron palos de mango que todavía florecen en marzo, el resto era maleza regándose por los ladrillos rojos y las

latas verdes pudriendo los anjeos y las puertas, trepando por los viejos vagones abandonados, resistiendo a las lluvias y al sol quedando dueña de todo, aun del eco de las palabras de los niños que recogen mangos y de los excrementos de chivos, vacas, perros, pastores y vaqueros. Ni siquiera entonces opinó, como sí lo hizo años después cuando Juan Fernández le propuso compromiso. Esa vez pensó que era una decisión que sólo ella podía tomar y más tratándose del principal hombre de Adelaida, hecho que en sí mismo llevaría el veto de Beatriz, no el de Basilia, porque la vieja desde hacía mucho tiempo tan sólo existía y las decisiones eran siempre de Beatriz. Ella apenas la miraba de reojo sentada en su mecedora que le ayudaba a pasar los días, los que pensaba serían a los últimos de su existencia. Inocencia no buscó apoyo en su abuela a la hora de hablar con Beatriz. Lo hizo sin gritos sin escenas y sólo le dijo que ya era una decisión tomada, y se fue. Juan la esperaba junto a los vagones abandonados, limpiándose las separaciones de los dientes con espigas de maleza mientras su caballo hundía el hocico en la hierba crecida. El asunto era más dramático para Inocencia porque Juan, que nunca había tenido casa estable, recibió de su patrona un pequeño rancho en el pueblo, a escasos metros del río. La pobre Inocencia llegó como se había ido, agachando la mirada, caminando al lado del caballo que resoplaba con fuerza. Adelaida los vio pasar desde su balcón y levantó la mano derecha a la altura del hombro. Desde ese momento Inocencia pasó la mayor parte del tiempo encerrada y ella misma evitaba encontrarse con la gente porque pensaba que le harían reproches por los actos de Beatriz. Sin embargo, por lo que se habla de ella en este tiempo, nadie la asociaba con la mala leche de su hermana, y en cambio se la consideraba su principal víctima, pero la pobre inocencia nunca lo supo, y no tuvo a Juan cerca para saberlo por boca suya. Quizá la única que pudo tenerle resentimiento fue Adelaida, y tal vez por eso se las arregló para mantener a Juan Fernández lejos del pueblo con la disculpa de que su hombre de confianza debía estar en el frente de los playones donde tenía trabajando unas cuadrillas de o peones indisciplinados.

Inocencia, por supuesto, no protestó ni le pidió a su marido que la llevara con él. Por orgullo no quiso regresar donde Beatriz y Basilia, y tampoco se atrevió a pedir crédito en las tiendas para sobrevivir mientras aparecía Juan. Aprovechaba las noches en que iba a lavar su ropa al río para buscar en los arrumes de basuras algo que le ayudara a calmar el hambre, y al principio encontró cáscaras de plátano, tarros de café sin terminarse, espinas de pescado, panes duros y deshechos. Pero luego de una vez en que halló una bolsa con comida limpia y caliente cuidadosamente colocada sobre los desperdicios, no volvió a resolver el basurero porque consideró que esos actos de caridad clandestina y anónima de alguien a quien le inspiraba lástima eran lesivos a su dignidad. Decisión absurda para el autor, don Eladio Agámez, quien poco después

sería mi vecino y que no podía entender las razones que tuvo Inocencia para encerrarse a esperar una muerte lenta y dolorosa.

Por esos mismos días en que la piel debió secársele a Inocencia dejando ver la forma de sus huesos, Beatriz aseguraba haber visto varias apariciones en el aire resquebrajado por el calor, en las que estaba Inocencia pidiéndole ayuda y podía sentirla como si estuviera ahí mismo en su casa. Hasta que una tarde no aguantó la desazón y se fue al pueblo a buscarla. Caminó con sus enormes tacones levantando arenilla con cada paso y sin preocuparse por la mirada de la gente. Empujó con fuerza la puerta de la casa de Inocencia y la encontró enrollada sobre sí misma. Beatriz no dejó entrar a los curiosos que tampoco pretendían pasar más allá de la puerta, pues se contentaban con ver que el ovillo de huesos y cabello negro no se movía ni respondía a las sacudidas de los brazos de Beatriz.

Juan, por supuesto, no estaba en el pueblo. Se enteró cuando ya Beatriz se la había llevado para su caserío y tenía todo dispuesto para el velorio. Suspendió labores en los playones y se fue a la cantina del campamento con todos los hombres de su cuadrilla quienes se solidarizaron con él desde la primera cerveza, y a la media noche salieron a comprar el ataúd más elegante que se encontrara en los alrededores porque ellos estuvieron de acuerdo con Juan respecto a que Inocencia era una santa. Fueron a la carpintería de Soplador, que era el pueblo más cercano, y allí Juan escogió un cajón grande y pesado aún sin terminar de pulir, pero después de una discusión en la que los hombres se iban a llevar la caja por la fuerza, el carpintero logró convencerlos de que esos ataúdes pesados eran para enterrar a los ayudados del demonio, y que esa noche había muerto uno en las cercanías del pueblo. Por fin se resignaron a comprar un cofre liviano y barato que llevaron a la cantina y lo colocaron en el mostrador mientras terminaban de emborracharse. Eran ocho, contando a Juan, y todos se midieron en el ataúd cuando ya casi amanecía. Cada uno se acostó mientras los otros cargaban dándole vueltas por toda la cantina. El último fue un negro que se quedó dormido y los demás lo creyeron muerto. Dejaron de gritar y le taparon las narices con algodones y la boca con un pañuelo para evitar que se le metiera el alma del demonio de Soplador, y cuando el negro despertó a punto de asfixiarse reiniciaron la gritería y celebraron hasta el amanecer.

A esa hora, me han dicho, las tres ancianas que habían llorado durante toda la noche acurrucadas junto al cadáver de Inocencia se pararon frente a Beatriz esperando la paga. Pero ellas las retuvo doblando la tarifa y continuaron llorando hasta la hora en que debían salir para el cementerio. Un poco antes Beatriz se había levantado de su silla y pasó por encima de los pies de las plañideras, apartó suavemente la cortina

de seda que separaba su cuarto, y al entrar en él respiró con fuerza el aire de las flores venido de la sala. A través del espejo vio a Basilia que la miraba sin levantar la cabeza. Le pidió un último lance de entereza y la acicaló con un poco de polvo de maquillaje en la piel negra.

A las diez, cuando salían con el cajón, se encontraron en la puerta con Juan que trataba de cubrirse del sol con el brazo derecho. Sólo unos minutos antes había llegado con el ataúd y su gente de los playones desde donde viajaron en un camioncito alquilado y decorado con cintas negras. Venía barbado y sus amigos casi no podían tenerse en pie, pero él mantenía intacto el aire de capataz y marido de difunta. Entonces exigió que pasaran a la pobre Inocencia para un ataúd digno de su categoría pero Beatriz no le permitió dar un paso adelante. Había iniciado una retahíla de insultos que amenazaba ser mucho mayor que las fuerzas de Juan a esa hora, así que éste levantó los brazos y propuso un trato simple que a Beatriz le pareció razonable, sólo quiero verla, sólo eso, ¡ah! si es sólo verla no hay problema, dijo, después podremos enterrarla. Y todo parecía que iba a ser así como pensaba Beatriz, bajarla, abrir la ventanita, darle espacio a Juan Fernández, al fin al cabo era su marido, puede verla, tiene derecho, y basta, sigamos, ordenó. Pero Juan ni siquiera se acercó. Apenas alargó el cuello barbado y se sobó los labios con la mano. La gente suspiró y debió oírse cuando todos dieron un paso atrás porque el marido parecía satisfecho. Entonces los hombres que iban a cerrar de nuevo la escotilla se miraron entre sí cuando Beatriz metió sus manos y luego gritó que Inocencia estaba viva, ella misma la vio cuando giró el cuello unos grados a la derecha o a la izquierda, y en tales circunstancias nadie se opuso a regresar a la casa. Creo que a la gente debió formársele una gran confusión en la cabeza al volver a imaginar a la pobre Inocencia calladita y encerrada en su casa de pueblo, y no como la llevaban ahora acompañada por todos los de uno y otro bando, llorada por plañideras una noche completa y, lo más inverosímil, con dos cajones a su disposición para ir al descanso eterno. Inicialmente estaba bien lo de Beatriz, chuzarla, moverla, colocarle un espejo en las fosas nasales pero, ¿para qué? En cambio Beatriz pensaba diferente. Quería recuperarla para la vida y para su causa. Cuando despertara su hermana regresaría a casa definitivamente, y el embeleco del Juan Fernández iba a terminar. Por eso no permitió más rezos ni llantos porque sólo era cuestión de esperar a que quisiera despertar.

Mientras tanto Juan se llevó a los hombres para la cantina y empezó a repartir cerveza para todos los que iban llegando. Así los tuvo durante toda la noche, y ellos recuerdan su generosidad y su monólogo que sólo interrumpía para ordenar más cerveza o para ir a orinar junto a la palma del patio. Acusó públicamente a Beatriz por tenerlos en aquella situación y por impedir que Inocencia se fuera de una vez por todas para el

cielo, porque ella es una santa, dijo gritando, se los advierto desde ya si es que todavía no lo saben, y nadie tiene derecho a detener su viaje a la eternidad. Nadie, ni siquiera ella, porque así lo único que consigue es hacerla sufrir aunque esté muerta, que lo está, se los aseguro, yo la vi y enseguida lo supe. Tiene la carita chupada y los ojos hundidos. Claro que lo mira a uno como si estuviera viva, porque los difuntos son así, miran a la gente y parecen vivos, pero ella está bien muertecita y podemos estar seguros de que este pueblo ya tiene santa propia y debemos buscarle un lugarcito en la iglesia, pero que sea en el centro de los demás santitos, sí señores, nosotros no podemos demorar más su viaje al cielo mañana, cuando pase el tren, la enterramos y la dejamos descansar de una vez. Y Beatriz debió escuchar el grito de apoyo a las palabras de Juan y el choque de las botellas que se juntaron para brindar, pero sabía que por lo menos hasta el momento era ella quien tomaba las decisiones. Siguió al lado de Inocencia, pendiente de cualquier movimiento, sin embargo, a medida que pasaba el tiempo se le iban las esperanzas. Tal vez por esto no discutió en la mañana cuando se escuchó el ruido del tren acercándose al caserío y las voces de los hombres agolpándose en la puerta de la casa detrás de Juan. Ella se inclinó junto al cadáver y le acarició el pelo. Desde esa posición dijo entre dientes, está bien, se hará como lo habíamos planeado, y dicen que entonces y sólo entonces el entierro empezó.

2

No va a ser fácil olvidar aquellos días. Tuvimos para nosotros dos un montón de tiempo sin preocuparnos por nada diferente del sol que brillaba en la superficie del río, por definir quién iba a comprar la leche en la tienda de Alfaro. Teníamos un radio que sintonizaba en onda corta y así ampliamos nuestro universo hasta más allá de Venezuela. Desempolvamos un ajedrez y los libros de literatura y marxismo. Mariana organizó una pequeña biblioteca en un rincón por donde entraba la luz de afuera a través de una ventana, y desde el día siguiente a nuestra llegada hicimos la mayor inversión de entonces al comprar una caja llena de provisiones en la que incluimos además de arroz, aceite y otros detalles que Mariana consideró necesarios, galletas y mermelada de mora.

Tardamos cerca de dos semanas (mientras nos duró la caja) en preguntarnos cómo íbamos a sobrevivir. Conocíamos a casi todos en el pueblo pero jamás le planteamos a alguien cuál era nuestro objetivo en la región. Ellos se imaginaron, al vernos en aquella vida de despreocupación, que simplemente estábamos pasando una temporada de vacaciones. Nadie, creo, pensó que planeáramos quedarnos para siempre aquí con ellos. Pero si algo logramos durante esos días fue olvidarnos del temor que nos provocaba una vida diferente por completo a la que habíamos tenido hasta entonces. Mariana lloraba en las noches sin que yo me diera cuenta, como también lo hizo esa noche anterior a su viaje de regreso cuando llegué a la conclusión de que nunca más las volvería a ver, porque pienso que ella se esforzó por evitar que yo me enterara de muchas cosas que serían dolorosas para mí, como la mañana en que se levantó antes de que yo despertara y se arregló para salir. En el piso todavía estaba la partida de ajedrez de la noche anterior, y afuera sólo se escuchaban las voces de hombres que iban para sus trabajos. Mariana me miró fijamente hasta cuando desperté. El cabello recién bañado le había mojado los hombros y tenía el aire de ceremonia que toma la gente cuando se acaba de bañar. En esos momentos pensé que aquellas vacaciones habían terminado y que algo nuevo iba a empezar. Mariana lo supo antes que yo. Quizá estuvo pensándolo todo el tiempo mientras se agotaba nuestra despensa y no me lo dijo para no crearme problemas, pero era tiempo de pensar en nuestra subsistencia y estaba dispuesta a ir donde Adelaida Mendoza a pedirle un empleo. Me sentí carga de mi supervivencia porque yo fuera incapaz de hacerlo. Pero, a pesar de la turbiedad del momento y de la inmediatez de los hechos, se me vino a la cabeza la imagen de tantos compañeros de la organización que no trabajaban en nada diferente de las actividades políticas. Me levanté de la hamaca y puse cara de seriedad.

Caminé hasta la ventana, recosté un hombro junto a los barrotes. Después de suspirar y casi exasperar a Mariana, oí que mis labios dijeron: está bien, a mí también me llegó la hora de empezar labores. Y quedé liviano de peso al pensar en mis propias responsabilidades.

Cuando Mariana cerró la puerta sentí que estaba solo y había llegado el momento de hacer soñar a la gente debía salir a hablar con los peones de las fincas y convencerlos de que dedicaran parte de su tiempo a imaginar un cuento. Debía lograr acercarme a ellos mientras Mariana solucionaba el misterio de nuestras comidas, nuestras ropas, y todo aquello que se va haciendo visible cuando uno deja de vivir con sus padres. Para mí, en silencio, pensaba que los trabajadores no iban a sostener también la parte económica. Era lo lógico, pues habíamos dejado todo por ellos. Así lo entendíamos Nacho y yo, pero ante esto Mariana sólo sonreía.

Después de bañarme en el patio, pensando que todos los vecinos estaban pegados de la cerca espíandome, me vestí y salí a la calle. Tomé la dirección contraria al río pero en realidad no sabía a dónde ir. Traté de demostrar seguridad en mi forma de andar, como si me dirigiera a un lugar específico. Así caminé hasta el caserío de Beatriz, recorrí sus cuatro calles saludando a la gente que me sonreía a través de los anjeos de las ventanas. Regresé al atardecer, después de haber tomado gaseosas en casi todas las tiendas de los alrededores. Cuando llegué a casa Mariana tenía la misma cara de despreocupación de los primeros días. Me estaba esperando para comer y había tenido tiempo de poner todo en orden. Me hizo olvidarlo ocurrido en la mañana y convirtió mi cansancio en un acto de heroísmo. Luego de algunos rodeos me contó su entrevista con Adelaida, y trató de mostrarla como algo sin importancia. Así fue como supe que Adelaida se parecía ala idea que mariana y yo nos formamos de ella a través de las historias escuchadas en el pueblo: piel blanca, mandíbula fuerte, ángulo recto bajo el lóbulo de sus orejas, cabello blanco. Sólo sus labios se nos escaparon, eran demasiado delicados.

Adelaida es una mujer muy ocupada. La mayor parte del tiempo la pasa haciendo cálculos electorales. La inspección de policía y el colegio con sus cartas más importantes en las cuales fundamenta en gran medida su poder. El inspector, por lo menos desde cuando la población tiene memoria, ha sido Urbano, su esposo. Y el colegio lo fundó ella misma para que sus hijos pudieran estudiar y al mismo tiempo se mantuvieran cerca de sus negocios, como había hecho su padre con ella y con su hermana. Vive en una casa rodeada de palmeras, con muros forrados en matas. Afuera siempre hay un grupo de hombres esperando órdenes suyas, y Mariana tuvo que pasar por encima de varias piernas y a través de los silbidos de ellos que hicieron comentarios acerca de sus caderas. Cuando llegó hasta la puerta uno le atravesó una pierna para impedirle entrar. Mariana debió mirarlo sin decirle nada y dar vuelta al picaporte para que le despejara el paso, entonces llegó al salón de la entrada que es un espacio grande y un poco oscuro. Allí se mantiene intacta la frescura de las enredaderas y las palmas que la rodean. Adelaida se sorprendió cuando vio entrar a Mariana, y ésta no esperaba tampoco encontrársela allí casi detrás de la puerta. Tuvo tiempo de aspirar el aire húmedo de la casa antes de que la invitara a sentarse. En esos momentos se metió al salón el eco de las risas que nacían afuera. Mariana fue al grano y sin rodeos le expuso el asunto de la subsistencia en una tierra que no era la suya, pero donde quería vivir un tiempo, el suficiente para que su esposo hiciera una investigación acerca de la economía de la región. Adelaida sonrió, y después supe que lo hizo no por incrédula, sino porque esa es su primera reacción cuando algo no encaja en su esquema. Le parecía que aquí no había mucho para aprender, pero Mariana siempre ha sido directa en sus cosas y no estaba

dispuesta a dar muchas explicaciones, optó por hacerle saber que ya estaba enterada de todo su poder, y que el colegio era el sitio ideal para una persona con preparación universitaria y dispuesta a vivir en la zona, además estoy segura, le dijo, de que ambas nos vamos a beneficiar, Adelaida. Y esto último, es decir, la supresión del doña se le clavó en los ojos y la hizo dudar. Entonces se alisó el chaquetín y se dispuso a jugar una carta mayor, por eso alargó la conversación a pesar de que Mariana había sido directa con sus palabras. Empezó con un elogio del valor de la gente que abandona su hogar. Le advirtió que en este pueblo nativos y visitantes se mueren de aburrición y es un pueblo donde todos los días son idénticos, hija, le dijo, aunque existe una diferencia, te advierto, entre los que nacemos aquí y los que vienen de cualquier otra parte. A nosotros nos gusta esta rutina, no nos damos cuenta ni siquiera de estar envejeciendo, en cambio tú, y aquí se sintió de nuevo segura de sí misma y le imprimió un ritmo más lento a sus palabras, pobrecita, vas a morirte de tedio, pero en fin, aunque no estoy segura de lo que quieres hacer, no pareces una bandolera.

Mariana recordaba con frecuencia aquella conversación. Uno de los detalles que más tenía presente era que Adelaida se estiró varias veces el chaleco mientras hablaba, se sacudió una pelusa inexistente en la solapa, y por momentos pareció perderse de la conversación.

Miraba hacia fuera como buscando a alguien en especial entre los hombres que seguían tirados en la hierba limpiándose los dientes con espigas.

Mariana se guardó detalles de la entrevista que sólo vine a conocer en charlas aisladas a lo largo de estos años. No sé si aún conserva secretos que nunca me reveló, porque pienso que Adelaida debió decirle algo acerca de mí. Quizá le ofreció otro empleo para que yo me ubicara, pero Mariana no quiso tomar ninguna decisión en esos momentos. Sin embargo, en varias ocasiones me dijo que ella podría conseguirme algo con Adelaida sólo tenía que autorizarla. Por supuesto que no acepté, y cada vez se fue alejando más la posibilidad de que yo tuviera algo que ver con Adelaida Mendoza y sus negocios. Al hablar de mí, Mariana debió encontrar la oportunidad de mencionar a Urbano, ¿Urbano?, dijo Adelaida, ¡ah! sí, es el inspector de policía, un hombre aburrido, como todos los de por acá, y Mariana dijo suavemente, sin ensañarse en la que iba ser su patrona, no sólo es el inspector, Adelaida, es su esposo. Entonces Adelaida vaciló, se estiró el chaquetín y miró por la ventana. Afuera seguían los hombres tirados en la manga. Pasaron segundos antes de que contestar, qué raro, lo había olvidado, y cuando dijo esto creo que fue sincera porque, he aprendido, puede ocurrir la dispersión del concepto esposo a través del tiempo y en medio de cientos de miles de

comisiones policivas en las que siempre la demandante es ella y el encargado de ejecutar la acción pronta y eficaz el él, caminando un poco más rápido que de costumbre, sosteniéndose el sombrero con una mano para que no pierda su habitual ladeado, arreando con palabrotas a los dos policías gordos de tantísimos años en el pueblo, casi tantos como los suyos que arrancan por allá en los días en que la compañía bananera todavía enganchaba gente en su nómina generadora de leyendas, la mayoría variantes de una misma parranda en la cual los rones se le subieron a la cabeza a un cartagenero y éste, frente a la incredulidad de los presentes, sacó sus billetes del último pago y envolvió con ellos un velón que más tarde encendió para bailar, con todas las de la ley, una cumbia. Dicen que ha habido imitadores en otras fiestas de muchos lugares, pero ninguno produjo nunca tanta euforia como el de aquella noche de esos años cuando Urbano debió llegar a la zona buscando empleo. Tendría más o menos mi edad, es decir, demasiado joven para la Adelaida de hoy, y no conocía a nadie en la región. En ese tiempo había trabajado para todos y él, según dicen, se alistó como apuntador de tiempo, cargo que desempeñó hasta cuando la compañía se fue de la zona. Urbano, como muchos otros, no tuvo para dónde irse, o quizá no tuvo ánimos suficientes para empezar de nuevo, no porque estuviera viejo sino por un impedimento más serio que cualquier otro, estaba enamorado desde entonces, y a juzgar por sus ademanes atontados creo que todavía lo está después de tantos años, al cabo de tantas operaciones policivas. Podría jurar que no ha olvidado a esa mujer de los tiempos de brillo de la región que o hizo refugiarse en las cantinas y hacer amistad con otros despachados, con tahúres, borrachitos comunes, y que en medio de toda esas amistades de su atardecer lo hizo conocer a don Abel Mendoza, el hombre que había logrado materializar su enorme fortuna comprando, alquilando, administrando y robando las tierras de la compañía. Era la contraparte física de urbano con sus casi dos metros de estatura, ciento cuarenta kilos, compadre de la mayoría de la gente de la región, dicharachero y generoso en las parrandas, no de otra manera se podría explicar cómo sacó a Urbano de ese encochamiento resultado del desprecio de Roxana, es decir, de la mujer del prostíbulo que él creía haber enamorado cuando llegó por primera vez al barrio a emborracharse, bailar y comparar algunos besos y conseguir la levedad del cuerpo que deja la copulación, y esa alegría triste que se respira en los lupanares. Don Abel logró despertarlo en la mesa en que fumaba, bebía y recordaba a la mujer imposible. El sintió la manaza velluda en sus abrazos secos, vio la sombra de elefante ennegrecer su entorno, oyó la voz ronca y asmática que lo levantó unos milímetros del asiento, nada es para tanto, flaco, oyó que le dijo, lo que te falta es mojar el guarguero, y ya verás. Entonces, Urbano se pensó sitiado por una fuerza superior a todas las suyas y se creyó obligado a sonreír y a arreglarse el sombrero y a ser amigo de don Abel hasta la muerte, como le había ocurrido a otros solitarios que cayeron bajo su catapultilla de voz, cuerpo, sonrisa y complicidad, porque a ellos les confesaba la clave de su riqueza, hasta cuando se convirtió en un secreto a gritos: corro las

cercas, flaco, le dijo, la gente se vende y yo compro. Pero nadie lo acusó nunca de nada. Seguían siendo confidentes y él premiaba la fidelidad a su manera. Por esa época Urbano debió sentirse mejor a pesar de no tener empleo y estar todavía bajo los efectos del dolor en todo lo más íntimo de su vanidad de hombre, porque las putas son putas y si uno va a quererlas deben dejarse querer, don Abel, gritaba Urbano, o no es así, don Ábel, le preguntaba, sin embargo había logrado que hombre más poderoso de la región lo considerara su amigo, casi su único amigo, porque todos los demás son compadres y ustedes dos son amigos y no compadres, decía, título que urbano empezó a sobrellevar con orgullo cuando se los comunicó a él y al cantinero del bar de la tristeza como lo llamaba el propio don Abel, y para que vean que voy en serio y de frente los quiero convertir en mis yernos, dijo una vez, ante lo cual también chocaron las botellas de cereza como si lo que acabara de decir no fuera algo que habría de cambiar sus vidas.

Así fue. Todo empezó esa noche en la cantina cuando don Abel les dio la opción de ponerse de acuerdo a su manera y escoger cada uno su esposa, y como ninguno de los dos mostraba preferencias él mismo dio la orden de que lo definieran las cartas, y de inmediato sacó un naipe nuevo, sepan que se llevan mi vida, par de cabrones, les advirtió cuando se disponían a destapar los juegos. Entonces la emoción creció y ambos, urbano y el cantinero, se comportaron como verdaderos tahúres silenciosos y concentrados mientras la sombra de don Abel los instaba a mostrar las cartas. Hubo ganador y perdedor, y los tres se abrazaron para celebrar hasta cuando llegó el momento definitivo en que el vencedor podría escoger, amos ahora mismo y arreglamos este asunto, yernitos, les dijo, porque Abel Mendoza no se mama. Urbano debió sentir un poco de vergüenza porque hasta el momento jamás había pisado la casa de su amigo de parrandas y además no estaba en la plenitud de sus sentidos para presentarse como el triunfador del juego a reclamar su premio, pero don Abel insistió y los llevó descargándoles sus brazos velludos sobre los hombros de manera que nadie podría escaparse.

Adelaida era la menor de las Mendoza y en el físico debió parecerse a su madre porque dicen que desde siempre fue menuda y altiva, condición esta última que no perdió ni siquiera cuando su padre llegó con los borrachos y las hizo levantar y filarse frente a la figurita abotagada de urbana, y qué opinas, flaco, le dijo don Abel, entonces Urbano se le acercó a Adelaida y desde allí miro a su suegro, me quedo con ésta, y el cantinero le sonrió a Jimena, la otra, que sí le había sacado la corpulencia física a su padre. Tal vez las dos muchachas estaban preparadas para vivir ese momentos. Es posible que desde niñas superan que un día don Abel iba a llegar con los elegidos para esposos suyos, y quizá por eso ninguna de las dos objetó el acto de entrega. Sólo que Adelaida tenía su propia versión de lo que es un esposo y desde el principio puso a

Urbano en su lugar, lo primero que debes hacer, le dijo, es dejar de pensar en esa puta y ponerte a trabajar, porque Adelaida, al igual que el resto de la gente en el pueblo, conocía la historia de Roxana y Urbano, a lo cual éste no supo qué decir y desde ese momento dejó que su mujer llevara la iniciativa en todo, que es una manera de no pensar, o pensar sólo en las cosas buenas, porque las otras, las cosas malucas, uno las ejecuta mecánicamente, sin cuestionar nada, sólo moviendo los pies uno detrás del otro en la dirección adecuada, y eso lo sé muy bien pues desde hace un tiempo sólo me muevo porque debo hacerlo, porque no puedo quedarme como una estatua, porque Eligio, mi anciano compañero de estos últimos días podría pensar que estoy muerto y entonces se iría de esta casa y me moriría de verdad. Por eso Urbano, a pesar de todo lo que hizo me cae bien y no lo culpo aunque él piense lo contrario y agache la cabeza cuando nos cruzamos en el camino.

3

Cuando Mariana empezó a trabajar en el colegio, la casa se nos llenaba de gente desde temprano. Los padres de familia iban a visitarnos aún en las horas en que Mariana no estaba y parecía que el pueblo se hubiera propuesto averiguar todo sobre nosotros, y miraban mis libros, abrían mis cuadernos, tocaban la fotografía en que estábamos Nacho, Mariana y yo, preguntaban toda clase de cosas, que ofrecían a traernos agua del río para llenar el tanque, querían pintarnos la casa, limpiarnos el pato, sembrar florecitas a la entrada, y algunas veces nos llevaban platos de comida y dulces. Todo parecía indicar que éramos bastante populares, y las barreras que se crean entre las señoras y los hombres cayeron como por magia y así, aunque al principio, sí no encontraban a Mariana, las señoras se disculpaban y se iban luego de dejar sus saludos para la profesora, después el asunto se fue convirtiendo en rutina, y cada mañana pasaban por la casa nuestra camino del río y se detenían sólo para hacerme comentarios acerca de lo mucho que Mariana trabajaba, es decir, de lo poco que yo lo hacía, y en esta forma supe que la gente o se había tragado el cuento del escudo sobre la región, y por el contrario, para todos yo era un vago al que la mujer mantenía. Fue cuando se me ocurrió que ya era tiempo de pensar en construir la casa junto al río, así la gente me iba a ver trabajando y además podría cumplirle a Nacho la vieja promesa de levantar una casa grande y fuerte para Mariana.

El problema en ese entonces era cómo empezar. En aquellas largas mañanas tuve tiempo de pensar y hacer diagramas de la construcción, estudié cada detalle y llegué a conocer de memoria las medidas de las vigas, las distancias entre los muros, hice varias propuestas para la distribución de los espacios y empecé a vivir en aquellos dibujitos que miraba durante horas enteras esperando a que Mariana llegara de sus clases. Pero eran demasiados los minutos y las miradas de la gente que pasaba por la calle. Esa inactividad, el silencio en el que sólo escuchaba mi respiración y el trazo del lápiz en el papel, las voces de afuera ahogadas en el aire caliente me hicieron salir un día a caminar sin rumbo, y me alejé demasiado del pueblo mientras pensaba en cómo conseguir madera para la construcción. Llegué a un rancho en el que sólo había un perro flaco echado junto a una hornilla apagada. Allí me senté a descansar y a esperar a que el sudor dejara de caer en goticas por mi cuello y mis brazos, hasta cuando por detrás de mí sentí una voz gruesa y una mano en mi hombro. Di media vuelta para encontrar la sonrisa de ogro de Cornelio Rangel, un campesino del sur de Bolívar, alto y de ojos saltones, compañero de Alida, una mujer vieja, de pelo gris y cara arrugada, de quienes la gente dice que Alida siempre está a la espera de una oportunidad para matar a su hombre, y que todos, incluyendo al propio Rangel, saben sus intenciones, pero nadie habla del asunto en público. El puede ser mucho más viejo que su mujer, sin embargo esa piel dura y esos ojos siempre abiertos mirando a todos lados dificultan las comparaciones. Su rancho queda cerca de la línea del ferrocarril, lejos de la última mata de banano. El siembra maíz y Alida espanta a los pájaros con carrerones y gritos llenos de rabia. Hay algo extraño en ellos, como una cierta nostalgia que identifiqué desde ese día en que fui a parar a su rancho. Tuve pesadillas en las que escuchaba claramente gritos en el maizal confundidos con chillidos de pájaros y despertaba pensando que a esa hora Rangel estaría muerto y su mujer saboreando la sangre. A pesar de todo los visitaba casi a diario, y en cierta forma fueron mi salida a los chismes de las mujeres del pueblo. Hacía todo lo posible por salir de la casa antes que Mariana se fuera para el colegio. En las mañanas, mientras ella se arreglaba, yo recorría mentalmente todos los sitios en los cuales podría pasar la jornada hasta el anochecer sin ser el blanco de las habladurías, y siempre llegaba donde Rangel y Alida que fueron amables, inclusive cuando discutíamos de política, habitual punto de discordia, pues se les veía el cansancio en las palabras, casi tanto como en su forma de andar. Eran sobrevivientes de una época en que se formaron muchas guerrillas y de la violencia del cincuenta heredaron unas armas con las que crearon el primer grupo de la costa. Sobrevivieron a su gente a pesar de no haber eludido un solo combate y nunca estuvieron presos aunque sus cabezas tuvieron precio, pero con el tiempo el ejército terminó por olvidarse de ellos y entonces vinieron a la zona buscando un sitio para pasar la vejez tranquilos, convencidos de que ya habían cumplido su parte en la revolución.

A mí siempre se me ocurrió, después de conocer su historia, que debían tener una guaca en alguna parte, algo escondido desde la chusma del cincuenta o la guerrilla que vino después, algo de valor que sólo ellos dos conocían, algo que le justificara a Alida pensar en la muerte de su compañero de siempre, sin embargo, ahora que he vuelto a revivir la memoria de aquellos días, creo que la guaca es simplemente la insoportable cercanía de sus respiraciones, el conocimiento rutinario de cada uno de sus actos, la adivinanza siempre resuelta de los pensamientos, la ridiculez de sus defectos imposibles de disimular, porque a los viejos en el fondo les duele la existencia de otros viejos y no se perdonan estar al descubierto, y esto se sentía en las reuniones, tensas al comienzo, en las que me dejaban hablar largo rato sin intervenir, y al final se miraban y sonreían como burlándose, pero después de que alguno de ellos hablaba, el otro le hacía con crueldad para apabullarlo.

Por esos días se rumoraba que habría un paro de obreros en las fincas bananeras. Las huelgas de ahora son como de mentiritas, ¿verdad, vieja?, dijo Rangel, y ella se metió en el rancho a mover ollas, luego salió chupando con aire de nostalgia un cigarrillo y contó la historia de una huelga en la que por supuesto ambos estuvieron, entonces Rangel miró hacia el maizal con esos ojos grandes: nosotros estamos tan muertos como esta zona, dijo con los ojos y con la voz ronca mientras Alida sonrió y me revolvió el pelo con las manos sucias de leña. Es tu oportunidad, gallito, sentenció, y desde ese momento ella me siguió llamando así, gallito, medio en burla medio en serio, lo cierto es que por primera vez estuvieron de acuerdo en que debían servirme de enlace con los peones de la región, y me llevaron a un rancho situado a casi un día de camino de allí donde vivían un hombre llamado Francisco Barros, amigo tuyo, dueño de un pedazo de tierra y una casa pequeña escondida detrás de un pastizal. Me presentaron y luego se fueron caminando hasta que se los tragarón los hierbajos. Barros me miró a los ojos todos el tiempo, ni un minuto me apartó la mirada. Reía de vez en cuando mostrando los dientes blancos y frunciendo la piel de la frente. Supe que era el dirigente de la huelga. Prevenido contra las historias de Rangel y su esposa, me preguntó si mi intención era formar una chusma, con lo cual me acordé de la guaca de mis amigos, y pensé que a esa hora, cuando ya había oscurecido en el pastizal, podría estar muerto el hombrazo, y ella corriendo hacia el sitio donde tenían guardado el secreto. Barros miró a su esposa que escuchaba sin hablar y a su mamá que tejía y respiraba con ritmo de asmática. Debajo de la mano gruesa sintió el pelo de la niña que me miraba. Afuera se oía una brisa pegando en los pastizales y atenuando las palabras de Barros que pensaba ese lugar como el más pacífico del mundo, y después de decirlo el silencio fue mayor, como si todo quisiera respaldar sus palabras, inclusive los signos de preocupación en la cara de la señora Leonor, acentuados con el sonido del viento que

aplastaba las espigas. Ella siempre estaba por ahí caminando, casi atravesándose entre Barros y yo en una clara protesta por mi presencia, pero Barros, en cambio, se ofreció a presentarme ante los huelguistas para facilitarme el trabajo, porque la gente que vas a conocer es pacífica, dijo, y no le gusta hablar de guerra, consejo que olvidé casi en el mismo instante en que entré a los campamentos y vi a los peones andando descalzos, amarrados los pantalones en la cintura y en los tobillos con lazos de majagua, los dientes picados y manchados por el consumo continuo de guineo, sus miradas confusas y vidriosas dirigidas todas hacia mí, impresión que se esfumó también cuando luego debí vestirme de cortero para moverme a escondidas de los capataces cada vez que iba a visitarlos, que fueron muchas de ahí en adelante pues desde ese día terminó la angustia de no saber cómo utilizar el tiempo mientras Mariana trabajaba en el colegio. Muy temprano empezaban las actividades y siempre había una finca para visitar o una reunión para dirigir. No volví a ver a Alida y a Rangel, y con Mariana sólo cruzaba una o dos palabras a la medianoche cuando me metía en la hamaca, pero el día en que me comisionaron para ir a una audiencia en Ciénaga y enfrentarme con los dueños de las fincas las desperté para hablarle acerca del asunto. Ella se dio cuenta de mi miedo y me recordó que en Medellín tanto Nacho como yo soñábamos con ser dirigentes de grandes masas, fantaseábamos con el futuro, y esa vez, cuando ya era inminente mi encuentro con los finqueros, me dieron ganas de regresar en el tiempo. Pero debajo de todo ese miedo había un cierto orgullo que aún recuerdo muy bien. Era mi primer trabajo serio en la zona, y ya no me preocupaban los rumores que se movían en el pueblo, así que traté de disimular el temor diciéndole que quizá no era acertado desde el punto de vista de la táctica ponerme al descubierto ante los dueños de las fincas y revelar mis planes de trabajo en la región, pero a eso viniste, me dijo Mariana, o es que ya se te olvidó. Bueno, es posible que estuviera equivocado, le contesté antes de dar por concluida la jornada y empezar a mecernos suavemente en la hamaca. Esa noche casi no pude dormir. El sonido del río y el viento en los árboles me tuvieron dando vueltas por toda la casa. Hizo frío y lloviznaba cuando me quedé dormido pensando que no podía correr el riesgo de levantarme tarde, y en el sueño llegué varias veces a Ciénaga y vi cómo el inspector del trabajo era un hombre que alguna vez había conocido en Medellín, parecido a mi abuelo, mirándome con unos ojitos grises detrás de sus gafas blancas y redondas, diciéndome que me marchara de la región ahora que aún había tiempo.

Todavía era oscuro cuando desperté. Me bañé en el patio con tazones de agua helada del tanque mientras pensaba que ese día iba a empezar una guerra con todas las de perder sin que hubiera escapatoria para mí. Sin embargo abrí la puerta y pude ver a Mariana mirándome desde la hamaca sin que ninguno de los dos hiciéramos intentos de despedirnos, quién sabe por qué no lo hizo ella, y en cuanto a mí ya iba pensando en el plan trazado la noche anterior en la asamblea de obreros cuando me nombraron su

representante. Debíamos reunirnos a la seis de la mañana y montarnos en el bus que a esa hora salía para Ciénaga. En el puente de tablas junto al caserío de Beatriz, donde nos encontraríamos todos los delegados, sólo estaban dos mujeres vestidas de negro, y los comisionados de la noche anterior no aparecieron. Cuando el bus de colores se detuvo a recogernos le pedí al chofer que esperara unos minutos, pero el hombre, dirigiéndose a su público habitual, dijo con una risita en la boca que mejor tomara el bus de las siete, entonces pensé que tal vez ellos irían más tarde y en la inspección nos encontraríamos, es decir, el plan seguía en marcha, así que me acomodé en la primera banca del camioncito y me dejé arrullar por el viento frío que entraba por las ventanillas. Antes de tomar la carretera principal encontramos varias caravanas de obreros en las que no pude reconocer a nadie, porque de verdad la zona es grande y son demasiados los hombres que se mueven en las fincas, y después tratamos al borde la Sierra Nevada y vi los caminos que culebrean verdes y difusos entre la calina de esa hora. Detrás de los primeros cerros imaginé un espacio lleno de nubes, bosques y silencio. Entre dormido y despierto soñé que bajaban decenas de mulas cargadas de madera para construir mi casa junto al río, mientras tanto nos acercábamos a Ciénaga a paso lento a pesar de lo engañoso del ruido del motor al andar, y sólo cuando vi las primeras casas me sacudí la pesadez del insomnio de la noche anterior, y sentí ese frío que siempre, en circunstancias de miedo, me recorre el pecho y el estómago. Un letrero grande, grabado en la parte alta de la vieja estación del tren, terminó con el resto del adormilamiento: Ciénaga, decía, y el universo ya era otro en el cual poco a poco entraba, por eso fui el último en desmontar, y luego de preguntar dónde quedaba la inspección, caminé despacio, respirando profundo, buscando acabar con ese frío del pecho. Me tranquilicé un poco al ver que el inspector no era como el del sueño. En nada se parecía a mi abuelo, y ni siquiera llegaba a los treinta años. Era un filipichín, como decía nacho, flaco, bien peinado, uñas pintadas y botas de vaquero. No se tomó el trabajo de preguntarme qué hacía yo ahí sentado desde el principio de la mañana, y yo tardé tres horas para darme cuenta de que nadie iba a asistir a la cita, ni los comisionados, y tampoco los dueños. Nada interrumpió la lectura del periódico al inspector, ni su crucigrama, ni la charla con su secretario. Todo transcurrió en la más completa calma, como si yo no existiera y nunca hubiera pisado aquel espacio de sombra desde donde se veía el sol quemando la calle.

Casi a las doce salí de la inspección flotando en un vapor de tranquilidad y no dejaba de preguntarme qué me pudo haber hecho invisible. Luego caminé por el pavimento de fuego sin darme cuenta del calor, porque cada minuto se me hacía más clara la explicación: sólo tenía que ver a la gente de esa ciudad que pasaba a mi lado haciéndome sentir extranjero, donde las risas que saltaban de los corrillos en las esquinas me dolían más que el sol pellizcándome en la nuca y que me obligó a buscar sombras bajo los alares de las

casas. Así fui al mercado atraído por una sensación de vacío en medio de ese olor a pescado rancio, y allí con ese bullicio nauseabundo y pegajoso empecé a recuperar la conciencia de todo lo que había pasado. Yo era un simple extraño ajeno a ese mundo, intruso en conflictos que eran míos, al verlo tan claro entendí por qué los peones que horas antes me había elegido cambiaron de opinión, entonces me sentí navegando en la ridiculez mayor, algo demasiado duro para aceptarlo de un golpe, sin embargo traté de sonreír y me pasé el resto del día viendo jugar dominó a cuatro morenos obesos que para espantar el calor, pero la mayor parte del tiempo dejé la mente en blanco y estuve disponible para los gritos y el estruendo de los enormes pickups, aplacé cuando pude mi regreso al pueblo, dejé ir el último bus y deseché la invitación de un camionero que iba para Fundación, en esta forma me jugaba la carta de la nostalgia en esa ciudad gritona, blanca y hueca, donde nadie me invitó a una sonrisa y donde hubo momentos en que los tonos rojos se esfumaban en lo más lejano del cielo, y me aferré con fuerza a la euforia de los negros dominó hasta cuando pasó esa hora horrible de las seis de la tarde, y después esperé a que el viento se enfriara un poco, antes de irme a la estación del tren a esperar el autoferro que me llevó a través de las plantaciones donde a esa hora los obreros estarían dormidos, entonces recordé que a Mariana le daba pánico la oscuridad, y sentí las viejas tentaciones de bajarme en la estación que no es, o dejarme caer del tren en movimiento, o quedarme dormido y despertar a quinientos kilómetros de mi casa, hasta cuando vi las luces de la estación y los mechones de petróleo en el caserío de Beatriz y la voz del conductor gritando que todo había terminado, incluyendo ese día horrible, esa audiencia en Ciénaga, esa huelga que ni siquiera alcanzó a empezar, y por unos días pensé que también llegaba a su fin mi trabajo en esta región porque me encerré en la casa a leer y a dejar que el tiempo me ayudara a recobrar los ímpetus, pero al contrario de lo que esperaba, con los días más me apegaba a unos libros que siempre había querido leer y que hacían parte de lo único personal conseguido hasta entonces y hasta ahora, mi biblioteca en cierta forma calcada de la de Nacho y ésta de la de otro, que sólo cambiaban en lo relativo a literatura porque el área del marxismo era obligatoria si se quería llegar a hacer algo importante en este país. Así fue como logré ignorar los comentarios de las señoras del pueblo y los movimientos de Mariana a la hora de salir para el colegio, tiempo que coincidía con los instantes en que yo me preparaba a dormir un poco, pues había trocado el ciclo del sueño hasta la aparición del sol ardiente que a las diez empezaba a hacer crujir el techo y a escurrirme goteras de sudor por todo el cuerpo y me hacía levantar entre dormido y atontado a dar vueltas por la casa que en esos días se llenaba de ruidos desde temprano porque era junio, el mes de las fiestas patronales, nuestro primer junio en la región, y no me di cuenta de los preparativos, ni de las reinas que colocaban insignias a la gente ni de las decenas de extraños llegados de otros lados con sus kioscos, hornillas, bloques de hielo, y todo el aparataje con el que recorren los pueblos en donde hay fiestas, y sólo cuando una mañana sentí que alguien

golpeaba a mi puerta y gritaba mi nombre decidí asomarme y entonces vi otro pueblo, no el que había conocido antes de mi encierro, sino otro repleto de ventas de fritos y cerveza, hileras de guirnaldas y banderas, caras pintadas de blanco y vestidos de indios, lo que me desvió por unos instantes la atención de la mujer que había llamado a la puerta, mi vecina, la esposa del señor Agámez, quien seguramente se cansó de mirar por la cerca del patio y resolvió ir por la puerta principal para explicarme que la carta, esa carta, dijo, llegó hace unos días, claro que no la he abierto mire bien, sólo que como no lo había vuelto a ver en el patio bañándose, quiero decir, cuando usted sale como a bañarse y se siente el ruido del agua, y yo entonces pensé que era mejor venir personalmente. Pero era evidente que la había abierto y vuelto a cerrar con pega de almidón porque hasta la rompió en su afán por saber algo más de nosotros, de lo cual con certeza ya todos en el pueblo estaban enterados menos yo, a pesar de venir marcado el sobre con el nombre inconfundible de Sebastián Aguilera, sin remitente, pero bastaba ver la letra grande, los escalones fuertes formados en el papel para darse cuenta de quién era el autor de los tres pliegos que me regresaron a la realidad de unos días atrás, cuando todavía me pensaba útil para la pelea que tanto habíamos soñado, y ahora me tomaba en un mal momento, sin ánimos para construir casas ni para dirigir ejércitos, sin embargo acabé de romper el sobre y desarrugué las hojas imaginando a Nacho sentado en un cuarto de hotel de un pueblo de la cordillera, donde decía, “ya se ha oscurecido y casi no resisto el calor porque estoy encerrado alumbrándome con una vela y me gusta ver la sombra de mi cuerpo en el techo donde a veces el reflejo tiembla, no por el viento (porque el viento no llega hasta ese cuarto) sino por el resuello de mis narices cuando me acerco mucho al papel. Afuera no se siente el movimiento de las hojas en los árboles, los habitantes salen a las calles y caminan en la oscuridad, se reconocen en las tinieblas y no tiene que mirarse para saber quién cruzó a su lado”. Entonces supe que Nacho también se sintió ajeno a esa tierra y por eso estaba encerrado en una pensión escribiéndonos desde la cordillera porque en realidad éramos sus únicos amigos en el mundo y él ya no tenía a Mariana para ahogar su miedo a la gente que anda por ahí y saluda sin mirar, o el pánico de pensar que “a esta hora hay mineros cavando en la montaña a escasos metros de donde pasan los escuadrones, pero he encontrado la forma de no preocuparme por lo que ocurre más allá de este cuarto, pienso en ustedes para olvidar los miedos, aunque sé que Mariana estará riéndose de mí al imaginarme inclinado sobre la hoja en que escribo para escaparme. Y tú, Sebastián, tal vez harás un gesto de comprensión, porque ambos hemos conocido el miedo”. Distintos miedos, pensaba yo mientras me acomodaba en la hamaca sin hacer caso de la bulla de la fiesta sólo por momentos abro un poco la ventana, decía en la carta, “para ver pasar los jeeps de la compañía minera manejados por soldados que ya distingo bien de los escuadrones por los ruidos de las llantas al rastrillarse en el piso, una de sus maniobras predilectas cuando están en el pueblo, es decir, cuando están borrachos y se pasean con sus enormes

sombreros y sus armas a la vista de todos. En esos momentos no me quedaba duda de que la cordillera era una región bien distinta, con jeeps, soldados, escuadrones y mineros, Sebastián, porque todo empezó al tratar de conocer trabajadores de las minas, pues debes saber que esta montaña es mitad oro y mitad montaña, y la gente siempre está hablando de minas y hallazgos maravillosos, como aquel Manjarrés y sus dos socios quienes habían descubierto una veta y estuvieron dispuestos a llevarme con ellos a conocerla, siempre y cuando no divulgara su ubicación, entonces les dije que mi único interés era saber cómo vivían los obreros, y ellos, los tres, se carcajearon pero aceptaron llevarme no sin antes acompañarlos a tomar cerveza hasta convencerlos de que era inofensivo, después me llevaron al hotel por mi mochila y un cuaderno donde escribía un diario, y esto no le gustó a Manjarrés quien todo el tiempo me decía que en el monte no se necesitan cuadernos, y trató de quitármelo mientras me pasaba la botella de ron. Así caminamos casi toda la noche hasta cuando llegamos al Cañón del Silencio, donde tenían un rancho para ellos tres, sin agua y bastante lejos de la quebrada, o sea para calmar la sed tuve que ir cañón abajo, y cuando llegué hasta la orilla vi el reflejo de Manjarrés en el agua, riéndose detrás de mí. Volví al campamento tratando de disimular la incomodidad que me producía ese tipo de dientes partidos y ojo izquierdo cerrado, pero Manuel y Martín, sus compañeros ya roncaban como cerdos y no tuve más remedio que acomodarme en un rincón de la casa y hacerme el dormido, cuando volvió Manjarrés desnudo y mojado cantando una canción campesina. Hablaba cosas incomprensibles y luego de dar varias vueltas por encima de los otros dos me chuzó las costillas con el pie, pidiéndome que le hiciera campo para acostarse. Me decía que estuviera tranquilo, y yo me levanté en el momento en que me pasó la mano por la cara. El se carcajeó de nuevo y después se quedó dormido”. Aquí le di la razón a Nacho cuando suponía que Mariana se reiría de él en esa situación, la bella y la bestia, diría al enterarse ese mismo día cuando llegó del colegio seguida de sus alumnos entre los cuales venía Soraya primera, la candidata de cuarto de bachillera, chimila perfecta, color dorado-café en la piel, contextura gruesa en hombros y pantorrillas, cabello quemado por el sol, ojos color de la aguadepanela, vestida de boleros en mangas y rodillas, y su cinta amarilla con letras de oro, Soraya tuvo que esperar a que Mariana calmara su ansiedad y leyera palabra por palabra la carta de Nacho lanzando comentarios que la reina del colegio no pudo hilvanar y entonces prefirió sentarse en la hamaca y destapar sus muslos de luchador para airearlos con la faldita rosada sin que Mariana se diera por enterada porque en esos momentos debía estar ansiosa por saber lo que al final ocurrió con Nacho, al otro día de la caricia que lo hizo quedarse despierto el resto de la noche escribiendo en su diario algo para desahogarse y ahorcar el miedo. “Madrugamos, Sebastián, decía, y me llevaron hasta la mina. Manuel y Martín me mostraron el oro sacado hasta el momento en un sitio cercano a las dragas de la compañía, razón por la cual deben trabajar duro pues tarde o temprano van a llegar los gringos y acabarán con todo, como ocurrió en un pueblito llamado Pato, de casas de colores,

acueducto, calles pavimentadas y parque, luz eléctrica y teléfono, y un día, cuando se acabó el oro, la compañía decidió irse entonces derribó los tanques de agua, tumbó los postes de luz y teléfono, enterró las cuchillas de los bulldózer en el asfalto y el pueblito retrocedió en el tiempo varias docenas de años, tal vez por esto, por el afán de trabajar antes de que los gringos acaben con todo y por el traspaso del día anterior, sentí que esa jornada no iba a terminar nunca, y me llegó un gran alivio cuando empezó a oscurecer y me eché en el piso del campamento mientras cocinaban y tomaban ron.

Luego me hundí en un sueño pesado en el que caí por un hueco lleno de agua y desde arriba me miraban Martín tocando la guitarra, Manuel y Majarrés riéndose y señalándome con las manos abiertas. Era una risa explosiva que formaba ondas en el agua que me tragaba, y cuando ya no tenía más aire en los pulmones me despertó el pie chuzudo de Majarrés en mis costillas. Ya no se reía sino que gritaba furioso con mi diario en la mano. Me pedía explicaciones de lo escrito la noche anterior que él consideraba un informe a la guerrilla, y yo sólo trataba de racionalizar los hechos escribiendo acerca de mi primer intento por vincularme al sector fundamental de la producción de la producción en la cordillera, como sabes que llaman los jefes de la organización a los mineros, sector en el cual me había tropezado con un minero homosexual, que era lo que realmente él protestaba y quería convertir en prueba de mi vinculación con la guerrilla. Ya ves, Sebastián, se puso seria la cosa pues con una palabra que él dijera a los escuadrones podía ponerme en peligro de muerte, asunto de rutina en esta montaña. Entonces le pedí tranquilidad y sonreí diciéndole que podíamos ser buenos amigos, sólo que en esos momentos estaba muy cansado. Te reirás, Sebastián, pero me envió un beso con la mano callosa y se acostó riéndose sobre el diario. A la media noche me escurrí entre los tres cuerpos dormidos. En una hoja sucia escribí una nota para Manjarrés y salí bordeando la cañada hasta llegar a este hotelucho donde estoy escondido pensando en los escuadrones porque hasta el momento no sé qué habrá pensado el minero al leer el mensaje en el cual le decía que en caso de acusarme de ser guerrillero yo me encargaría de hacerle saber a la compañía de la existencia de la mina que ellos explotan". Soraya primera empezó a impacientarse y a rondar Mariana que no dejaba de reírse. La reina se miró en el espejito de la pared y acicalándose un poco el cabello tostado por el calor dijo que en realidad no creía necesitar un retoque, mejor me voy profesora, dijo, de lo contrario me van a tomar ventaja, ante lo cual Mariana tampoco reaccionó ni se molestó porque dejara la puerta sin cerrar, es decir, permitiendo que la fiesta se nos metiera hasta adentro y acabara abruptamente mi encierro de varios días y lentamente su ensimismamiento, seguramente llena de Nacho y de cordillera en su cabeza, sonriendo hacia fuera y solidarizándosele en su interior, porque al fin y al cabo Nacho estaba en peligro de muerte e iba a estarlo desde esos momentos, sin descansar el zumbido de la guadaña ni siquiera en sueños, por eso Mariana

guardó respetuosamente unos minutos de silencio y luego se desnudó con suavidad sin quitar los ojos de un mismo punto que no era yo sino un punto cualquiera de un tiempo anterior, y me invitó a bañarme con ella en el patio porque estaba segura de que los vecinos no iban a perder el tiempo espíándonos cuando todo el mundo estaba en fiesta, y además, Sebastián, me dijo, llevas casi una semana sin bañarte, aféitate y sacúdete, palabras dichas con una cierta agresividad acentuada por la luz del boquete del techo que le iluminaba el contorno de sus pezones duros y puntiagudos, suficiente para sacarme de la cueva y llevarme al patio a sentir la arenilla haciéndome cosquillas en los pies y el sol dándome certeros latigazos que me obligaban a rociarme agua por montones hasta quedar como nuevo, como si nada hubiera pasado, apto para saludar a todas las figuras que nos saludaban a nuestro paso por la calle repleta de fogones y kioscos, preparado para sonreír y dejarme hablar al oído por bocas olorosas a tabaco y cerveza, listo para fingir ecuanimidad cuando me dicen siéntese Sebastián deje que su señora se vaya con la reina mientras usted se queda con nosotros, y no enojarme en el momento en que la lengua negra dentro de una cerca de dientes rotos pronuncia la palabra “arreglo” y sigue tranquilo, como si no hubiera dicho que la noche de la asamblea, esa misma noche, me contaron por fin, hubo arreglo, ¿no le parece un triunfo, Sebastián?, insistían, y para entonces yo flotaba en el vapor de las cervezas y de los tragos de ron y aguardiente que me extendían siluetas de varios tamaños y contornos, y no podía despreciarlos aunque ya sabía que aquella noche, en vísperas de la audiencia, mientras yo miraba las vigas del techo de la casa de los murciélagos, se había efectuado un arreglo, y ninguno de ellos pensó que yo debía saberlo antes de salir a naufragar en Ciénaga. Ya era un hecho el acuerdo y yo no tenía fuerza en mis pies para protestar, sólo me dejaba llevar por los abrazos y las copas, hasta la madrugada, cuando alguien me llevó de regreso a casa y me dejó al frente de la puerta de entrada que Mariana abrió con mirada triste y signos de insomnio en la cara.

Dicen que Beatriz Anzola y Adelaida Mendoza nacieron el mismo día, y dicen también que desde ese momento empezaron a pelearse una supremacía en todos los niveles de sus vidas, por eso la gente ha aprendido a ver los acontecimientos del pueblo como capítulos de la antigua disputa, y así fue aquella mañana en la que yo había vuelto a sentir la depresión del tiempo libre en una casa donde sólo el olor de los

murciélagos y el recuerdo del sexo de Mariana lograban mantenerme despierto mientras ella salía de sus clases en el colegio, y en las cercanías del caserío la gente sentía el pito del tren más prolongado que de costumbre y luego, al escuchar un estruendo como de tormenta sin agua y sin nubes, cientos de ojos miraron hacia la curva de la carrilera, entonces todas las rodillas crujieron y las piernas debieron sentir el impulso de la tierra convertido después en movimiento como de pistones que empujaban los cuerpos hacia el sitio donde algo había ocurrido, lo supimos, cachaco, me contaban después, porque ese fue el pitazo del accidente y lo único que podía causarlo era el ganado de Adelaida acostumbrado a andar suelto por ahí pastando en cualquier parte, pues todo, o casi todo el territorio de los alrededores es suyo, así que corrieron de muchos lados y los niños deben recordar cómo el vientecito de ese agosto soplaba contra las faldas de las mujeres y sonaba también las piernas de los hombres que alzaban hachas y machetes brillantes al cruzarse con las agujas del sol, y también recuerdan que a esa avalancha de gritos y cuerpos se les unió el cabello negro, y las tetas enormes, y las piernas gruesas, y la dentadura blanca de Beatriz que apretaba con fuerza la mandíbula y sentía el brinco del corazón a un ritmo inusual, pero ella después me diría, cuando por fin la conocí, que no le importaba esa respiración ahogada, ni el desfallecimiento de sus piernas y tampoco se preocupó cuando la maleza se quedó con buena parte de su vestido rasgado y convertido en jirones que apenas medio le cubrían los muslos blancos y flácidos y las coronas color café de sus pechos agitados, porque el espectáculo que observaron sus ojos al llegar al lugar donde se habían descarrilado los diecisiete vagones rojos del tren de lujo era superior al cansancio y al pudor, pues había que ver, cachaco, me decía ella, las rulas cayendo como desde el cielo, y toda mi gente con hambre, y las reses ahí tiradas, algunas apenas agonizando, otras bien muertas. Y dicen que sólo cuando llegó ella al lugar de los hechos y caminó a través de la nube de machetes, brazos, sangre, perniles y costillares, se oyó un estallido y junto a su piel flotó el rebufo de una escopeta sostenida por los brazos y el hombro derecho de Juan Fernández con su cara barbada y sus dientes separados, su prognatismo a la vista de todos los que segundos antes descuartizaban los animales y ahora parecían suspendidos en el espacio verde donde el tren patas arriba esperaba ser rescatado a su movimiento habitual, y entonces fue cuando Beatriz recuperó su ritmo cardíaco y su imponencia con la cual se enfrentó a la escopeta recién disparada sin inmutarse cuando Juan dijo todos atrás o les vuelo la cabeza. Nadie se movió porque esperaban la reacción de Beatriz, y en esos momentos el sol y el silencio delataron la bondad de la cara de Juan, de la cual se había esfumado ese aire feroz, y todos pudieron ver cómo la barba dura y rebelde se le empezaba a volver blanca. Lo compadecieron por los dientes separados y por la mordida irregular que atenuaba su mirada triste y confusa detrás del arma, pero estallaron en risas cuando Beatriz le dijo a pesar de todo eres un perro bueno, Juan, entonces Juan reacomodó la escopeta, apuntaló bien los pies en el piso y luego acercó el cañón caliente a las narices de

Beatriz quien, dicen, sonrió antes de gritar con las manos en a cintura y un ademán con la cabeza como dirigiéndose a toda la multitud: deja que se repartan una res. Yo misma se la pago a tu patrona, dijo, y todos miraron de nuevo a Juan que parecía desarmado a pesar de sostener la escopeta apuntando a las fosas nasales de Beatriz. Entonces vieron cuando poco a poco fue soltando las riendas de sus músculos y el cuello se destensionó al tiempo que bajó lentamente el arma y se dio vuelta en cámara lenta hasta quedar de espaldas a Beatriz y de frente al tren descarrilado, ¡qué carajo!, gritó ladeando ligeramente la cabeza, yo pago otra, y así fue como se provocó el grito de alegría y combate de la gente que retumbó en los alrededores y que yo debí haber escuchado pero no lo identifiqué como algo anormal dentro de aquella odiosa rutina de silencios internos y ruidos exteriores que todavía me atemorizaban y me impedían salir de nuevo a buscar a los obreros de las fincas para decirles que aunque hubieran hecho arreglo con los patronos a espaldas mías debíamos seguir soñando.

Fue un poco después del accidente del tren cuando por fin conocimos a Beatriz y dejó de ser un simple nombre interpuesto en todas las conversaciones relacionadas con la vida del pueblo, y según nos contaba ella misma, también nosotros empezábamos a cruzarnos en su camino con frecuencia, sin saberlo, por supuesto, ya que el terror de quedarme solo en la casa en horas de trabajo me hizo salir a caminar nuevamente y sin rumbo, como en la primera época cuando conocí a Rangel y luego a Barros hasta el momento del engaño de Ciénaga, así que había vuelto a recorrer la región a cualquier hora del día y a veces de la noche, solo, o con Mariana a mi lado contándome historias de sus alumnos y sus clases, y debimos haber pasado muchas veces cerca de su restaurante sin saberlo, claro, pues de haberlo sabido habríamos parado allí con cualquier pretexto a mirarla y saber cómo era la mujer que tanto le revolvió los hígados a Adelaida con cada una de sus actuaciones, como la del descarrilamiento que le costó a Juan Fernández una de las mayores reprimendas que él recuerda, no por la muerte de las vacas, ni por el aprovechamiento de la carne por parte de cientos de hombres, mujeres y niños, sino porque él mismo Juan Fernández en persona, había caído en la trampa de Beatriz ofreciéndose a pagar una de las reses, que lo hizo con cierta reverencia y hasta consciente de lo delicado del asunto, pues cuentan que esa misma tarde, después de vender los cadáveres destasados a las carnicerías vecinas se apareció al despacho de Adelaida y le entregó rigurosas cuentas de esta venta a su patrona, y a un lado colocó el dinero de Beatriz y en otra esquina del escritorio depositó sus billetes y monedas, y esta es la mía, patrona, dijo, y debió sobarse la boca con el brazo velludo, según es su costumbre, y seguramente añoró una manga para escupir con fuerza junto a su pie derecho cuando ella lo miró con ojos de témpano durante largos segundos que al final no pudo soportar y mejor salió a recorrer las fincas en su caballo.

De todo este episodio se reía Beatriz más tarde relatándonoslo en el restaurante, días después de haberla conocido, cuando ya sabía que con Basilia hablaba de nosotros porque la vieja aseguraba que éramos dos almas en pena y ella, Beatriz, nos había clasificado como testigos de Jehová, y terminó por declararse vencida cuando le contaron que en las fiestas del pueblo me habían visto borracho bailando abrazando con los peones de las fincas, porque si los aleluyas no beben, cachaco, me dijo, entonces qué diablos eran ustedes con esa caminadera de misioneros, esa mirada tuya, Mariana, tan fuerte que cuando los vi acercarse al restaurante pensé brindarles gaseosas para calmar un poco el calor reseco de aquella tarde, pero luego saludaron con la decencia de ustedes los cachacos, que los admiro desde siempre, y les serví par naranjadas frías y les ofrecí entrarse hacia la sombra de mis palmeras, y me dieron las gracias per tú, Mariana, me clavaste la mirada aquí entre las cejas y no me la quitaste ni un segundo, cosa que nadie jamás me había hecho ni siquiera para enamorarse, así que supe desde un principio de tu fuerza y decidí no obsequiarles las gaseosas sino cobrárselas aunque me moría por ser amiga de ustedes, y en esos momentos le creímos porque Beatriz siempre da la idea de estar diciendo la verdad, sobre todo cuando se trata de declarar su amor a alguien como lo hacía con nosotros o como acostumbraba hacer en voz alta junto a Basilia como único testigo, oyéndola decir que a pesar del mal olor de los cuerpos sudados no podía dejar de querer a los peones de la región, y creo que Beatriz también está condenada a vivir el resto de sus años en la zona a pesar de haber tenido decenas de pretendientes que le ofrecieron vivir en ciudades grandes donde podría usar vestidos elegantes y escuchar el acento de los hombres del interior, es decir, mis paisanos, que tanto le gustaba oír de labios de sus clientes en el restaurante, la mayoría de ellos empleados del Instituto de Reforma Agraria, o del centro Meteorológico, y hasta administradores y capataces de las fincas bananeras, gente con la cual yo iría a tener conflictos tarde o temprano, porque a eso vine, y Mariana me lo recordaba a menudo cuando descubría mis temores, o al verme vacilar, como aquella tarde, pasadas las fiestas, cuando me enteré que la noche de la asamblea antes del viaje a Ciénaga, varios caballos levantaron el polvillo de las calles y sus riendas se templaron al frente de los ranchos de los peones y en el centro de los campamentos, y de las bocas de sus jinetes salieron palabras dichas con acentos cachacos, de los que Beatriz adora, y así todo el mundo se enteró del acuerdo con carácter del ultimátum que resumido significaba seguir laborando y suspender el viaje a Ciénaga, y tal vez por lo fantasmal de las siluetas que galopaban por toda la región, o por lo avanzado de la noche, por la poca importancia de su representante, nadie salió a avisarme lo ocurrido y mejor dejaron que me metiera hasta la cintura en el ridículo, pero ya habían pasado las cosas y los días, por tanto no se justificaba ningún temor, a eso viniste, amor, me decía con dulzura helada de sus sentencias, así que a olvidar todo y aceptar que Beatriz se derrita por unos y otros aunque seamos agua y aceite, pero

le creímos sus intenciones de ser nuestra amiga, y con frecuencia fuimos a su restaurante. Allí nos sentábamos a hablar con ella o a verla cortejada por hombres de distintas calañas, y mientras tanto podíamos ver el ejército de golondrinas que iba formando a eso de las seis de la tarde en orden estricto sobre los cables de la vieja planta de luz de compañía bananera, y la casa de tablas dónde viven Antonia y Elisa con el pobre Teolindo, un hombrachón de cabeza enorme, sólo proporcional a sus pies anchos de tantos caminos recorridos hablando sus fantasías, contándoles a los peones de toda la zona acerca de sus tesoros fabulosos escondidos en el fondo del mar, muy cerca de Cartagena en un galeón sumergido hasta donde nadie podrá llegar nunca, excepto él, con sus fuertes músculos y sus amplios pulmones, siempre aprovechados por los capataces en los días del corte de banano, y todo eso sin tener que pagarle un centavo pues basta con dejarlo hablar a su antojo y mientras tanto carga y descarga, suda y puja hasta el anochecer, después a casa, donde Antonia y Elisa que casi siempre están sentadas afuera, cerca de la vía del tren comiendo arroz en sus sombreros negros, esperando a que alguna pareja termine de hacer el amor adentro de su casa de tablas, que para eso la alquilan y de eso viven los tres, porque Teo, el pobre Teo, jamás gana un peso, y es triste verlo con Antonia y Elisa cargando leña para la hornilla, serio y con la mirada de bobo serio siempre al frente, pero es un bobo bueno y algunas veces me ha ayudado, como una tarde, cuando ya vivíamos en este caserón donde ahora escribo, y Mariana, que aún era mi Mariana, sintió ruido en el patio y pensó en hojas pisadas por algún caballo de Adelaida, y sin embargo no escuchó resoplidos ni relinchos, sino risas y voces, entonces gritó con todas sus fuerzas preguntando quién estaba ahí, y nadie respondió, pero pocos segundos más tarde vio la cabezota de Teolindo y su mirada seria dirigida hacia la antigua caballeriza y su voz que decía, bueno, mamá, salga de ahí que la profesora está asustada, y salió Antonia abotonándose el vestido mugroso y acicalándose el pelo gris y detrás de ella un hombre de cuarenta y cinco años, triste y avergonzado caminando de lado y luego corriendo para no dejarse alcanzar por las carcajadas de Antonia empujada por Teolindo que todavía sigue rondando este caserón y a veces se arrima a la malla de las ventanas a llamar a Mariana y preguntar si se le ofrece algo, pero sólo me encuentra a mí y a Eligio, esta sombra queme acompaña y a menudo me habla, que por momentos piensa como el espíritu perdido de un hombre que vivió en los tiempos de la compañía de banano y que por razones aún desconocidas para mí sigue en este mundo sin encontrar su camino, que se le ha embolado desde hace mucho tiempo, tanto que le alcanza para recordar que vivió la guerra de los mil días y cuando me ve de humor me habla del indio Lorenzo, su héroe de Panamá, y es entonces cuando me siento tentado a pasar caminando a través de él sólo para comprobar que no es un hombre sino una alucinación más de las tantas que me asaltan desde cuando el tren partió con Mariana la pequeña, pero me da miedo tener razón, pues me quedaría más solo, en cambio con él por lo menos engaño a la nostalgia y a veces le pido que se siente a mi

lado para respirar juntos el aire moribundo de esta casa, o salimos a caminar después de los aguaceros de miedo que caen en este tiempo, porque es agosto otra vez y ahora no tengo a Mariana para soñar con la construcción de una casa junto al río, inmune a las lluvias y al calor sino que debo moverme entre sombras en esta casa construida hace muchísimos años, casi tantos como los de Eligio, para que uno de los gerentes estuviera cómodo durante sus visitas a la zona. La casa es grande y parece como si hubiera llegado desde muy lejos navegando sola a través de las plantaciones de banano. El señor Perkins, creo, jamás imaginó que medio siglo después de él, su mansión fuera ocupada por dos náufragos sin esperanzas como Eligio y yo. Perkins, si no ha muerto, debe haber olvidado que una casa en la zona bananera de un país suramericano lleva su nombre. En cambio Eligio, dice haber conocido en persona a mister Perkins, y lo recuerda muy bien porque éste ya era gerente cuando Eligio era sólo un peón de los miles que se morían de sudor en los sembrados de guineo, sin embargo, por haber aprendido inglés en Panamá, muchas veces lo enviaron a limpiar los prados de estas casas en donde vivía gente como mister Perkins, y así pudo acercarse a él y a su esposa, y reírse del tedio que se apoderaba de todas las esposas que terminaron llamando al barrio enrejado “nuestra adorable prisión verde”, y ahora pienso que aquellas gringas tenían razón, por que algo de adorable tiene, y mucho de prisión. Ni siquiera cuando estuve preso en los calabozos de urbano, el inspector, sentí tan definido el aire de cadena que se respira aquí, tal vez porque la de entonces era una prisión efímera que se acabaría cuando a los finqueros se les pasara la rabia de ver en mí el origen de los desórdenes entre sus trabajadores, y yo mientras tanto leía hasta cuando había luz y después conversaba con las prostitutas que llevaban al calabozo de mujeres, con muchas de las cuales hice amistad sin verles la cara, sólo oyéndolas hablar de sus problemas desde el otro lado de la pared, y todavía ahora recuerdo sus voces carrasposas llenas de trasnochos y de historias de radionovela, y sin embargo, cuando Mariana iba a visitarme ellas mismas le pedían que por nada del mundo me abandonara, ante lo cual Mariana les sonreía en forma cortés y después me miraba con cara de desamparo, no por lo que decían esas mujeres sino porque ella siempre me alertó acerca del peligro que significaba dejarse envolver por las aspas de una actividad cuyo final iba a ser tarde o temprano el mismo: un fracaso, y de nada valía hablarle del compromiso adquirido con los trabajadores desde el primer instante en que decidimos vivir para una causa, y en cambio siempre me apresuró a corregirme diciendo que ella nada tenía que ver con heroísmos, y que si estaba conmigo en esta región era sólo por el gusto de acompañarme a mí y no a unos peones que cada vez daban muestras más claras de querer vivir en la miseria por el resto de sus vidas. A ella le gustaba decir en público que tan solo era mi mujer y no otra predicadora como nosotros, y la gente entendió bien el anuncio porque los peones le hablaban con respeto, casi podría decirse que con temor, y buscaban la oportunidad en que no estuviéramos juntos para comentar los problemas de la política de sus vidas.

Sin embargo, Mariana, a su manera y para su causa también tenía sus propios seguidores: los estudiantes y los padres de éstos que continuaban husmeando en nuestra casa de murciélagos en el pueblo de Adelaida, y descubrieron que el único motivo que la mantuvo viva y la hizo venir aquí era la esperanza de simplemente vivir, sin rodeos teóricos ni promesas de militantes, siendo sólo una mujer con la fuerza de los pioneros pero sin el estoicismo patológico de éstos, con la lógica de las abuelas y sin entregarse a lamentaciones propias de la edad de los recuerdos. Ahora entiendo que aquellos días me enseñaron tanto de ella como podría aprender un esposo corriente en sus primeros treinta años de matrimonio, pues sus observaciones llevaban el laque del realismo que entonces interpreté como elementos de una personalidad condenada a ser ave de mal agüero y casi nunca atendí sus llamados y poco a poco nos fuimos sumergiendo en un remolino del que era imposible escaparse, como lo sentí después de las festividades del pueblo, cuando el episodio de Ciénaga se fue diluyendo en una sucesión de nuevos acontecimientos, me vi envuelto otra vez en la madeja de hilos que llegaban de muchas partes, de tantas que era imposible hacer pausa, porque los obreros ahora sí querían huelga sin que nadie tuviera idea de cómo se organizaba algo parecido, aparte de algunos viejos que habían sido trabajadores de la compañía de banano y conservaban recuerdos sindicales. Por eso las primeras reuniones las hicieron en el teatro Fénix, de propiedad del ancianísimo Alvaro Girón quien recibió a los peones una noche, sin tapujos y sin las manías paranoicas de su época, inclusive llamó por los parlantes y puso avisos en los sitios en que acostumbraba anunciar la película de cada noche. El mismo, rascándose la cabeza blanca y motilada como un puerco espín, recibió personalmente a los que iban llegando, y después, cuando no cabía un alfiler, cedió el mando a Francisco Barros y a sus compañeros, momento en el cual yo llegaba después de que Mariana me sugirió ir a pesar de mi resentimiento por no haber sido invitado.

Ese día había estado tratando de no sin poder pasar de la página catorce de El Desarrollo del Capitalismo en Rusia, sudando unos goterones que me caían desde el cuello por toda la espalda, y sintiendo el pecho helado y los músculos tensos, caminé hasta el río a una hora en que el sol es de color salmón y duelen los recuerdos, y allí estuve hasta cuando supe que en cuestión de minutos sería la cita a la cual no fui invitado en el teatro del viejo Girón, mientras en casa, Mariana, que se hacía la despreocupada y fingía no acordarse de la asamblea, sacó su costura de crochet, se acomodó en la hamaca. Desde la puerta la miré por última vez cuando ella alzó la cara para mandarme un beso por el aire, escena que se congeló en mi mente hasta el momento en que llegué al parque y vi que parecía de fiesta pues había puesto de fritos, y el humo de los fogones se estacionaba a la altura de las rodillas de los morenos acabados de bañar, vestidos

con su ropa de domingo que no sabían exactamente lo que estaba ocurriendo, como lo comprobé con un muchacho que caminaba con su novia y me preguntó dónde era el baile. Después de explicarle que no era ningún baile, los dos, él y yo, sentimos aquí cerquita la música de los parlantes del Fénix, y no tuve tiempo de terminar mi explicación porque el muchacho salió corriendo hacia el tumulto, y entonces lo comprendí todo: la gente aquí vive de rumba.

En la reunión, salvo para unos cuantos, pasé casi desapercibido, y sin embargo decidí salirme cuando apenas transcurrieron unos minutos y me fui pensando en que quizá Mariana esta vez volvía a tener razón, pero recuerdo que esa noche ella se dio cuenta de mi nerviosismo y en algún momento, dormido o despierto, oí cuando me dijo, ya no te afanes, tarde o temprano te van a pedir ayuda, y esa frase la recordé cuando todavía no amanecía por completo y yo ya iba camino del rancho de Barros, pero la espanté de mi memoria con una sacudida de cabeza, como si apenas estuviera encima del pelo, y no volví a sentirla cerca hasta cuando Mariana fue a visitarme al calabozo de la inspección de Urbano, donde tuve tiempo suficiente para reconstruir la historia que terminó con el grito del inspector ordenándoles a los diez policías traídos de Ciénaga, encierren a ese cabroncito, dijo con toda la fuerza de sus venas, y los agentes se compadecieron de mi expresión de terror que al final dejó de serlo y se cambió por una placidez extraña, como si por fin hubiera logrado mi objetivo y ahora estuviera flotando en una nube de algodón por encima de toda la zona, y no en una volqueta apuntado por las carabinas de los agentes que no estaban muy convencidos de mi peligrosidad.

Era evidente que las cosas no podrían haber terminado de otra manera. A la mañana siguiente a la asamblea del Fénix no encontré a Barros en su rancho y la señora Leonor, es decir, su madre, no quiso darme informes acerca de su paradero, y de hecho actuó como si yo no existiera a pesar de haber estado frente a ella más de quince minutos mientras terminaba sus oficios en la cocina, pero cuando vi que no iba a desocuparse nunca acaricié el cabello de la niña que no me quitaba el ojo, y salí del rancho, entonces fue cuando me di cuenta que la esposa de Barros estaba tratando de hacerme señas mientras simulaba perseguir una gallina, todo para decirme en voz muy baja que Barros no había ido a dormir la noche anterior, lo cual hizo que los restos del no te afanes de Mariana se extinguieran entre el viento que mecía el pastizal de los alrededores y me fui a buscar las casas de los obreros comprometidos en el incidente de Ciénaga, ninguno de los cuales había amanecido en su rancho y tampoco sus mujeres me informaron algo. De manera que estaba claro que harían la huelga sin tenerme en cuenta, y de nuevo quedaba por fuera de los acontecimientos.

Esta vez no estaba dispuesto a resignarme porque además las oportunidades empezaban a acabármese a pesar de que Rangel me recomendó esperar, pues pasarán muchas cosas antes de que los obreros se den cuenta de que te necesitan, me dijo, y Alida en cambio me llamó aparte y mientras lavaba el arroz para el almuerzo me pasó su brazo por el cuello, gallito, susurró, no te sientes a esperar o te vuelves como nosotros, y por ellos supe que todos estaban concentrados en la finca “La Holanda”, hombres, mujeres, niños y viejos, entonces sentí que una antigua historia empezaba a repetirse, con algunas variantes, claro, con la presencia de jeeps que pasaban por la vía principal que conduce a La Holanda, así que decidí caminar a través de las plantaciones solitarias y reseca para eludir la vigilancia y aprovechar el momento en que podría entrar en la finca, tiempo suficiente para que se esfumara el miedo y pudiera ver desde lejos la realidad de esta zona, pues era como estar mirando un fresco de Pedro Nel Gómez y saber que debía entrar en él, untarme su pintura, tomar su expresión de tristeza y dejarme morir con el tiempo. Quizá por esa imagen inicial llegué sugiriendo poner música para alegrar el movimiento, ante lo cual Barros me dijo que sólo era cuestión de hambre, pero luego aceptó mi idea y mandó traer acordeones y cajas de percusión, entonces vimos que las miradas se iluminaron un poco, y al atardecer ya teníamos pliego de peticiones, junta negociadora, y habíamos acordado desfilar hasta Ciénaga para exigir la intervención del gobierno, y estos eran los signos de la fatalidad porque todo lo que se proponía ya había ocurrido en esta misma zona hace cincuenta años, como si no pudiéramos escapar de la trampa de la repetición, que yo mismo estaba tendiendo sin poder evitarlo pues me sentía diciendo cosas como dictadas por alguien y puestas en mi boca para que cientos de brazos se alzarán y un grito de muchas voces me hiciera sacudir, pero ya era tarde y de todas formas iríamos para Ciénaga al día siguiente, o sea que tendría tiempo de pensar hasta entonces y recordé el pánico de Mariana a la noche. Me pareció verla acariciando la fotografía en que aparecíamos Nacho, ella y yo frente a la cafetería de la Universidad, añorando su vida en Medellín, por lo cual tuve la certeza de que a mi regreso ella no iba a estar esperándome y llegué a imaginar una carta de despedida pegada de la puerta de aquella vieja casa llena de olor a murciélagos, así que tuve miedo de todo, de esa noche, de la marcha a Ciénaga, de la distancia de Mariana, de los murmullos de los obreros que me adormecieron hasta cuando se clamaron los grillos y salió un sol anaranjado con el cual empezamos a caminar como sonámbulos en dirección a la vía del tren donde nos esperaba Urbano con un piquete de policías que se vinieron derecho hacia mí azuzados por el grito de su inspector que produjo esa calma interior en mi cuerpo que se dejó apresar sin resistencia y trepar en una volqueta impulsado por las manos gruesas de los agentes quienes en los movimientos propios de un apresamiento rompieron mi camisa por la espalda y con ello me dieron el toque de víctima que terminó por hacerme flotar plácidamente entre las miradas tristes de los peones, que desaparecieron en unos pocos segundos y luego empezaron a pasar a mi

lado las plantaciones quemadas por el sol, las casitas de la orilla de la carretera, luego el caserío de Beatriz, su restaurante y junto a las palmeras de la entrada vi a Mariana que me saludaba con las manos quietas a la altura de su ara marcada por signos de preocupación.

5

Este barrio donde ahora vivimos Eligio y yo es silencioso y oscuro. El viento y los caballos de Adelaida me asustan en las noches y me hacen pensar en Mariana que aparece con los relámpagos en las noches de lluvia, sentada en los rincones abrazando a la niña, meciéndose en la única silla que tuvimos desde cuando llegamos a la vieja casa de los murciélagos en el pueblo, entonces me levanto a buscarla entre relinchos y vientos cruzados pero sólo encuentro a Eligio que siempre está despierto y fumando las colillas de sus propios cigarrillos, me mira como diciéndome vuelve a la cama que ella no está y tú lo sabes, pero me cuesta mucho estirar los brazos y sentir que atravieso su imagen con mis huesos porque se ha ido y debe estar en su casa, atendida por sus padres, y los muchachos del barrio ya deben haber regresado a su vieja esquina donde siempre estuvieron vigilantes a cada uno de sus movimientos, desde cuando empezó a aislarse de ellos porque entonces la atraían las ideas universitarias más avanzadas, y así la veía yo cuando era la novia de Nacho, absorta en los libros y en las conversaciones de la gente, haciendo preguntas con un respeto infinito que uno llegaba a pensar que de verdad había pronunciado algo digno de repetirse, pero cuando alguien iba a invitarla a salir simplemente se quedaba callada como dándole tiempo al sujeto de arrepentirse, y por eso llegó a ser considerada engreída por todos menos por Nacho que fue el único que supo hablarle de las cosas que a ella siempre le había interesado, y sin acosarla logró hacerla sonreír y la tuvo a su lado en todas las actividades de aquella época.

Aunque en esos días no tuve la calma suficiente para reflexionar acerca de su personalidad, ahora dispongo de todo el tiempo del universo y he encontrado que es una buena terapia para la soledad de esta casa Perkins donde todo me lleva a ella. Ahora no sé la forcé demasiado y quizás no le di tiempo para elaborar la separación de la gente de su barrio, porque el día de nuestro matrimonio tuve la impresión de estar llevándome a las malas un árbol que había crecido a la vista de todos y por eso la gente salió a las

calles y los muchachos le arrojaron mensajes escritos en papelitos donde le escribieron con todos los tipos de letras y colores distintos una misma pareja de palabras, "Gaviota Traidora", que después, por cartas llegadas desde el barrio, supe que era el título de canción predilecta de aquella cofradía callejera y con la cual la describían a ella de cuerpo entero desde cuando dejó de asistir a las fiestas de los sábados por estar leyendo libros y documentos de moda en los corredores de la universidad. Sin embargo no parecía arrepentida y en cambio trató de tranquilizarme porque fue terrible aquella salida del barrio hacia el terminal de transportes donde debíamos tomar un bus que nos trajera hasta la zona bananera, a casi mil kilómetros de su casa, y tuvo fuerzas para sonreírles a pesar del taco de nostalgia atravesado en su garganta, lo que no le impidió enviarles un beso dirigido al centro de la montonera, empujado por un soplo de auténtica tristeza, y cuando dejamos la algarabía me apretó con fuerza las manos y me dijo con esa sonrisa de hielo, tranquilo, y pasó todo, ahora a trabajar, pero en esos momentos no le entendí esas palabras, sólo ahora comprendo muchas cosas, cuando ya nada se puede hacer para regresar el cassette del tiempo.

Mariana cumplió a cabalidad su decisión de trabajar por su causa, que en cierta forma era también la mía, pues desde el principio supo que sería ella quien tendría que llenar la despensa y mantener la casa en orden, y nunca reclamó mi aporte económico, ni me pidió que dejara de hablar de legiones inmensas de seguidores, ni de futuros promisorios, o de tantas cosas por el estilo que eran mi alimento espiritual de entonces. Sólo algunas veces trataba de hacerme aterrizar, como el día en que se realizó la asamblea en el Fénix, según lo supe mucho después, que ella estuvo invadida por un palpito inexplicable con palabras pero intentó hacérmelo saber de alguna forma sutil y elegante, pues desde el principio pensó que debía alejarme de aquella huelga y se sintió derrotada cuando vio que al día siguiente yo salía antes de que amaneciera a buscar a los dirigentes. Era martes y ella iniciaba su rutina organizando la casa, entonces ese día debió recoger mi ropa tirada por todos los rincones, y cada prenda debió recordarle su presentimiento reforzado por la sensación de vacío que daba el hecho de tener únicamente una hamaca y una silla en toda la casa, vacías ambas, pues ella seguramente barrió y trapeó el piso y luego se detuvo con las manos en la cintura a observar su obra, y habrá respirado profundo como tomando impulso para salir a la calle en dirección al colegio, en cuyo trayecto pensó en el aguacero que se acercaba por la sierra nevada y ya en clase tuvo que hacer esfuerzos para concentrarse en lo que diría a sus alumnos durante toda la mañana que la persiguió aquella sensación de miedo, avivada por los goterones de lluvia que cayeron como piedras sobre el techo de cine del colegio y que ella debió mirar durante largo rato sin importarle la clase ni los alumnos sino pensando en que tal vez de nuevo su instituto iba a estar acertado y yo estaba en peligro, y cuando por fin salió del colegio aún seguía lloviendo, pero ella caminó sin preocuparse por el agua ni por el estado de las calles a

esa hora anegadas por completo, que no le impidieron cruzar el parque solitario escuchando sus pisadas líquidas y sintiendo la ropa pegada a su cuerpo mientras pensaba que no había un alma en el pueblo porque todas las casas se habían cerrado como para siempre y sólo sus pasos violaban aquel espacio antiguo, sin embargo, al llegar a casa debió sentir el mismo terror de que alguien la observaba mientras se desvestía, y recordó que esa sensación se venía repitiendo desde cuando llegamos a la zona y siempre me pidió cubrir las ventanas con cortinas y tapar el boquete del techo para prevenir tardes como ésta, cuando seguramente quería sentir su desnudez moviéndose libremente por toda la casa mientras afuera llovía, pero la asaltaba el temor de unos ojos pegados de los barrotes de las ventanas y un chorro de agua grueso y bullicioso entrándose por el techo, de manera que su viejo deseo de andar desnuda por la casa, nunca antes satisfecho, tampoco ahora podría realizarse, y seguramente no tuvo tiempo de preparar un café para calentarse un poco en la hamaca, y en esos momentos debió haber maldicho mi nombre con todas sus fuerzas como acostumbraba hacerlo cuando quería comunicarse conmigo a kilómetros de distancia, entonces dejó a un lado el café y se fue a la cocina por una olla para recoger el agua que entraba por el techo, pero le pareció insuficiente y mordió de nuevo mi nombre porque se dio cuenta de que el único recipiente capaz de aparar la cascada de lluvia era el tanque del patio, demasiado pesado para ella, sin embargo se cubrió con una sábana y salió al rectángulo arenoso cercado con cañabrava y luego de un primer intento de arrastrar la caneca se le cayó la manta al piso, casi tan velozmente como ella se arrodilló cubriéndose los senos con los brazos, y desde allí abajo miró hacia todos los lados buscando esos ojos vigilantes detrás de la cerca, pero el agua siguió cayendo sobre su superficie asustada y se le ocurrió que nadie en el pueblo iba a estar espiándola a esa hora en que una siesta sería un festín para los sentidos, entonces alimentó por unos segundos la posibilidad de estar sola en el universo y se fue levantando poco a poco hasta quedar totalmente desnuda en la mitad del patio de la casa de los murciélagos en la zona bananera, a cientos de kilómetros del resto del mundo, donde el cielo se veía gris y espeso y las goteras caían deliciosamente sobre su piel, lo cual la animó a hacer un nuevo intento por llevar el tanque hasta adentro y sólo lo consiguió después de un buen esfuerzo durante el cual me envió maldiciones más suaves y dulces que las anteriores, convertidas más tarde en suspiros cuando se metió en la hamaca y sintió que a pesar de la lluvia el centro de su cuerpo ardía y ya había dejado de importarle la velocidad del agua al caer desde el boquete del techo hasta el tanque, y casi no se preocupaba por los peligros anunciados en su presentimiento, porque sé que esa tarde me sintió cerca de pesar de mi distancia y así se quedó dormida hasta el día siguiente, cuando retomó el hilo de su miedo.

Después de dos días de espera Mariana decidió salir a buscarme por toda la zona, y ese recorrido fue como asistir a un espectáculo en el que se abren telones y telones, y detrás de cada uno aparecen escenarios deslumbrantes, como si te estuviera oyendo, amor, me decía más tarde, entonces supe que recordó mis palabras con las que definía a la gente de aquí, esa que te mira con ojos tristes, Mariana, aunque en realidad se alegren por verte, y te ofrecen su comida a pesar de que se mueren poco a poco de hambre. Debió recorrer las plantaciones que tantas veces le había descrito mientras nos mecíamos en la hamaca, y seguramente pensó en tantos caminos pisados por mis pies huyendo de las habladurías de la gente del pueblo, o tratando de montarme en el vagón principal de la actividad de la región. Tal vez se río de mi terquedad y quizá ratificó su tesis de que la revolución no se hace porque la gente misma no quiere que se haga. De lo único que estoy seguro es de su cansancio aquella primera jornada de búsqueda que terminó al anochecer sin conseguir noticiar acerca del sitio donde nos encontrábamos organizando las bases de la huelga, así que debió regresar y al entrar a la casa sintió el aire de los murciélagos abanicándole la cara y luego reflejados en la pared con la luz de una vela al lado de su silueta y de las últimas goteras de agua que aún caían sobre la caneca rebosada. Durmió por pedazos la noche antes de nuestra marcha a Ciénaga y despertó cuando ya el sol anaranjado del amanecer era una rueda amarilla picante que brilló en el tanque donde amanecieron docenas de zancudos ahogados, y ella minutos más tarde apartó los cadáveres y hundió la mano en el líquido frío con intenciones de lavarse la cara antes de preparar el desayuno, pero en esos momentos se dio cuenta de que había dormido con la ropa del día anterior y sintió un desasosiego que la hizo pensar en mí a la hora en que los policías me rompían la camisa. Entonces desistió de desayuno y baño y tan solo se acicaló el cabello con las manos y salió a la calle con dirección al caserío de Beatriz, pero al pasar junto a la tienda de Alfaro lamentó no haber orinado antes de salir, y ese suplicio la persiguió durante toda esa mañana de incertidumbre, y sólo cuando se definieron las cosas y me vio flotando en aquella volqueta rumbo a la inspección de urbano, sonrió un poco, más por la tranquilidad de saber que ahora sí podría orinar que por verme sano y salvo, amarradas las manos y prisionero, pues ese era el fin de su presentimiento y el principio de cuarenta días de encierro, el cabo de los cuales sólo estuvieron presentes Mariana y Barros quienes caminaron junto a mí desde la inspección de Urbano hasta la casa de los murciélagos y allí, al pie de la puerta, Barros me apretó con fuerza un brazo y me dijo que la gente no quería saber de huelgas ni de nada, luego agachó la cabeza y se fue caminando despacio con intenciones de detenerse a decirme algo más pero prefirió respirar profundo y alejarse.

Cuando le cuento a Eligio este episodio nuevamente frustrado apenas mueve un poco la piel de su frente y gira la cabeza para ambos lados, pero nunca me reprocha nada porque su tarea en esta casa es no existir

y para eso hemos dividido la edificación con líneas imaginarias y no pisamos el cuarto donde hasta hace un tiempo estuvieron Mariana y la niña sino que nos movemos en el rectángulo de este salón a donde llegan el sol y el brillo blanco del agua cuando llueve. Mis libros y papeles están en el centro de la sala, sobre baldosas ásperas y antiguas que Eligio barre y limpia sin tocar lo mío, sólo recoge la ceniza de sus cigarrillos, lava mi ropa y sale a buscar comida por el pueblo, como lo ha hecho desde cuando dejó de trabajar, y siempre trae algo para cocinar, también café y cigarrillos para él, entonces calcula el momento exacto en que puede sentarse por ahí cerca, los pies cruzados y las rodillas junto a la cara, su cabeza de alambre blanco y esos ojos hundidos que lo hacen ver más ciego, más muerto y más fantasma, pero queme ayuda a hablar de lo que ahora escribo, de lo que ocurrió después de aquellos días de prisión cuando los obreros no querían saber nada de mí ni de mis cuentos, entonces volví a refugiarme en la casa y disfruté de mi encierro sin mover un músculo, tirado en la hamaca leyendo o dando vueltas por la casa a la hora de las clases de Mariana, hasta cuando llegué a no pensar y tuve la revelación de un mundo que se esfumó más allá de la puerta y otro que se me fue descubriendo lentamente, pues miraba a la ventana y aparecía ante mis ojos la ventana con su orificio cuadrado y cruzado por barrotes de hierro, entonces decía entre dientes: Ventana, y lo mismo con la hamaca: Hamaca, y con la puerta: Puerta, y con el hueco del techo, y con el patio y el retrete y la cerca de los vecinos, es decir, un pequeño vocabulario de menos de cien palabras, un minúsculo universo deshabitado se formaba frente a mí, hasta cuando por debajo de la puerta que ya era mi puerta deslizaron una carta de Nacho con fecha de tres meses atrás, donde me decía cómo era la cordillera, Sebastián, es inmensa, llena de selvas, uno camina días enteros sin encontrar una persona, piensas que das vueltas y vueltas a un mismo centro, crees que el mundo se acabó mientras caminabas, y sabes que por ahí andan los mineros y también los escuadrones y los guerrilleros, y cuando los ves sientes que el alma se te enfría, porque yo no soy minero ni campesino, Sebastián, tú y yo no somos nada aún, aunque trato de meterme en sus vidas y me levanto temprano como hacen ellos que salen a hacer lo suyo y regresan al atardecer, y yo necesité varios días para decidirme a salir de aquella pensión después de lo ocurrido con los mineros pues me sentía incapaz de unirme a la rutina del pueblo, pero tuve que hacerlo cuando se me acabó la plata y el dueño del hotel me amenazó con enviarme a la cárcel, así que un día a las seis de la mañana me encontré caminando en medio de cientos de hombres que iban para sus trabajos separándose por grupos hasta cuando volví a quedar solo, y seguí caminando sin rumbo, mirando a todas partes, buscando a quién hablarle y así encontré un rancho donde un viejo estaba rajando leña. Me ofrecí a ayudarlo y él se quedó mirándome sin contestarme y sin oponerse cuando agarré el hacha, sin decir nada cuando la levanté con fuerza y luego la bajé dándole un golpe terrible que hizo volar el tronco lejos. Ni siquiera entonces se enojó sino que en cambio se convirtió en mi maestro, Sebastián, y allí me quedé un tiempo.

Ese hombre llamado Santiago era el padre de trece hacheros, todos tan pobres como él pero con esa misma dignidad que da el conocer un oficio que desde ese día se empeñaron en enseñarle a Nacho simplemente porque les pareció simpático, y lo llevaron muchas veces a recorrer la cordillera para que aprendiera a distinguir los buenos árboles y a conocer los misterios de la tumba, que empieza por definir cuál palo debe caer primero y éste echa por el suelo a otro y él a otro hasta que caen decenas con un mismo esfuerzo, por eso se pasaban días enteros sólo mirando, buscando la cabeza, y los hacheros dejaron que fuera Nacho quien diera los últimos golpes de hacha, con la fuerza justa para que cayera mientras los hombres soltaban un grito eterno que sólo terminaba cuando la cola de aquella cadena quedaba aplastada y entonces bebían ron hasta emborracharse y cantaban al tiempo que partían los troncos para sacarlos de la selva, pero Nacho debió disfrutar mucho aquella experiencia, pues la selva, Sebastián, me decía, cuando te emborrachas, te arrulla y no quieres salir de esa película en la que todo se siente cerquita. Amas a todos los pájaros, soportas los mosquitos, respiras esa humedad profundamente y los párpados te pesan, ves a los hacheros celebrando alrededor de la fogata y no te quieres dejar vencer del sueño, pero si despiertas cuando todos han caído rendidos, y la sed te acosa, entonces la selva te parece cuento de terror, hasta cuando amanece, Sebastián, y los hombres se levantan como si nada hubiera pasado y tú debes hacer lo mismo.

Nacho me dijo que hizo todo cuanto debía hacer para ganarse la confianza del viejo Santiago y sus hijos, inclusive llegó a ser el acompañante del viejo y de su mujer los domingos en el pueblo cuando salían, a mercar ella, y a emborracharse él, y regresaban al anochecer con una mula cargada de grano, manteca y panela, halada por la mujer y por Nacho, y atrás, pegado de la cola, se arrastraba a tropezones el viejo totalmente borracho. Así subían la montaña todos los domingos y podrían estar haciéndolo aún si no hubiera llegado uno de los compañeros de Bogotá a buscar a Nacho y a todos los demás cuadros de la cordillera. Esto ocurrió un domingo cualquiera, cuando Nacho acompañaba al viejo en una cantina mientras oían su canción preferida y tomaban cerveza como todos los campesinos que tenían el café lleno de olores y orines y a tabacos baratos, ambiente que ya Nacho había asimilado a pesar de la repulsión que le generaba al principio pero que poco a poco, domingo a domingo, y además después de haber descubierto las virtudes de la cerveza en tierra caliente, terminó por involucrar a los nuevos olores de su vida que reemplazaron los viejos aromas refinados de Medellín, pues él mismo, como lo comprobé después en persona, había adquirido una fragancia áspera e inconfundible como el olor de la montaña, que debió percibirla el bogotano cuando se le arrimó con su cara de intelectual de antiparras y barbita leninista y le dijo casi al oído, ¿es usted el

compañero?, y Nacho seguramente pensó lo primero que piensa uno en esos casos, es decir, que podía ser policía o algo por el estilo, aunque la intuición no falla pero es necesario darse el lujo de ponerlo en aprietos y hacerle saber que el terreno no es peligroso y lleno de trampas que hemos aprendido a eludir, es decir, Nacho debí impresionarlo por un momento, sólo por un momento, porque luego de identificarse como el cuadro enviado por la dirección nacional para coordinar el trabajo en la cordillera, pasó a dar órdenes y a opinar con toda la autoridad que le confería la misión, y dentro de esas primeras instrucciones obligatorias estaba la orientación de alejarse del gremio de los hacheros, atrasado y sin proyecciones, y vincularse a los mineros, Sebastián, escribía Nacho, o sea que hasta allí llegaba mi vida con la familia de Santiago a la que dejé una mañana de cielo oscuro y amenaza de lluvia en todos los alrededores, y recuerdo la despedida del viejo: “La selva es grande, ñerito, y ya la conocer, si es que lo van a matar de verdad hágalos reventar manigua, por lo menos, pero no se deje agarrar en el destapado”, y después de oírlo no me dio miedo, pero desde ese momento pienso mucho en la muerte, en lo fácil que es amanecer por ahí tirados nosotros los que escogimos vivir para esta vaina, o sea que desde ahora es mejor hacerse a la idea de morir en cualquier momento, y yo me fui de la casa de los hacheros pensando en la cita perentoria que me había puesto el bogotano, pues me daba dos meses para tener contactos concretos con los mineros, y no se me ocurrió nada distinto a ir directamente a la oficina de la compañía de los gringos para ofrecer mis servicios.

“La oficina de la compañía, Sebastián, decía Nacho, es la construcción típica de los gringos en tierra caliente de hace mucho tiempo. Puedes imaginar la puerta de anejo para protegerse de los mosquitos, y la escalera de tablas que conduce a las oficinas principales, con cuadros en las paredes blancas que les recuerdan constantemente las avenidas de sus ciudades y las risas de su gente. Le pedí a una secretaria que me llevara donde el gerente y no sólo se rió sino que llamó a sus compañeros entre los cuales salió un gringo de zapatos grandes, en mangas y camisa y cargaderas, quien me atendió en una mezcla de inglés y español primitivo, y pude deducir que no era el gerente sino un jefe de alguna división, resignado a vivir todavía en este país del que ya salieron cargados de dinero y de gloria casi todos sus paisanos. Logré entenderle que si quería trabajar volviera dentro de tres meses para una entrevista, pero no pude explicarle que el bogotano sólo me daba dos meses para infiltrarme en su empresa porque con apretones de mano y palmaditas en los hombros me sacó de la oficina sin dejar de sonreír un solo instante. ¿Y después qué, Sebastián? Después el monte otra vez, y los barequeros como última salida, oficio que aprendí como el de los hacheros y ya he logrado sacar un castellano de oro en todo este tiempo. Ando con dos muchachos que dejaron el colegio y se tiraron a la montaña. Trabajamos casi desnudos, con el agua a las rodillas, la espalda siempre doblada. Donde llegamos clavamos una banderita de Colombia y en esta forma nos protegemos

porque se oye decir que el trabajo es ilegal ya que la compañía reclama la propiedad de todos los terrenos donde hay oro, y nosotros sabemos que tarde o temprano van a pescarnos. Willy es el más fuerte de los tres y va a meterse clandestinamente en la mina. Dice que en seis o siete meses vuelve a salir, ¿Sebastián, me has entendido?, me decía, seis meses bajo la tierra, sin ver un rayo de sol. Ya hizo un agujero que lo lleva exactamente a una sección que no es muy vigilada y dice que los mineros lo van a ayudar llevándole comida todos los días. Me invitó a ir con él pero ya sabes que no puedo aceptar volverme rico porque tengo una cita con el bogotano. A Willy tal vez lo maten o si le va bien sólo lo llevan preso. El es muy fuerte y creo que va a resistir todo lo que le espera, porque sabe que dentro de un año va a ser un hombre rico. Una vez me dijo que si no iba con él por lo menos hiciera el esfuerzo de estar vivo cuando saliera para emborracharnos un mes entero donde las putas, y yo se lo prometí, o sea, Sebastián que puedes decirle a Mariana que tengo un año más de vida porque soy incapaz de faltar a mi palabra, y porque además por culpa de Willy tengo ahora un buen informe para el bogotano, pues él mismo me llevó a conocer obreros de la compañía y me presentó como la única persona inteligente que ha pisado esta tierra de mierda, aparte de advertirles que no fueran tan pendejos como para pensar que soy guerrillero y que de una vez por todas dejaran ese maldito miedo a la muerte. Ya ves, entonces, por qué no puede faltarle a la cita dentro de un año, Sebastián, tiempo que voy a aprovechar para tratar de ir a visitarlos, algún día será, porque ya me hacen demasiada falta”. Y esta carta de Nacho fue el principio de un baño de agua fría después de tantos días de encierro primero en el calabozo de Urbano, luego en nuestra casa de los murciélagos, porque esas líneas escritas por Nacho me dejaron un amargo sabor pensando en mi presencia en la zona escondido mientras él seguramente estaba corriendo por la selva huyendo de los matones, acezante entre bejucos y raíces, y a la noche siguiente, todavía sin recuperarme de la carta, recibimos la visita de una mujer que traía un mensaje de la dirección nacional de la organización con el cual se garantizaría la supervivencia del grupo en esos momentos en los que, según ella, se estaba dando un golpe militar al gobierno y el paso siguiente sería acabar con toda la izquierda, a la manera del golpe en Indochina, cuando en una sola noche exterminaron a casi medio millón de personas que fueron degolladas en sus camas, acibilladas en las paredes, cazadas en los rincones de sus casas, o sea que debíamos actuar rápidamente, como ya lo había hecho la dirección nacional que en esos instantes debía estar cruzando la frontera, una medida extrema pero acorde con la situación, no se puede interpretar como una fuga sino como la única forma de pasar el mal momento, y cuando dijo esto la mujer se fue sin despedirse porque ya todo estaba dicho y todos nosotros de ahí en adelante debíamos sobrevivir sin hablar de política, cambiando de residencia, esfumándonos del mundo por un tiempo, como se esfumó ella caminando hacia el río sin dejar rastro de su visita que pareció más bien un sueño como se lo relaté a

Mariana inmediatamente y luego nos quedamos dormidos con una mancha blanca de la luna filtrada por las ventanas hasta la hamaca.

Cuando Mariana se vestía para irse a trabajar vi su figura en el algodón azul de las seis de mañana y para entonces seguía pensando que la de la visitante había sido un sueño, y sólo cambié de opinión dos días más tarde cuando en la madrugada llamaron a la puerta y luego escuché un silbido parecido al que utilizábamos en Medellín para avisarnos de la presencia de policías en las manifestaciones, entonces me asomé por una hendidura de la puerta y vi a Ramón Vidal, sentado en el centro de la calle tocando tambor en su maletín metido entre las piernas, entonces Mariana y yo volvimos a reír y olvidamos por unos momentos toda la carga de vacío que arrastrábamos desde cuando me recliné en la casa. Ramón entró preguntando si el olor de los murciélagos era el aroma del desayuno, luego se extrañó por la ausencia de muebles y decidió acostarse en el suelo cruzando las piernas como los vaqueros en sus campamentos y empezó a hablar acerca del cuento del golpe militar que hasta entonces hacía parte de nuestra imaginación, pero el mismo Ramón, uno de los más irreverentes que se había atrevido a decir que las cien flores abiertas en la revolución cultural china eran amapolas, ahora venía a esconderse del exterminio y había escogido el único lugar seguro del universo, es decir, nuestra casa, y parecía dispuesto a pasar un período largo de tiempo refugiado en el pueblo de Adelaida, siguiendo nuestra rutina con la paciencia de los chinos, pero sólo unas horas después de su llegada ya tenía un diagnóstico de la región que resumió más o menos en estas palabras: no hay una sola mujer que merezca una mirada, y lo peor fueron sus palabras de condolencia para mí, pues me llamó trapense, y sólo un monje como tú podría vivir aquí, dijo, ante lo cual Mariana sonrió a escondidas sin darle oportunidad de complicidad a Ramón. Pero las cosas cambiaron luego de profundizar un poco en la situación al cabo de una semana con nosotros, pues varias veces en sus caminadas sin rumbo se detuvo en el parque de los almendros donde un grupo de mujeres se reunía todas las tardes a tomar cerveza, maduras ellas, como de la edad de Adelaida y Beatriz, notables por su lenguaje de camionero que mantenía protestando a los testigos de Jehová, pero por sus conexiones con el poder nadie se atrevía a importunar la tertulia de todas las tardes frente a la tienda de Alfaro, donde su hija Silvia era la anfitriona de todos los días, y el grupo lo conformaban la amante del concejal de Ciénaga, la hija de mi vecino don José Agámez, la esposa de un italiano misterioso, la hermana de Adelaida, y algunas veces ésta también se sentaba en el círculo de parquecito que atrajo a Ramón en forma repetida y que él explicaba atribuyéndoselo a un aire extraño que obliga los visitantes a quedarse en la región poco a poco y sin darse cuenta.

Estoy seguro de que Silvia Alfaro, la hija de mi vecino Agámez, la amante del concejal de Ciénaga, y todas las que en alguna forma tuvieron que ver con el grupito del parque de los almendros han cruzado ya la línea de los cuarenta, y sus conversaciones giran casi siempre alrededor del mismo tema, palabra más palabra menos, cómo conquistar a un hombre cuando el cuerpo empieza a secarse. Y sin necesidad de ser hechicero yo había llegado a esa conclusión desde antes de que Vidal se viera involucrado con esas señoras, y en particular con la hija del tendero, esa figurita morena y achinada, de pantorrillas delgaditas y senos siempre a medio cubrir sin importarle el estado del tiempo. Silvia se esfuerza por parecer juvenil, y es la única que no ha tenido amores estables lo cual hace que sus amigas siempre estén pensando en cómo conseguirle un novio antes de que el paso de los años la confine a la soledad, y estando en esas consideraciones debieron ver que de nuestra casa salía un sujeto diferente a Mariana y a mí, y seguramente su disposición anímica les permitió leer que la energía emitida por el cuerpo de Vidal era la de una especie de libertino, bien distinta a la nuestra porque si de algo nos acusaron siempre fue de una alta dosis de estoicismo, notorio en todas nuestras actuaciones en la región, en cambio Vidal, a las claras era un hombre libre y feliz que chorreaba aventura por la grasa de sus bigotes, o sea que no fue difícil para ellas engarzarlo desde el primer día en que lo vieron dando vueltas por el pueblo sin saber dónde aterrizar, entonces le sacaron un taburete extra que colocaron, obviamente, al lado de Silvia, y todos los días siguientes lo esperaron a partir de las seis de la tarde, cuando ya el calor empezaba a ceder y ellas se sentaban bajo el almendro a eructar cervezas.

El hecho de que el primer día Vidal se hubiera sentado a su lado le bastó a Silvia para tejer una historia en tiempo futuro, y sus amigas no sólo no la desalentaron sino que además le ayudaron a adobar el tema, tanto que al final terminaron ellas mismas confundidas y no sabían si en realidad existía algún interés por parte de Vidal hacia Silvia, pero no les importaba mucho pues estaban acostumbradas a caminar sobre toda clase de terrenos, aun el de la fantasía sin hundirse, y podían sacar partido de cualquier situación por embarazosa que fuera, y casi podría asegurar, por los informes que nos traía Vidal y por mis observaciones particulares, que Silvia llegó a enamorarse como cualquier quinceañera, porque muchas veces la vi revolotear por los corredores de su casa siempre abierta, según la costumbre de todas las casas de este pueblo, y debía sentir el viento fresco de la tarde produciéndole escalofrío en el estómago y ganas de cantar mientras

se maquillaba frente a un espejito que le servía al viejo Julio, su padre, para afeitarse y destriparse las espinillas cuando no había clientes en la tienda. Hacia las cinco y media Silvia sacaba los asientos junto al árbol de encuentro, seleccionaba las cervezas más frías y limpiaba por fuera las botellas que iba a servir, y yo, que montaba guardia desde el murito de la casa, le iba informando a Vidal cada uno de sus movimientos, y podía sospechar que del juego participaba mucha gente, incluidos los hombres cercanos al grupo, que empezaban a llegar a las seis, después de la cena, y algunos se quedaban un rato mientras hacían su aporte a la trama, seguramente calentándole el oído a Silvia que no oponía resistencia y en cambio se dejaba empujar en el balancín del ridículo hasta cuando veían salir de nuestra casa de los murciélagos a Vidal con la cabeza fresca por el baño en el río, su chaqueta de bluyin, el bigote voluminoso resaltando desde lejos, entonces al verlo llegar, los hombres se iban despidiendo para no ser inoportunos, mientras por supuesto Silvia sentía hervir la sangre por sus brazos y su personalidad se transformaba a medida que ingería cervezas hasta volver a ser la misma Silvia Alfaro vulgar y desabrochada de siempre.

Vidal sólo tenía veinticinco años, es decir, un poco más que yo, aunque su apariencia lo situaba al mismo nivel de un vividor solitario de treinta y pico, y estaba acostumbrado también a las farsas que rodean los romances para lo cual gozaba de una enorme facilidad de fingir, o sea que no tuvo remilgos ni problemas para aceptar el juego propuesto por las mujeres del parque, y tampoco se preocupó por la fealdad ni la madurez avanzada de Silvia, en cambio parecía disfrutar enormemente el asunto, como lo demostró el día de la cuarta o quinta reunión en medio de un calor que se resistía a ceder lo que hizo que la gente desfilara hacia el río, y Vidal debió sentir el sudor cayendo por su cuello en tal forma que se quitó la chaqueta de bluyin por primera vez, y cada sorbo de cerveza le salía por los poros de los brazos hasta cuando empezó a flotar unos centímetros arriba del suelo y vio cómo Silvia y sus amigas estaban poseídas por una repentina alegría que todos asociaron con la fila de botellas vacías colocadas junto al almendro, y a la medianoche Soraya Castro, la amante del concejal, propuso darse un baño en total estado de desnudez, propuesta aclamada por todas al tiempo que miraban a Vidal quien no sólo aceptó sino que reforzó la idea con algo más atrevido, con la proposición de desvestirse ahí mismo en el parque y caminar sin ropa tomados de las manos hasta llegar al río, pero Silvia miró hacia su casa y vio al viejo Julio abanicándose en la puerta de la tienda, y con sonrisas rechazó la audacia de Vidal pero les hizo señales a sus amigas que se levantaron y se fueron hacia la orilla del río, en el lugar donde había una casa abandonada que en invierno el agua tapaba por completo y que con el tiempo iba a ser el principio del final de esta historia que empezó cuatro años atrás y que aún me mantiene aquí encerrado en esta enorme casa llena de luz brillante y de recuerdos, pero en ese entonces la casa era tan solo el sitio donde habían jugado las mujeres del parque en sus años de

infancia y después se convirtió en una especie de búnker de novios, mantenida en pie a pesar de las crecientes del río, gracias a la mano de los enamorados que se encargaban de hacerle arreglos pasajeros aparte de la gran cantidad de corazones con nombres de parejas escritos con todo el amor posible en los muros. Allá era la cita con Vidal que apenas llegó vio cómo Ana Agámez, la hija de mi vecino, fue dejando a un lado zapatos y blusa, y le pareció imposible la solemnidad con se deshizo de la ropa, con los dedos en pinza, tomando una a una las prendas, y robándole poco a poco a la oscuridad un espacio blanquecino, gordo y coronado por dos enormes tetas que ella se acarició con dulzura mientras se escurría de la vista de Vidal, a esa hora atónito de cerveza y sorprendido por la visión de un espectáculo nunca sospechado en el cual ahora pasaba al frente Soraya, con movimientos precisos y suaves, meciéndose en la cortina azul de esa noche, embadurnándolo a él con una sonrisa maquillada sólo por las sombras que escondían la flacidez de su estómago y la caída de sus nalgas, y fue como si Jimena Mendoza y Silvia Alfaro sospecharan de las intenciones audaces de Soraya porque ambas se quitaron las camisas y agarradas de la amante del concejal se lanzaron al agua, y después siguieron las otras y por último el atontado de Vidal que no vio más salida digna que la de una desnudez varonil en medio de las mujeres del parque.

Los días siguientes a aquella noche los pasó Vidal encerrado jugando ajedrez con nosotros, oyendo noticias en la radio las veinticuatro horas, buscando alguna señal del presunto golpe militar que no aparecía por ninguna parte, y entonces terminamos olvidándolo y concentrados en sus historias de amor pero ya para esos días Vidal estaba hastiado de cuarentonas y cuerpos mofletudos, y en cambio soñaba en voz alta con las compañeras de la universidad, a esa hora seguramente en bikinis desfilando por la pasarela de la piscina mientras nosotros estábamos confinados en las cuatro paredes de ese pueblo perdido en los mapas, y entonces fue cuando supe de varias historias tuyas con muchachitas que en algún momento creí fieles a mí, pero él me explicó todo el asunto de la vida diciendo que yo era un buen trapense, no apto para aventuras amorosas porque el amor es dulce y yo le temo a la dulzura, porque el amor es leve y yo le tengo pánico a la levedad, porque su versión del amor no admite trascendentalismos y ahí obviamente yo quedo por fuera, pero calma, Sebastián, me dijo mirando a Mariana que permanecía ajena a su retórica, tú eres de los que sólo al final de la vida aprenden, y recuerdo que en esos momentos, luego de esas frases célebres tan ovacionadas por él mismo, se fue hacia el patio y se desnudó de cara a la cerca de los vecinos y frente a los ojos vigilantes de siempre se bañó lentamente hasta cuando se hizo de noche y empezó a soplar un viento fresco que se llevaba los zancudos. Salió a la calle y en el parque encontró su taburete vacío al lado de Silvia y quedó ubicado en el mismo eje de Soraya Castro quien al igual que las otras no le quitaba el ojo de encima, inspeccionándolo de arriba abajo con miradas de antropófagas. Pidió permiso para levantarse a traer otra

cerveza de la tienda y las mujeres no le contestaron sino que siguieron tragándosele con los ojos mientras pasaba por el centro del círculo y caminaba hasta el mostrador donde el viejo Julio atendía a una mujer rubia y blanca, de ojos azules y cejas amarillas que trataba de hacerse entender en un español de infinitivos y géneros trocados, que sintió renacer un hálito de vida cuando Vidal le preguntó en inglés si podía ayudarle, ante lo cual ella lo miró con una expresión azul y le sonrió agradecida. No tuvo inconveniente en decirle que estaba viviendo en el barrio enrejado, muy cerca de esta casa Perkins, y tampoco se opuso a un posible encuentro en el futuro. Luego se despidió con toda la amabilidad de su mano carnuda y rosada. Cuando se montó en el jeep que la esperaba afuera, Vidal volvió a la sombra del almendro a sentarse al lado de Silvia y enfrente de Soraya que empezaba a jugar un juego peligroso en medio de sus amigas, sonriéndole y enviándole besos por encima de Silvia que se sintió burlada en su propio territorio, y Vidal aceptó el juego a sabiendas de que podría ser el fin de su amistad con el grupo, pero él aprovechó el aire tenso y envenenado para preguntarle a Soraya en voz alta, cuidándose de que todas oyeran quién era la rubia de la tienda, y ella no dejó de sonreír ni de mirarlo, pero debió saber que era su oportunidad de reivindicarse con sus amigas, entonces le dijo con voz templada y llena de odio averígualo tú mismo, cabrón, coyuntura aprovechada por el viejo zorro para respirar profundo y darle una palmadita a Silvia en la pierna más cercana a la suya, luego se levantó y volvió a cruzar por el centro del círculo desencantado y con una venia de despedida se fue caminando hacia el barrio enrejado donde esperaba encontrar a la rubia que se llamaba Ulla, según le había dicho minutos antes de alejarse en el jeep que dejó una huella profunda y fácil de seguir por todo el camino hasta el cementerio, pero ahí se perdió entre la piedra menuda que lo habría de traer hasta acá, donde escribo ahora. Se dejó guiar por una fragancia dulce de un jardín cada vez más próximo, que descubrió en el momento justo en que veía los primeros bombillos eléctricos del barrio y las casas de estilo inglés, rodeadas por una enorme reja con alambres de púas en la parte más alta, pero que le permitió ver los caminitos de asfalto y los puentecitos de madera pintados de blanco, y las casas rojas y verdes, amarillas y verdes, y blancas y verdes, porque, sobre todo, le llamó la atención la predominancia del color de la naturaleza en todas las construcciones, y nos decía después cómo tuvo que dar toda la vuelta por el restaurante de Beatriz y pasar casi rozando a Antonia y Elisa que vigilaban en la oscuridad sentadas en los rieles del ferrocarril, y después caminar debajo de las golondrinas dormidas sobre los cables de la vieja planta de luz, y luego meterse en el barrio sin pedir permiso a los vigilante que lo vieron perderse entre la sombra de los árboles y sintieron cómo el ruido de sus pisadas se lo tragarón los grillos.

Esa noche Vidal tuvo la suerte dividida aunque en un principio pensó que la providencia estaba de su parte, cuando luego de recorrer al garete unos metros del barrio sintió la voz de Ulla hablando en una lengua

extraña que después ella misma le aclararía que era sueco, un idioma exclusivo de un reducido número de habitantes escandinavos. Ulla estaba dándole de comer a unos canarios enjaulados en la puerta de su casa cuando vio que un hombre de bigotes gruesos salió de la oscuridad, entonces debió recordar en un solo segundo la cadena de incidentes con nativos que habían tratado de metérsele a las malas en su casa, y que la tenían al borde de regresar a su país, donde ya estaban sobre aviso de los modales crudos de la gente de estas tierras, y por esta razón no esperó a que Vidal le hablara ni tampoco lo dejó acercarse totalmente pues sin dudarlo un instante se entró a la casa y trancó la puerta desde adentro. En su cuarto debió escuchar los gritos en inglés de Vidal explicándole que era el mismo de la tienda del pueblo y que sólo quería conversar un poco, y seguramente la conmovió su aire de sinceridad hasta el punto de casi abrirle la puerta, pero cuando se acercó a quitar la tranca vio la cara de Vidal pegada del anejo de la ventana y gritó nuevamente ordenándole en todos los idiomas que se largara, lo cual hizo desistir a Vidal y en cierta forma revisar su concepto acerca de la libertad sexual de las mujeres nórdicas.

Los días siguiente la asedió rondando la casa, y en todo el tiempo que pasó en el barrio se fue enamorando del silencio que flota en este pequeño jardín enjaulado, inclusive, Sebastián, me decía, llegué a pensar que sería mejor quedarme allí escondido entre los árboles, y cuando sentí sus zapatos de madera me dio lástima tener que salir y hablarle. Pero al final la vio otra vez, con su cara en forma de pera y con el cabello mojado, y seguramente pensó, como lo haría desde ese momento, que los ojos tenían el color del mar, olvidó la comodidad de su cueva silenciosa y salió caminando lentamente para no asustarla. Vidal dijo que logró convencerla de caminar juntos un rato, y que antes de llegar a la puerta del barrio ya ella había bajado la guardia, entonces pasaron la tarde en el bosquecito de árboles caucheros y cuando oscureció no le propuso lo que ella estaba pensando que le iba a proponer, en cambio la invitó a nuestra casa en el pueblo, lo cual, seguramente, terminó por desarmarla por completo, y lo digo porque esa noche me pareció extraordinariamente amable, pues preparó una ensalada con verduras que ella misma compró, y organizó un mantel en el suelo, porque mesa no había, colocando cuatro pañuelos blancos en forma de coronas, seguramente resabios de su nostalgia, y se notaba su esfuerzo por contestar a todas las preguntas mías, a las sugerencias de Mariana y a las miradas de Vidal que muy temprano afiló los caninos y apuntó directo al blanco. Ulla siempre me dio la impresión de estar luchando por adaptarse a este mundo, y nunca pude preguntarle cuál era exactamente la idea que tenía de Latinoamérica antes de venir, y ni siquiera nos preocupamos por averiguar lo que hacía tan lejos de su casa porque era suficiente dolor verla tragando nudos de saliva sin licuar cuando Vidal se le acercaba hasta sentir su piel y el calor de su respiración, y nos apenaba dejarla lavar los platos de la comida en el patio arenoso vaciando agua al tanque, y todo por

agradarnos, por saberse aceptada en las tinieblas de una casa extraña donde el olor de los murciélagos la debió asfixiar un poco más que los abrazos de Vidal quien en un momento de esa noche apagó su voz y le dijo algo al oído de Ulla que ésta no entendió, a juzgar por su expresión de sorpresa, y sin embargo cuando Vidal le volvió a preguntar si eso significaba estar de acuerdo ella dijo alzando los hombros gruesos, supongo que estoy de acuerdo, y seguramente iba a decir algo más pero Vidal no la dejó continuar sino que la abrazó y me extendió la mano como los jugadores de béisbol cuando jonronean, y dijo, listo, todo arreglado, y desde ese momento empezó a acosar a Mariana para que asignar a los sitios donde íbamos a dormir, y Mariana me miró como pidiéndome que interviniera pero ante un acuerdo como el que aparentaba haber conseguido Vidal pensé que era sabio no mover un solo dedo. Y con el tiempo creo que tuve razón, de nuevo una razón a media, porque Mariana estuvo escuchando los movimientos de Vidal cuando a media noche dejó su cuarto y se pasó al de Ulla que hacía esfuerzos iniciales por echarlo sin escándalos, podría asegurar que por respeto a Mariana y un poco por respeto al tercer mundo, pues esas voces apagadas llevaban una carga de rabia que se regó por toda la casa y yo pude sentirla pero me quedé callado viendo los murciélagos trepar por los lazos de nuestra hamaca, y sin embargo Mariana insistía en una intervención de hecho, pero cuando ya no pude resistir más a las palabras de Mariana y empezaba a ordenarle a mis piernas salir de la lona y contenía el resto de mi cuerpo para no rodarme y hacer ruidos innecesarios, escuchamos un silencio como de campo de flores y Mariana preguntó en voz alta si todo estaba bien, pero el silencio continuó con aromas que traía el viento de la sierra nevada y al cabo de unos segundos Ulla contestó que sí, que todo estaba bien. Y en esos instantes no supe si yo tuve razón o fue Mariana cuando dijo que Ulla estaba en problemas, lo cierto del asunto lo resumo en una noche de viento silbando desesperado por meterse entre las tejas del techo y a través de las cañas de la cerca del patio, y después supe que Mariana añoró su barrio, su casa, sus juegos de niña, y posiblemente fue todo esto lo que preparó el terreno para su posterior amistad con Ulla, la cual empezó en firme unos días después, cuando vimos a Vidal entre los azules de la madrugada regresando del patio donde se había bañado y afeitado, luego arregló su maletón y se lo echó al hombro, entonces nos dijo, bueno muchachitos, parece que se acabó el paseo, y antes de que se fuera Mariana le preguntó si quería dejarle algún mensaje a Ulla. Sí, dijo, díganle que siempre creí que los suecos tenían alas. Y no volvimos a verlo.

Esos episodios en los cuales me quedaba solo siempre empezaban igual, con las paredes mirándome y el techo crujiendo mientras en la hamaca resolvía mis pensamientos que casi siempre pasaban por el recuerdo de Mariana, como si ella estuviera en todos los rincones, y yo la buscaba en su ropa, en sus costuras de crochet, en los objetos que conservaban su fragancia. Cada vez que me sentí solo fue como si

algo atizara el deseo, como aquella vez, luego del adiós insípido de Vidal, cuando ella se fue a sus clases y sólo tuve que esperar a que regresara después del mediodía y viera mi expresión de terror que comprendiera cuánto necesitaba su piel, entonces la perseguí por todas las coordenadas de la casa sin hacer caso de las miradas espías, pues hubo momentos en que nos amamos dejando parte de nuestros cuerpos en el patio y parte dentro de la casa, y de noche salimos muchas veces a celebrar el delicioso rito de los besos y las caricias junto a la palmera del patio, porque si dejaron de preocuparnos los zancudos y los murciélagos, también olvidamos por esos días a los vecinos y sus ojos vigilantes, y nos abandonamos en una caída eterna y libre que sólo fue interrumpida por una visita de la rectora del colegio, alarmada por las continuas ausencias de Mariana, porque entonces ella también nadaba en una ciénaga de pánico, y quizá esperaba que esa oportunidad de común acuerdo, y por iniciativa mía comenzáramos el regreso de este viaje al cual, según todo lo indicaba, se le había dañado la brújula. Pero no dije nada, tal vez porque nada tenía que decir, y ella debió sentir unos deseos enormes de sugerir el retorno. Sin embargo tampoco lo hizo sino que luego de calmar a la rectora que hacía intentos imposibles por meter su cuello gordo por la pequeña abertura de la puerta sostenida por Mariana, se dejó caer en la hamaca y suspiró profundamente. Al día siguiente asumió su rutina de clases y yo empecé a sentir una a una las gotas lentas de tiempo cayendo alrededor de mi cuerpo. Releí cada una de las once cartas de Nacho que hasta el momento había llegado, y en ellas nos iba informando acerca del empeoramiento de su situación, entonces me invadió un sentimiento moral por lo que podría estar ocurriendo en la cordillera en esos momentos, donde ya había empezado a matar de los nuestros y Nacho estaba cada vez más expuesto, con gente extraña indagando por su itinerario. Mariana y yo le escribimos pidiéndole que viniera a visitarnos durante un tiempo mientras se olvidaban de él, pero varias semanas más tarde supimos que no había recibido una sola de nuestras cartas.

En esos momentos, nada podía hacer por él, salvo morirme de hastío, entonces volvía a caminar por el pueblo y sus alrededores buscando no pensar en la cordillera ni en Nacho que a esa hora podría estar muerto como casi todos los compañeros de esa región, o habría decidido venir a estar con nosotros como se lo habíamos recomendado en tantas cartas, por eso cada vez que salía miraba hacia la entrada del pueblo imaginando al hombre caminando con su morral, con esa mirada como si nada ocurriera, pero el paso de los días fue desbaratando esa fantasía y me di cuenta de que todas las tardes me sentaba frente al campo de fútbol a ver los entrenamientos del Cartago Fútbol Club, nombre incomprensible si se tiene en cuenta que era el equipo de este pueblo y no de alguno llamado Cartago como llegué a pensar la primera vez que escuché el nombre, precisamente sentado allí junto a un enorme árbol campano desde donde podía ver bien los juegos y el camino de entrada por el cual pasan los buses y toda la gente que entra al pueblo. Cuando perdí las

esperanzas de ver aparecer a Nacho ya estaba metido en los movimientos del balón y en los golpes de pies callosos y anchos de los muchachos, y me fui acostumbrando a estar allí todas las tardes donde llegaba siempre luego de dar vueltas por el pueblo, deteniéndome sólo en la tienda de Alfaro a tomar gaseosa y ver a Silvia cantando triste en los corredores frescos del interior de su casa. Ella me miraba mitad ansiosa, mitad herida, y al momento de salir yo volvía a buscarla entre las bifloras colgadas del techo o entre las rejillas de los canarios del corredor, pues siempre estaba por ahí su cara achinada y oscura que me sonreía a manera de cómplice, entonces me iba a seguir mi camino hasta cuando escuchaba los gritos y los golpes secos de pies en el balón, y el aire me sabía distinto, como a final de día y a principio de fiesta. Recuerdo que sin darme cuenta había empezado a hacer parte del público de siempre entre el cual estaban los vendedores de guarapo, con quienes hacía apuestas diariamente, lo que dio prestigio a mi intuición hasta el punto de llegar a regarse la especie de que yo, el marido de la profesora Mariana era un experto en tácticas de fútbol. Lo vine a saber el día en que el entrenador del Cartago renunció por no entenderse con Cecilio Montaña, el delantero centro del equipo, y él mismo fue quien pidió a sus compañeros de equipo ir hasta mi casa a media noche para ofrecerme el cargo de entrenador del Cartago Fútbol Club, episodio que aún tengo grabado en mi memoria como si hubiera sido ayer cuando tocaron a mi puerta y escuché ruidos de voces contenidas que enmudecieron al quitar la tranca y abrir la hoja de madera, porque se quedaron mirándome, en especial Cecilio Montaña a quien los ojos pequeñísimos le brillaban más que a todos esa noche, y por último me dijeron sus intenciones de entregarme al equipo. Yo estaba seguro de que se trataba de un sueño, entonces decidí actuar como lo hago siempre en esas circunstancias, es decir, dejándome llevar por la trama de turno, y así fue como acepté la oferta y cité el grupo para el día siguiente e la cancha frente al colegio, mientras tanto pase el resto de la noche haciendo diagramas en un cuaderno y teorizando acerca de cada uno de los movimientos de los jugadores.

A las cinco de la tarde, recuerdo, todavía estaba soñando, y llegaron todos incluyendo a Cecilio que no dejaba de mirarme bastante nervioso, como si el debutante fuera él y no yo que temblaba al mostrarles los rayones de la noche anterior, del nuevo esquema de juego del Cartago, o mejor, de la nueva época prometida por mí para todos ellos y para mi propia tranquilidad, pues era el momento de salir del olvido en este pueblo, con escenario propicio y actores de primera, por lo menos en cuanto se refería a Cecilio, el mejor número nueve de todos los que yo había visto hasta entonces. Sin embargo al hablar con ellos supe que el equipo estaba en dificultades creadas, precisamente, por la indisciplina de Cecilio, quien había ahuyentado al anterior entrenador, pero no te preocupes, cachaco, me decían los vendedores de guarapo quienes en buena parte fueron los culpables de mi nueva situación, sólo habla con “Avispa” y así tendrás a

Cecilio tranquilo, era la recomendación unánime de los espectadores de siempre que tenían muy claro el problema del Cartago. Pero para mí el asunto se resolvía haciendo unos ajustes en la defensa, practicando el fuera de lugar, lanzando desde media distancia y aprendiendo algunas tretas para quemar tiempo, pues lo demás lo ponían ellos, en especial el nueve que regaba su magnetismo por toda la cancha y el grupo tomaba aire de victoria. Y las cosas parecían salir bien porque durante los primeros diez días estuvieron cumplidos a la hora de la práctica, haciendo el trote de calentamiento sin confesar cansancio, apretando los dientes y soltando espumarajos por las bocas, mirándose de reojo sin aflojar el ritmo de los ejercicios. Más tarde atentos al pizarrón y luego haciendo algunos movimientos con la pelota y hasta entonces nadie, ni siquiera Mariana, volvió a hablar de fracaso, lo cual hizo crecer el público asistente en los entrenamientos. Pero el día en que faltó Cecilio sólo estuvieron, aparte de los otros jugadores y yo, los vendedores de guarapo que me miraron con toda la seriedad de la que eran capaces: cachaco, me dijeron, le dijimos que hablara con “Avispa”, el muchacho anda por malos pasos. Sólo entonces tuve conciencia del asunto y pensé que debía hacerles caso, más por esa actitud de derrota de los jugadores que se habían transformado con la ausencia de Cecilio y ya arrastraban los pies por toda la cancha. Tanto importaba el nueve para ellos con sus piques a espacios vacíos, o con sus saltos increíbles por encima de las cabezas de todos, pero sobre todo en esa mirada extraña que la gente atribuía a la excesiva confianza, propia de los ayudados del demonio, a lo cual se le sumaba la real influencia de su padrino de bautismo el bandidísimo “Avispa”, un moreno delgadito con una lombriz, con barbita y bigote cortados como la césped de las casas de este barrio enrejado, donde ahora escribo.

“Avispa” era un ladrón vestido de negro, como en los cuentos, que andaba con una decena de muchachos expertos en el juego del billar, borrachos y hábiles para robar y para rodar en bicicleta por los caminos de la zona, y en los cuales el ruido de las llantas pisando la arena ya era reconocido por la gente y asociado a estallidos de botellas en las cantinas, disparos al aire, gritos de pelea. Algunas veces Cecilio también pedaleaba al lado de su padrino y lo acompañaba sin hablar mientras él jugaba billar, o lo esperaba pacientemente al pie de la casa de Antonia y Elisa, o en cualquier otra parte donde se hubiera metido, pues siempre actuaba como guardián del bandido que a su vez le correspondía apoyándolo en los partidos en los que el nueve jugaba. Llegan todos juntos, cachaco, me decían los vendedores de guarapo, y se sientan ahí a gritarle cosas a los contrario para ablandarlos. Después de los partidos se tomaban los caseríos vecinos y asaltaban las tiendas de donde sacaban dinero y cajas de cerveza. Es decir, con “Avispa” las cosas eran bastante seria y por eso Mariana me sugirió hacerme a la idea de jugar el campeonato sin Cecilio y en cambio colocar en el centro del ataque al más destacado de los otros, pero ninguno quiso tomar el lugar del ahijado

de “Avispa” hasta cuando se llegó el día del primer juego en las fiestas del pueblo. Recuerdo que era miércoles y al amanecer salí de la casa a unirme al desfile de los notables, o sea junto a don José Agámez, mi vecino, Adelaida Mendoza en persona, y detrás de nosotros cientos de pisadas entre las cuales adiviné a Silvia Alfaro con la amante del concejal, la rectora de colegio, urbano caminando un poco más atrás, casi al lado de Juan Fernández, y muchos otros pero ninguno de los jugadores estuvo presente pues llegaron sólo a la hora del partido, cuando el sol picaba fuerte en la espalda. Pasaron uno a uno recogiendo los uniformes nuevos, las camisas color naranja, las pantalonetas blancas, las medias naranja que se aferraron a las piernas gruesas de campesinos disfrazados de futbolistas, alicaídos y ya derrotados por la prolongada ausencia del nueve. Se vistieron sin hablarse y no contestaron a mi grito de combate tantas veces ensayado en los días anteriores, sólo colocaron las manos frías sobre mis manos y se retiraron corriendo hacia su puestos en el campo, hasta cuando llegó el gesto más categórico al momento de patear el balón para dar inicio al juego, toque escriturado desde siempre a Cecilio Montaña pero que ahora nadie se atrevía a realizar, entonces se movió el arquero con un trotecito corto y se fue hasta el centro de la cancha donde hizo el primer contacto con la pelota y el partido empezó. Yo lo vi apretar los diente y tratar de hacer las cosas como les dije que las hacían los hombres, en mis últimos intentos por devolverles el alma, pero no alcanzó el esfuerzo y sólo pudieron empatar el juego, luego del cual me miraron sin hablarme pero diciéndome con los ojos: ¿qué más quiere, no ve que no está el negro?, como presintiendo que ya no iba a estar más, pues en esos mismos momentos legaba al pueblo la noticia de la incursión de la pandilla de “Avispa” en una de las fincas bananeras, en medio de la cual había sido atrapados y muertos a bala por los celadores. Sólo a esa hora estaban seguros de que uno de los cadáveres se había llamado Cecilio Montaña, pues lo reconocieron porque los gallinazos aún no terminaban de despedazar su cuello de toro.

Después de sepultar al delantero el equipo se desintegró y las fiestas siguieron sin representantes del pueblo en el campeonato de fútbol. Y yo me encerré, como ya era costumbre en los fracasos, y volví a buscar las caricias de Mariana que también quería olvidar un poco lo que ocurriera fuera de nuestra casa de murciélagos. Así pasamos juntos, casi sin separarnos un instante, el verano duro en que la gente sentía arder las paredes de sus refugios mientras nosotros nos encontrábamos de nuevo como en los primeros días de nuestra llegada a la zona, amándonos a cualquier hora, con las pieles cubiertas sólo por el sudor y por el sol filtrado a través del agujero del techo por la luz blanca de la luna del mes de julio que se fue transformando hasta indicarnos que había llegado el invierno otra vez.

Los primeros goterones del cielo nos cogieron con una tranquilidad absoluta en nuestros cuerpos, pues habíamos aprendido a vivir en el aislamiento y nos bastábamos el uno al otro, hasta el punto que sólo una persona tuvo pasaporte para entrar a nuestra casa y se acabaron las visitas de estudiantes y padres de familia, en cambio a Ulla nosotros mismos la invitamos para que viniera a visitarnos y fue así como Mariana pudo tener a su primera y única amiga en la zona, lo que me permitió unos buenos ratos libres aprovechados para arreglar el techo y preveniros del invierno que cada vez se enfurecía más, como la noche aquella cuando llovió con toda la fuerza que podían resistir los tejados de las casas de la región y me desperté con la sensación metálica de ser observado por alguien. Apenas abrí los ojos vi en la oscuridad cortada por relámpagos azules a Mariana desnuda con el pelo sobre la cara y sentada en el piso mirándome fijamente, posición en la que había estado durante toda la noche sin cubrirse del viento cruzado, entonces pensé que era otro sueño como el del equipo de fútbol, pero la cercanía de su respiración y la mirada penetrante tan viva y tan real me hicieron levantar de la hamaca en el momento en el cual ella abrió la boca y movía suavemente los labios y su lengua recorría el paladar para soltar las palabras más sorprendentes del universo: Estoy embarazada, Sebastián, me dijo, entonces dejó de llover y una luz como de relámpago se estacionó frente a la ventana para hacer brillar más intensamente los ojos de Mariana que me condujeron por un sendero al término del cual sólo quedaba una salida, pues me sentía culpable de sus temores y sabía que de alguna manera ella se pensaba sola en ese trance, sin atreverse a pedirme ayuda para no interferir en mis ocupaciones políticas, entonces le dije que iba a esforzarme por conseguir un empleo. Pero en unas pocas horas, las primeras del día siguiente, me di cuenta de que nadie iba a ayudarme en la zona, pues recorrí el pueblo varias veces y me ofrecí como cantinero en el barrio de las putas, dependiente en la tienda de los Marenko, ayudante de chofer en un bus, machetero en una finca, y nadie quería saber nada de alguien que ni siquiera había sido un buen entrenador de fútbol, tampoco los amigos, escasos para entonces, a excepción de Beatriz queme reveló un sueño de la noche anterior en el cual Mariana había dado a luz a una muñequita del tamaño de una botella de gaseosa, lo cual, me dijo, es buena señal, cachaco, te lo aseguro. Y por ella supe que en el barrio enrejado había una casa desocupada, una casa de verdad, sin murciélagos, con luz eléctrica, jardín y árboles de ocho metros, donde Mariana podría estar más cómoda, así fue como arrendé la casa Perkins, es decir, esta mansión que ahora nos protege a Eligio y a mí, y luego me apoderé de la casa abandonada junto al río donde hasta entonces iban los enamorados en tiempos de verano y tomé la decisión de montar una panadería, el negocio con el cual me haría cargo de la nueva situación.

Me han dicho que desde el primer día de haber tomado posesión de la casa abandonada en el río, Adelaida empezó a preocuparse e incluso consultó con Juan Fernández acerca del plan a seguir para echarme de allí. Pero entonces nadie me informó de lo que tramaban a pesar de que todos en el pueblo estaban enterados, según lo supe mucho después, cuando y a no podía devolverme y en cambio la única salvación para mi dignidad era seguir adelante con la construcción de un horno de barro para asar el pan, asuntos ambos desconocidos por mí, pues jamás había visto una panadería por dentro, ni tenía sospechas de cómo debía levantarse de la tierra una bóveda de veinticinco metros en la cual iba a fabricar el mejor pan de toda la zona bananera. Sólo sabía que debía hacerlo, y quizá por esto no me di cuenta de muchas cosas que ocurrían alrededor mí y más tarde iban a convertirse en fantasmas aterradores con los cuales debo convivir ahora, como el recuerdo de esos días llenos de sudor y cansancio, apoyado sólo por el viejo Rodrigo Moscoso, con quien me encontré un día flotando en una borrachera que le permitió gritarme desde el otro lado del río, si era verdad que iba a construir una panadería en ese sitio, y cuando menos lo imaginé ya venía el hombrecito de un metro cincuenta centímetros caminando con el agua a la altura del pecho en dirección a la casa abandonada, diciendo que lo primero era buscar un buen barro, elástico y compacto, luego hacer las cepas y después todo iba a ser una fiesta a la cual, por supuesto, se invitaba a sí mismo con la única condición de tener una botella de ron cada día, y lo sentí hablando con tanta seguridad a pesar de la borrachera que de inmediato me puse a sus órdenes y lo acompañe a su casa donde lo esperaba su mujer, la evangelista María, quien desde hacía un buen tiempo había desistido de involucrar a Rodrigo en su iglesia, pues éste, con muy buen juicio, le encargó la salvación de su alma y las de toda la familia porque se sentía incapaz de renunciar al trago, condición principalísima para afiliarse a la secta de los aleluyas, y ahora iba a decirle que se hiciera cargo también de la legumbrería de la cual se sustentaban porque desde ese momento empezaba a hacer lo que siempre quiso, es decir, fabricar un horno de barro con todos los cuidados que merecía y sin que nadie contradijera sus órdenes, pero había que trabajar duro desde el amanecer hasta la noche, y por eso no me di cuenta de todo lo que le ocurría a Mariana en esos días, dificultades originadas por la construcción de la panadería en ese sitio, que según supe después porque entonces nadie me lo dijo, era propiedad de Adelaida Mendoza y ella estaba dispuesta a recuperarlo más por mantener la imagen de

invulnerabilidad que por otra cosa, pues se trataba de un rancho azotado en invierno por las inundaciones y nada podía ofrecerle a la persona más poderosa de la región, salvo ratificar ese título heredado y mantenido durante muchísimo tiempo, tanto como quisiera imaginar, pues para ella todos los días eran iguales y empezaban con una rutina que en el pueblo ya conocían sin necesidad de espiarla, porque desde siempre sabían que en la casa de don Abel se madrugaba mucho, y ella siguió haciéndolo, llegando a la cocina antes de aclarar el día, y todavía hoy, luego de tomar un pocillo de café acostumbra a salir a caminar por el patio de palmeras y rosas, y dicen que acaricia los pétalos con la yema del pulgar para tumbarles las goticas de rocío, hasta cuando el sol se mete por la ventana de su despacho y sólo entonces deja entrar uno a uno a quienes diariamente hacen fila en las afueras de la casa esperando su turno para pedirle favores, que casi siempre son los mismos, es decir, peticiones de empleos, recomendaciones para trabajar en Ciénaga o en Santa Marta, becas para estudiar en el colegio, bautizos, y cosas por el estilo, suficientes para sentirse importante. A pesar de estos halagos, dicen que Adelaida siempre está preguntándole a Juan Fernández qué opina de la gente de ella, y él seguramente se siente incómodo pero cada vez responde más o menos lo mismo: Todo el mundo sabe que este pueblo sin usted no es nada, patrona, le dice, y cuentan que siempre Adelaida le está pidiendo más detalles, entonces Juan debe ambicionar estar en campo abierto para poder escupir a su antojo junto al pie derecho y luego sobarse los labios con el brazo velludo, y Adelaida debió pedir su concepto acerca de la panadería que el viejo Rodrigo y yo levantamos en la casa abandonada junto al río, pero según me han dicho, no oyó su consejo sino mucho después y en cambio se dejó llevar por la insinuación de Urbano, quien opinó que el invierno se encargaría de sacarnos y así no se comprometían con acciones policivas que podrían afectar su imagen en el pueblo.

Adelaida también estaba enterada de lo que pensaba Mariana de ella, no sólo por boca de Juan, sino por que ya le habían hablado de los dardos tirados a los alumnos de Mariana con los cuales les hacía ver cómo una sola persona era la que decidía el rumbo de las vidas de la mayor parte de los habitantes, y lo supo a través de Eva la rectora quien apuntaba textualmente muchas de la opiniones de Mariana escuchadas detrás de la puerta del salón de clases y luego las transmitía a la dueña del colegio. Sin embargo, creo, a Adelaida le gustaba tener a Mariana en el colegio porque a pesar de todo lo consideraba un reto para su astucia y no se desesperaba cuando la rectora le rendía sus informes e inclusive se dispuso a jugar una carta poco usual. Por eso la mandó llamar un día, y recuerdo que Mariana me advirtió en la madrugada que la reunión a la cual estaba citada con Adelaida era para cancelarle el contrato, sin embargo, me dijo, voy a ratificarme en mis palabras, actitud que me pareció digna pero un poco apresurada si se tenía en cuenta el avance de su embarazo y la lentitud con la cual se desarrollaba la construcción del horno, pero no fui capaz

de oponerme a ese suicido y dejé de que fuera a la casa de las palmeras donde tuvo lugar una conservación lenta, como todos los movimientos de Adelaida, en la cual ambas calibraron las palabras y tomaron café con rosquitas del queso, hablando alrededor de un punto muerto, hasta cuando Adelaida cambió el rumbo hacia el asunto del colegio, y Mariana debió mirar con tristeza el patio de las palmas y la ventana a través de la cual se veía la fila de personas esperando su turno para hablar con Adelaida, pero sorpresivamente no escuchó lo que creía iba a escuchar, ni vio la sonrisa del desquite en la dueña de casi todo lo habido y por inventar en estos alrededores, en cambio adivinó en ella un profundo aire de cansancio y entonces pensó que era tan humana como cualquiera. Tal vez por eso no se sorprendió con su propuesta final de asumir la rectoría y acompañarla en las siguientes elecciones para concejo municipal de Ciénaga en las que ambas serían el primer renglón en las listas. Sólo cuando Adelaida terminó de hablar, pausada y un poco sonriente, Mariana entendió que estaba utilizando una vieja trampa, ya empolvada por los años, con la cual quería desarmarla y reducirla a nada, pero la vio tan deprimida y le pareció tan cansada que no quiso descubrirla, en cambio la dejó maquillar sus intenciones y se arrellanó en la cima de ese pequeño cerro aunque fuera sólo por unos minutos, después de los cuales se despidieron sin que Mariana aceptara ni rechazara la oferta, y Mariana más tarde recordaba la última imagen de su patrona sonriendo levemente y estirándose el chaquetín mientras caminaba hacia la ventana. Ella lo daba por hecho, y durante los primeros metros más allá de la puerta, Mariana sintió la mirada extraña, dura y cansada de Adelaida cabalgando en su espalda hasta cuando dejó el pueblo y regresó a nuestra casa, que ya era la casa Perkins, en la cual no lograba acostumbrarse a sentir el peso del silencio encajonado en los cuartos antiguos, ni a la geometría amplia de la sala comedor limitada por ventanales con celosías de madera, ni a este recibo enorme desde donde se ve el caminito de arbustos de la entrada, ni a la cocina sin ruidos, con alacenas en las paredes, y puertas hacia fuera, ni al patio trasero lleno de hojas secas en el camino a la vieja caballeriza, y tampoco se había habituado a dormir en ese cuarto donde parecen reposar los relinchos de las bestias que pisan las hojas quebradizas y los gritos de las guacamayas que pasan los ratos de calor bajo los mangos. Sólo cuando ya era tarde supo lo difícil que fueron esos primeros días para ella, pues desde los inicios de la construcción del horno casi no volví a verla y tampoco alcancé a imaginar cómo eran sus amaneceres ni sus tardes luego de las clases en el colegio. A Mariana le tocó vivir sola el episodio de las tentaciones de Adelaida porque yo no estuve cuando regresó de su entrevista, ni esa misma tarde en que vio llegar a Eva, la rectora, con su cara de soprano siempre a punto de llorar, llevando un sobre en la mano. Mariana debió sospechar todo mientras Eva caminaba ladeando el cuerpo para mover las piernas gruesas que la transportaban, y quizá por eso no la invitó a entrar a pesar de que metió el brazo gordo y su mano pequeñita pidiéndole que lo abriera en su presencia. Es que tengo un presentimiento, le dijo la rectora, un extraño presentimiento, y le bastó ver la cara de Mariana leyendo

mentalmente la carta para confirmarlo Eva salió llorando por el camino de setos y Mariana debió sentir todo el peso de esos muslos que se rozaban al caminar. Ya estaba hecho, y en esos momento yo tampoco estuve allí para oírla decir que Adelaida la había nombrado rectora del colegio a cambio, claro, de aceptar acompañarla en las siguientes elecciones. Entonces ella tomó la decisión a solas, pero la aplazó un poco porque quiso saborear esa doble sensación de saber que se tiene los ases en la mano pero de todas maneras se perderá la partida pues desde el primer momento era consciente de la imposibilidad de aceptar el negocio. Equivalía para ella y para Adelaida, a ponerse de su lado y en mi contra, a pesar de que desde entonces yo ya era un fantasma inofensivo, demasiado atareado con el horno y con el invierno creciente, y además era el fantasma oficial de la casa Perkins, el único, tal vez, con quien podía hablar de cuando en cuando, y el único del cual se dejaba acariciar dormida en las noches, exhausta de pensar. Cuando Mariana me contó lo ocurrido ya había hablado con Adelaida para renunciar a todo y estaba invadida por la sensación de pisar una arena movediza que tarde o temprano iba a tragársela, y de nada valió decir cuánto habían avanzado los trabajos de la casa junto al río porque en esos momentos llovía y no había dejado de caer agua desde el día anterior, lo que hacía pensar en lo frágil de nuestra situación, pues ahora ella estaba sin trabajo y la esperanza, la última tal vez era el horno construido con las uñas, las mías y las de Rodrigo Moscoso quien desde las cuatro de la tarde había dejado de beber y se me acercó rodeado de un aire de misterio para decirme: cachaquito, guarda todo, lo que sigue es rezar, y entonces envolvimos el cemento en plásticos y así lo llevamos hasta su casa en el pueblo. Recuerdo bien la cara de la evangelista María, su mujer, observándonos desde el fondo de la legumbrería solitaria, y la mano de Rodrigo en mi brazo, y su figura pequeñita, ebria y rechoncha besando la piel de la evangelista María como pidiéndole ayuda, y su última mirada hacia mí, desprendida bruscamente por un llanto de niño, y luego la soledad del pueblo acuartelado por la lluvia fría que no cesaba ni daba tregua en los mismo momentos difíciles vividos por Mariana con Adelaida, en los cuales ella necesito mi apoyo pero no lo tuvo, tan solo le ofrecí una frase mentirosa, el horno pronto estará listo, le dije, pero ella miró hacia la ventana y sonrió, y habría pasado su ano delicada por mi cabeza, como acostumbraba hacerlo, sin embargo no lo hizo, señal de todo lo que se movía en su alma, entonces nos quedamos callados y así nos metidos en la cama a pensar en lo de cada uno, sin atinar a entender que era un mismo cuadro visto por pedazos, per esa lluvia nos cortó los cables de la comunicación y nos hizo pasar la noche en silencio con los dientes apretados viendo los relámpagos blancos entrando por las ventanas y desapareciendo un poco antes de la llegada del trueno, y así estuvimos hasta cuando empezó a amanecer y nos dimos cuenta de que el aguacero se había calmado, pero el frío nos dolió en los ojos cansados que se fueron cerrando sin saber que a esa hora ya Juan Fernández estaba en la casa del río montado en sus caballo de pastas huesudas salpicando con los cascos el agua detenida en el

rectángulo de adobes. Juan debió recorrer con la mirada la estrechez de la construcción y seguramente pensaba en lo que debía hacer su patrona para sacarme de allí en vista de que la lluvia de esa noche no lo había logrado, pero no hicieron nada de lo que pensaba por Juan Fernández, y yo llegué a creer que se habían olvidado del asunto pues sólo Juan seguía yendo a pararse al otro lado del río desde donde nos veía pegar adobes, empañetar con barro elástico y compacto hasta cuando fue tomando forma de tumba y poco a poco se volvió una bóveda consiente y seca, entonces llegó el día en que Rodrigo destapó con aire ceremonial una de tantas botellas de ron y me miró fijamente a los ojos, está listo, cachaquito, me dijo, ahora a echarle candela. Los dos sabíamos que se trataba del momento decisivo, pues el fuego podía reventarlo como un coco y entonces habríamos perdido todo el trabajo y el resto de esperanzas de sobrevivir en la zona, así que fui por Mariana y la llevé por primera vez a la casa del río donde ya el viejo Rodrigo no sólo había encendido la leña, sino que estaba montado a caballo sobre el horno y la candela rugía y soltaba ese olor dulce que todavía me persigue, asociado siempre a la cantidad de curiosos del pueblo y del caserío, muchos de los cuales se me acercaron, lo recuerdo muy bien, y me dieron palmaditas en la espalda, lo que interpreté como signos de simpatía por mi causa, y creo que Juan Fernández pensó lo mismo pues no dejaba de mirar desde el otro lado del río, montado en su caballo, los codos apoyados en el pico de la silla, y una espiga de pasto deslizándose entre sus dientes separados. Varias veces lo vi soltar escupitajos rápidos que pasaban rozando el estribo derecho, y tuve la impresión de que Juan era el hombre más huraño del mundo.

No creo haberme equivocado al pensar que Juan es un lobo bueno a pesar de todo lo que ocurrió después. Le gusta andar a caballo siempre solo aunque otros capataces de la región utilizan jeeps que se mueven por toda la zona a grandes velocidades. Juan es un solitario a la vieja usanza, de esos que se las ingenian para tener siempre una barba chuzuda a medio crecer, como si quisiera resaltar el pragmatismo cuando bebe cerveza y mira a los jugadores de billar en todas las cantinas, pues es allí donde recluta a sus peones, observándolos en sus movimientos alrededor de la mesa verde, parado junto a la pared en la que proyecta su sombra conocida por todos, una sombra respetada y prognática y los hombres saben que esa silueta busca peones para las fincas de Adelaida, entonces lo invitan a tomar cerveza y a seguir mirando hasta cuando él decide marcharse con los elegidos de la noche, y se van camino de las fincas de la sierra o de los playones donde siguen hablando su lenguaje de silencios y escupitajos, porque los peones lo conocen y saben de sus pocas palabras, y algunos, los más viejos, recuerdan que llegó al pueblo, según he logrado deducir, hace más de veinte años con un pederasta brujo de las ciénagas del sur, y éste organizó un rancho junto a lo que hoy es el restaurante de Beatriz, a donde empezaron a llegar fracturados, lombricientos, niños con mal de ojo, mujeres enamoradas con fotografías de cuerpo entero de sus hombres, y grupos de

muchachos que cambiaban sexo por ron o dinero para seguir la parranda, y todo eso lo ha resultado Delfín, el brujo, y siempre sonríe desde la oscuridad de ese rancho que se confunde a veces con la propia oscuridad de su piel en la cual se esconde una edad indescifrable, pues dicen que siempre ha sido el mismo, desde cuando llegó con un niño que con el tiempo resultó ser Juan Fernández, formado en mil peleas, fraguado en cientos de cantinas y en decenas de fincas, hasta el día en que Delfín lo ubicó en la sombra de Adelaida y ésta lo envió a terminar de cuajarse en los vericuetos de la Sierra Nevada donde estuvo más de un año pastoreando y cuidando los cultivos, y cuando Adelaida lo necesitó y envió por él tardaron tres meses en encontrarlo porque se había metido en los bosques silenciosos con los cuales yo siempre soñé para construirle la casa fuerte y digna a Mariana, pero fue él y no yo quien se metió en ese silencio de madera y allí vivió con una india Arhuaca, estéril y salvaje, que quiso matar a palazos a los enviados de Adelaida cuando se enteró de que iban a traérselo para cuidar los negocios en la zona bananera, pero según se dice, fue el mismo Juan quien la calmó hablándole en dialecto cogui, ordenándole regresar donde su gente, y sólo así fue posible que empezara la época más próspera de Adelaida, todo gracias a Juan Fernández a quien no le guardo rencor por lo ocurrido a pesar de haber torcido el camino y haberme hecho colocar a una lado específico de la sangre que cayó en esta región, una sangre muy cercana y demasiado imposible de ignorar, como le ha ocurrido a tanta gente de otros tiempos cuando Eligio era un muchacho ágil y no este viejo al que ya le cuesta mantenerse en pie y contener la todos, pues a veces me parece que se ahoga, entonces salgo con él a respirar fuerte de la casa y caminamos por los alrededores donde sólo vemos los ojos brillantes de los gatos nocturnos, o sentimos los resoplidos y las pisadas de los caballos de Adelaida, como en las madrugadas cuando salía a trabajar en la panadería en medio de oscuridades rotas sólo por las brasas de los cigarrillos de los vigilantes del barrio metidos debajo de los ponchos con los cuales se protegían de los zancudos, y por eso no me saludaban con las manos sino haciendo un sutil movimiento de cabeza, apenas perceptible a esa hora fría y pesada en que a uno le duelen los huesos y la piel parece reventarse por el esfuerzo de días anteriores repletos del calor y trajo duro al lado de Oriol, un muchacho al que conocía el día del estreno del horno, cuando mucha gente cruzó al río para ver de cerca cómo ardía la leña dulce en terrenos de Adelaida. Puedo camellar con usted, paisano, me dijo, y sólo en ese momento pensé en algo que para mí no había tenido mayor importancia durante la etapa de construcción, pero era cierto: jamás había visto hacer pan. Por eso cuando Oriol me dijo, tranquilo, paisano, yo me encargo de enseñarle, y vi sus ojos tristes y bizcos al tiempo que me tendía la mano, respiré profundo y comprendí que podía confiar en él.

Oriol no tuvo inconveniente para quedarse a vivir en aquella casa donde funcionaría la primera fábrica de pan suave con la cual íbamos a ganar prestigio, la gente olvidaría mis fracasos anteriores y por fin tendríamos un lugar en la vida del pueblo, por eso me aferré a Oriol, mi única salida en esos momentos y le dije que lucharíamos juntos, él por sus aventuras, y yo por lo que me quedaba de vida, no sin antes advertirle lo duro del trabajo en esas condiciones de pobreza, insospechadas hasta entonces, pero poco a poco me fui acostumbrando a levantarme a las dos de la mañana a cortar la leña para el horno, cuando las manos son tías y el hacha duele en todo el cuerpo durante las primeras tres horas, al cabo de las cuales despertaba a Oriol que dormía en el piso sin manta. El preparaba el café y se hacía cargo de todo mientras yo volvía a casa donde Mariana que parecía fingir estar dormida flotando en las sábanas azules de la madrugada, insensible a mis ruidos en la despensa casi siempre vacía, y apenas iniciaba una sonrisa cuando me acercaba a su piel con mis labios fríos y resecos, en una cercanía tibia y con la fragancia de los primeros días en la zona cuando aún nos sentíamos con derecho a soñar. Qué lejos estaban ya esos momentos, tan perdidos entre montones de tristezas que empezaban a ganarnos la pelea, y yo sólo tenía fuerzas para tratar de sobrevivir, por eso no intentaba romper los silencios de Mariana sino que me concentraba en los asuntos prácticos del negocio donde Oriol ya debía estar esperándome para continuar la jornada.

Fue una suerte contar con una persona así: fuerte, de los que no agachan la cabeza cuando limpian el piso ni en el momento de raspar la suciedad de las latas para hornear. Joven, con un diente partido que lo inhibía para sonreír más a menudo. Acostumbrado a las dificultades de la pobreza, y tal vez por eso nunca perdió el control como sí lo hice yo varias veces en el calor del mediodía cuando las moscas nos pegaban del cuerpo y nos cubrían por completo como si tuviéramos camisas negras y no las pieles desnudas y mojadas por el sudor al pie de la mesa grande donde amasábamos. Oriol siempre se encargó de espantarlas y también recoger los cadáveres de los murciélagos sin hacer gestos de asco.

Las ganancias del negocio nunca fueron muchas, y Oriol lo sabía pero decidí ocultárselo a Mariana pensando que así ella estaría tranquila, y ahora pienso que lo hacía más por ocultármelo a mí mismo, como también debió entenderlo Oriol quien no hizo nada por sacarme de ese sueño, pues él venía de una región donde la deslealtad se paga muy caro, y lo supe cuando me dijo que tuvo un hermano llamado Ismael que había estado en el ejército prestando servicio militar en su propia región, y allí le tocó participar en varios contactos armados con la guerrilla. Después de cumplir su tiempo quiso casarse, entonces el suegro lo envió al monte a levantar un rancho fuerte como prueba de su capacidad para responder por una mujer. Ismael era un gato liviano y ágil, fumaba al pie de la candela por las noches para espantar los zancudos y en el día

nadaba en los ríos para refrescarse. Por las señales del morral en equis sobre el pecho y la espalda lo identificaron desde el bosque y un solo tiro de fusil le perforó la nuca por donde se le escapó la vida, y cuando Oriol lo encontró al quinto día vio cómo lo miraba con ojos tristes tirado en el lecho de una quebrada.

No tengo dudas acerca de la fidelidad de Oriol. Tampoco de que haya sido un buen maestro porque me enseñó a mojar la harina, a mover las manos entre la masa que iba tomando calor poco a poco hasta quedar lisa y sin aire, después armábamos panecitos en forma de ratones que se esponjaban en el centro, y también aprendí a medir el calor del horno con la mano, a disfrutar del olor dulce de la lea ardiendo, y sin darme cuenta empecé a sonreír en el calor asfixiante de la una de la tarde, hasta el día en que pensé haber llegado al límite de mis fuerzas y se me ocurrió la idea de tener un descanso, el primero desde cuando iniciamos el negocio, entonces rajé la leña soportando el dolor de los músculos y dejándome acariciar por el viento de la madrugada, pero en el momento en que Oriol se levantaba para hacer el café le pregunté mientras miraba por la ventana qué pasaría si nos tomábamos un día libre, y él, sin suspender sus movimientos que revolían el olor de la jornada anterior me dijo: diría que tal vez usted no se acuerda de las contratas con las tiendas, lo que me bastó para aterrizar de nuevo y recordar cómo dependíamos por completo de los tratos con las tiendecitas de esta región las que nos disputábamos con un panadero de Ciénaga que recorría la zona en un carrito de colores de guacamaya, pero si está cansado, me dijo, yo me encargo de todo hoy, y me miró con su bizquera más pronunciada durante el trayecto del arrume de leña descuartizada hasta la puerta, entonces salí con contestarle, empujado por el aire que me hacía flotar sobre el piso y así llegué a la casa donde vi encendida la luz del cuarto de Mariana, una luz como de seminario en la madrugada, aterradora y llena de presagios, pues de inmediato pensé en los muchos días de incomunicación entre Mariana y yo, y volví a imaginar cómo eran esas jornadas de soledad en esta casa Perkins mientras sentía crecer a Paula en su cuerpo.

Un morral puesto en el piso me cambió el sentimiento de culpa por una sensación extraña mezclada con el olor a montaña seca que parecía venir del dormitorio a donde fui directamente al ver la puerta a medio abrir y la luz encendida iluminando el contorno del cabello de Mariana y la cabeza de un muchacho que de inmediato se levantó y caminó hacia í, haciendo más intenso su olor a monte y la negrura de su pelo y esa sonrisa ya casi olvidada de otra época más feliz y menos dura, sin embargo esa vez Nacho y yo nos abrazamos y por encima de su hombro vi la cara alegre de Mariana.

La llegada de Nacho acabó de cambiarnos la vida definitivamente, no sólo por lo que ocurrió después, sino porque su presencia nos mostró cuánto habíamos perdido de aquellos primeros días. Para empezar, tuve que confesarle que desde un tiempo para acá mi actividad política estaba reducida a cero. Y lo alejamiento entre Mariana y yo fue necesario decírselo, pues esa mañana desayunamos juntos y Marina se levantó a cocinar, así que por primera vez en seis meses no me senté en la mesa sólo, y la escuchamos cantar en la cocina, hablando con nosotros, opinando de todo lo que Nacho narraba, como si los días anteriores hubieran sido una pesadilla olvidada ahora con la calidez del desayuno en el cual supimos el verdadero motivo de esa visita, que no era otro distinto al ya sospechado por nosotros a través de las cartas, es decir, la situación de la cordillera que se había vuelto insostenible, y en medio de la incertidumbre recibió una orden enviada desde Bogotá para esconderse por un tiempo. Nacho no tuvo cómo consultar acerca de la conveniencia de venir ala zona bananera porque el mensaje le llegó a través de una mujer que vendía fritos en la plaza de mercado, y ella no quiso decirle quién le había pasado la orden, de manera que salió de allí convencido de esa mujer por su propia iniciativa había decidido salvarle la vida, inventado lo de la orden de la capital, pero de todas formas ya Nacho estaba a salvo con nosotros, y de repente recuperé mis fuerzas y pensé en Oriol, entonces regresé a la panadería donde mi compañero me miró de reojo sin dirigirme la palabra, esforzándose por hacer rápidamente su trabajo y al final de tarde me dijo, tranquilo patrón, yo hago el resto, y esa vez acepté su oferta. Le di una palmadita en el hombro antes de salir a campo abierto bajo el sol rojo perdiéndose por los lados de la Ciénaga, lo que me hizo recordar una vieja imagen de lo que yo pensaba era la revolución: soles rojos, llanuras quemadas, hombres dispuestos a todo. Ahora era sólo eso, una imagen, porque sentía una gran nostalgia de todo y nada podía hacer para evitarlo, pues sabía que Nacho iba a ser una especie de conciencia ambulante por toda la zona y en cada momento estaría recordándome nuestra misión inicial. Le dije que era diferente una región como la cordillera en donde todo el mundo habla de guerra y vive en términos de combate, y no les parece extraño oír hablar de cambios en la sociedad, de la necesidad de un nuevo estado y de esas cosas que vienen parejas con el cuento. En cambio aquí, guerra y huelga son cosas del pasado, conocidas sólo por unos cuantos viejos, muy pocos ya, pero aunque Nacho nunca me contradijo, sino que se quedaba mirándome desde su torre de cabello negro y sonreí con sus dientes parejos como una cerca nueva, de cualquier forma me sentía mal. Después de dos días de descanso quiso ir a la panadería, pues quería ayudar a la economía de la casa y al mismo tiempo relajar los nervios y combatir las pesadillas en las que despertaba gritando. Lo encargamos de la leña, y vimos cómo sus clases con los hacheros de la montaña lo habían convertido en un experto. Oriol le enseñó algunas cosas que realizó sin protestar. Soportó el calor y las moscas con absoluto profesionalismo, y tuvo fuerzas para decirme después de una semana de trabajo que el nuestro no era un negocio rentable. Pero si

los problemas estaban ahí yo no veía la razón para atizar la hoguera, aunque era evidente que Nacho quería ayudar pues le preocupaba la situación de Mariana a quien le había descubierto una cierta mirada de agotamiento, aparte de que también veía claramente la pobreza de nuestra despensa. Y me sentí peor cuando supe que las comidas de los últimos días habían sido comprados por Nacho, después de vender su flauta, el morral, y una gorra. Miré hacia el futuro de la panadería y sólo vi miseria, con Oriol sin recibir su sueldo casi desde los inicios y a mí mismo rodando por un despeñadero del que nadie me podía sacar, ni siquiera Nacho, quien me sugirió buscar ayuda en el Partido, con lo cual me decía que él todavía creía en una organización que ni siquiera se preocupaba por su vida, y él hablaba como si aún estuviéramos en Medellín, donde la revolución es algo así como una canción. Poco a poco se dio cuenta de que ya no éramos los mismo, y ofreció ayudarme respaldando el plan para reunir un capital que me permitiera salir de las deudas contraídas en las tiendas de Ciénaga y al mismo tiempo comprar una máquina para alisar la masa con grandes cantidades. Sólo era buscar más contratos, doblar o triplicar o multiplicar por cinco la producción normal Oriol aceptó echando la cabeza hacia atrás y cruzando los brazos sobre el pecho, y a pesar de que Nacho no pronunció una sola palabra con los ojos me autorizó a conseguir más harina y materiales a crédito, escoger un árbol seco de las afueras de esta Perkins y empezar a trozarlo. Trabajos desde las dos de la mañana del primer día hasta la madrugada del segundo, cuando ya no había dónde acomodar más pan. Fueron muchas horas sin pausa. Respiramos acompasadamente hombro con hombro. Las manos trabajaron en forma mecánica y no supe en qué momento dejamos de hablarnos. Al amanecer ya nadie sudaba. Los tres vimos el instante preciso en que un murciélago se chuzó en la trampa de espinas del techo, y cuando empezó a caer en cámara lenta por la arista de la pared. En su movimiento iba dejando sangre. Me zafé de la hipnosis en que estábamos todos, lo agarré con fuerza, entonces sentí el calor de su estómago entre mis dedos que se fueron cerrando al tiempo que brotaban chorros de sangre oscura y salpicaban los muros. No había duda de que era el fin de la jornada. Me limpié las manos en el pantalón y salí con Nacho de la casa. Adentro quedaron varias montañas de pana. Oriol nos miró desde la boca del horno y vimos cuando abrió la puertecita. Al fondo estaba el calor.

Paula nació rodeada de dificultades que no pudimos ocultarle a pesar de los esfuerzos por sonreír delante de ella, y creo que algún día me dirá lo que pensaba al vernos actuar como si fuera posible esconder el fracaso de la panadería, el temor por la vida de Nacho, las dudas ante nuestra subsistencia por la salida de Mariana del colegio, y ese resto de cosas que aparecen cuando se camina por territorio difíciles, quizás los más intrincados desde cuando llegamos a la zona, pues mis planes para solucionar el problema económico antes del nacimiento de Paula habían fracasado, y ni siquiera pude pagar los costos del parto en el hospital de Fundación, asunto que bastó para hacerme sentir humillado a pesar de la discreción de Ulla, quien hizo todo para evitar que yo me diera cuenta del instante en que cancelaba la factura en la ventanita de la tesorería, ayudada por Nacho, pues alcancé a entender que él me mantuvo ocupado hablando trivialidades con el doctor mientras Ulla colocaba uno encima de otro todos los billetes necesarios para que médicos y enfermeras nos sonrieran y acariciaran la cabecita de Paula al tiempo que salíamos a la calle y nos montábamos en un carro pagado por el gobierno sueco, sin saberlo claro, pero nada podía hacer, nada distinto de lo que hice, sentarme en la parte de atrás del jeep y mirar durante el transcurso del viaje a Ulla y Nacho, acariciar a Mariana y fingir que reía delante de Paula, y así fue como se me ocurrió la idea de que Ulla y Nacho, harían una buena pareja, pero cuando más tarde, ya en la casa Perkins, se lo comenté a Mariana, ésta me miró con frío en los ojos y me pidió que dejara el oficio de trota conventos para otro tiempo. Ahora no sé si le molestó la posibilidad de que Nacho y Ulla se entendieran más allá de la aparente formalidad de su trato, o si ya presentía lo que iba a ocurrir en los días siguientes. Lo cierto es que olvidé mi sugerencia y me concentré en la atención de la panadería moribunda, ya que tarde o temprano las mujeres de los alrededores iban a terminar por cansarse de visitar a Mariana y de llevarle comidas especiales para que recuperara sus fuerzas, entonces habría que tener reservas para cuando llegara el olvido, pero primero ocurrieron otras cosas que me obligaron a salir de la rutina de besos en la madrugada antes de ir a trabajar, y silencios en la noche como una prolongación del mutismo de las manos de Oriol junto a las mías amasando la mezcla de harina sobre la mesa cansada, porque así nos sorprendió la conversación de unos hombres que sacaban arena del río junto a nosotros, lo suficientemente cerca de la casa de la creciente como para escuchar sus palabras y saber que dijeron algo relacionado con un grupo de matones recién llegados, y ya

casi perdidos en la borrachera, que buscaban a un cachaco. Y fue suficiente oírlo una vez. Ambos sacamos las manos de la masa y nos fuimos caminando hacia la volqueta de los areneros, y Oriol les pidió repetir lo dicho antes, sí, amigos, a un cachaco, dijeron de nuevo, pero juraron no conocer más detalles, y ya de regreso Oriol me dijo, tranquilo, patrón, puedo ser yo, recuerde que también soy cachaco, pero los dos sabíamos desde un principio que se trataba de Nacho, a quien le habían seguido la pista hasta aquí ahora lo tenían a tiro. Era como si se me hubieran revivido las pesadillas de antes en las que veía a Nacho corriendo por la cordillera, devorándose su propia selva, cortando bejucos con el desespero de sus manos, empujando la pesadez del aire húmedo como una telaraña densa. Esa imagen de tantas noches en que Mariana y yo despertábamos casi al mismo tiempo agradeciendo que todo hubiera sido un sueño, se nos aparecía ahora de repente y ya no quedaba la esperanza de abrir los ojos y saber que era otra pesadilla más. Sentí el estómago frío y mis piernas vacilaron durante el trayecto a casa donde todavía no estaba Eligio caminando en círculos alrededor mío por este enorme salón en el que ahora entra una luz triste que se trepa en mis libros y papeles. Aquí encontré a Mariana con la pequeña y con Ulla escribiendo una carta para alguien de muy lejos, y las tres al verme llegar debieron pensar que algo muy malo iba a ocurrir, pues sus caras se alargaron y esperaron mis primeras palabras: ¿y Nacho?, les dije, y eso fue suficiente para ellas, lo justo para saber que eso fue habían llegado por él, entonces a Ulla se le enredó el idioma con sonidos extraños como de marinos en tormenta, y Mariana se levantó con la niña en los brazos y con una de sus miradas entre duras y tristes avanzó hasta la puerta y me preguntó si se trataba de Nacho, entonces hay que esconderlo, dijo, y Ulla ofreció dinero para enviarlo a la ciudad, a Barranquilla, donde estaría más seguro, una ciudad así ofrece cientos de barrios y miles de casas, nadie sabrá que se esconde, amigos, propuso Ulla en un esfuerzo por zafarse del nerviosismo que había mezclado el español con otras lenguas, y a Mariana y a mí nos pareció razonable su sugerencia que dimos como un hecho, hasta cuando Nacho llegó de su paseo por los alrededores, con mi libro de poemas de Miguel Hernández todavía marcado en la página de Me llamo Barro aunque Miguel me llame, y debió sentir el aire electrizado en el instante en que abrió la puerta de rejilla. Se fue hasta el centro del salón y nos preguntó con aparente tranquilidad si ya habían llegado por él. Lo miramos sin responder y vamos cuando acarició el cabello de la niña, ¡qué extraño!, dijo, esto ya lo había soñado, y sentó en el piso como acostumbraba hacerlo Eligio cuando se dispone a velar mi trabajo sobre estos papeles. Lo dejamos hundirse por unos minutos en sus pensamientos que debieron recorrer de nuevo la casa del hachero Santiago y los caminos de la cordillera, su selva, los rostros de los mineros, la promesa hecha a Willy, a quién sabe qué asunto más repasó antes de que nos atreviéramos a exponerle nuestro plan de viajar a Barranquilla mientras la cosa se calmaba pero él no nos dejó terminar, y alzando los brazos con la cabeza agachada nos pidió más silencio. Luego de unos segundos en los que sólo se oyeron los pájaros en

el patio y el calor tratando de meterse en la casa por las rejillas de las ventanas dijo: nada de ciudad, para algo aprendía a andar el monte, y Ulla, cuando estuvo segura de haber entendido trató de interrumpirlo pero se tropezó con una voz más autoritaria que terminó por echarnos por tierra todos los argumentos, porque algún rincón debes conocer, Sebastián, me dijo, donde me puedas llevar. Entonces pensé en ese pastizal enorme que se traga el rancho de Barros, donde el viento silba tranquilo porque allí nunca pasa nada, si insistes en monte, le dijo a Nacho agachándome para mirarlo a los ojos, entonces vámonos ya, y él levantó un poco la mirada para que yo pudiera ver que en ella no había miedo, ni tristeza, sino algo así como una gran rabia por o poder evitar esos momentos, y una inmensa ansiedad por salir de ese trance cuanto antes. El mismo puso el ritmo en el camino que atraviesa varias veces la línea del ferrocarril, cruza las fincas de banano, se mete en tierras de Adelaida, se monta en la vía de los playones, entra en un territorio de garzas, luego bosques, y por último aparece la montaña donde vive Francisco Barros con su familia. En esas cinco horas de camino hablamos como si fuéramos de paseo varios años atrás, y hasta el paisaje nos pareció de otro tiempo, como cuando salíamos al amanecer de Medellín caminando por el barrio El Salvador para luego internarnos en bosques de pinos que al final nos dejaban en la carretera a Santa Elena, con la niebla y el olor de madera mojada acompañándonos mientras cantábamos las canciones de Jerónimo y Serrat, sin miedo, ni afares, ni pesadillas de persecuciones. De repente volvíamos a ser los de antes, sin la carga del heroísmo, simplemente los amigos que caminan por el campo, sin más compromiso que el disfrute de la vida, pero cuando llegamos al pastizal ya la noche se había empezado a cerrar y entonces ambos sentimos miedo, y la conversación se cortó varias veces porque nos atraía el sonido del viento aplastando el pasto, y el olor de cenizas que venía del rancho. Luego aparecieron los dos perros ladrándonos desde lejos, pero bastó con que yo llamara por sus nombres para que en lugar de ladrar gimieran y se nos acercaran moviendo las colas y después regresaran hasta donde Barros que ya gritaba desde la puerta preguntando quiénes éramos. Adentro una lámpara de petróleo formaba una rueda de luz en la cual se movían varias hamacas. Barros parece una masa de pelos negros, y esa noche parecía una masa armada con escopeta dispuesta a disparar, y sólo después de repetirle varias veces mi nombre, soy Sebastián, le dije, y vengo con Nacho, no se te vaya a soltar el dedo, entonces bajó el arma y dejó que termináramos de acercarnos y viéramos bien la luz circular de la cóleman y distinguiéramos el tejido guajiro de las hamacas sobre el cual se escuchaba el asma de la señora Leonor, su madre, la anciana cascarrabias que insistió en ignorarme cada vez que fui a su rancho. Supuse que en las otras estarían la niña y Ninfa, su esposa, quien seguramente había intentado levantarse al escuchar los perros como lo hace cuando su marido no está, pero tal vez Barros la detuvo y ella se tranquilizó al escucharme, sin embargo pude adivinar sus orejas acomodándose en la oscuridad para oír la conversación que habíamos instalado en la escalita de la entrada en medio de un olor a cenizas y un silbo del

viento sobre el pasto alto que se mecía como a trescientos metros de la casa. Así le conté de la llegada de los matones y le aseguré que nadie nos había visto llegar hasta allí, pero no insistí mucho en ese punto pues en realidad no podía estar seguro de no haber sido vistos desde cualquier lugar en el camino, asunto que desde entonces me persigue y veo ojos vigilantes en los lotes de banano solitarios, miradas que nos siguen desde los interiores de los ranchos donde parece no vivir nadie, siento pasos detrás de nosotros mientras cantamos o reímos como si nada estuviera pasando. Mejor le hablé a Barros de la necesidad de ayudarlo a Nacho durante unos días, por lo menos hasta cuando los hombres que decían buscarlo se fueran del restaurante de Beatriz donde nadaban en ron y dejaran la zona para siempre. Es cuestión de unos pocos días, les dije, y Barros le puso su brazo velludo sobre un hombro a Nacho, al tiempo que sonreía con esos dientes blancos y brillantes. Tranquilo, Nacho, le dijo, en esta montaña nunca pasa nada. Pero Nacho no podía dejar de mirar hacia el pastizal, como si estuviera hipnotizado por el susurro, y por eso no contestó cuando Barros nos invitó a entrar para pasar la noche en el rincón de las enjalmas y tuve que halarlo por el brazo y conducirlo en la oscuridad asfixiante en la cual tropezábamos con las respiraciones cortadas de las mujeres que dormían o fingían hacerlo. Nos tendimos en el piso y hablamos un poco en voz bajísima hasta cuando nos metimos en nosotros mismo, y yo empecé a especular con los posibles movimientos de la familia Barros en las tinieblas. Así adiviné cuando Ninfa se levantó a llevarle agua a su suegra que se ahogaba en un ataque de tos, y habría apostado a que se rascó la cabeza mientras bostezaba esperando el tazón para llevarlo de nuevo al rincón de la cocina. Por un momento el universo estuvo en silencio. Luego se escucharon los ronquidos de las gallinas afueras y el gemido de los perros, lo que me hizo reconstruir nuestra llegada minutos antes, asustados y sorprendidos por el paisaje azuloso, entonces miré a Nacho y lo imaginé con los brazos entrecruzados por la nuca, ya va a amanecer, le dije, y sólo me soltó un “aja” con el cual me decía que no importaba mucho si empezaba o terminaba otra día, así queme dejé llevar por el murmullo de afuera y me quedé dormido hasta cuando Barros encendió la cóleman y el rancho tomó el aspecto lúgubre de mi colegio en Medellín en las primeras horas de la mañana, con los hermanos cristianos caminando en la formación por los corredores, unos hacia delante y otros de espaldas, de una pared a la otra. Pero esta vez no había hermanos cristianos caminando sino dos mujeres con los cabellos sueltos moviendo ollas en el otro extremo del pequeño espacio donde habíamos pasado la noche. Barros estaba afuera orinando junto a la escalita de la entrada hasta la cual debió subir el vaho del chorro caliente, luego salimos nosotros estirando los cuerpos cansados y saludando sin respuesta a la señora Leonor que volvió a ignorarme. Caminamos unos metros hacia el pasto aún a oscuras, desde donde vimos a Barros enjalmando su burro y después tomando el café que Ninfa le entregó en una taza. Nos hizo una señal de invitación, y más tarde entre el humo de los tintos recapitulamos la situación y acordamos reunirnos allí de nuevo en tres

días, cuando el peligro se hubiera ido de la zona, o sea que había llegado el momento de la despedida a la hora en que el aire olía a tierra mojada, y en el pueblo Adelaida estaría tomando su café en la cocina, Juan Fernández seguramente ensillaba su caballo flaco, Oriol habría pasado la noche en vela mirando correr el agua del río frente a la panadería y Mariana contaba las horas desde el instante en que salimos. Ya era tiempo de regresar y dejar a Nacho en manos de esa lejanía, es tu casa, le dio Barros al montarse de un brinquito en el burro que se ladeó y movió las orejas en abanico, ¡ah! y no le hagas caso a la vieja, agregó un segundo antes de enterrarle una vara de guásimo al burro en el anca y lanzar un grito al aire. Nos quedamos mirándolo y desde lejos levantó el brazo derecho como posando para la última imagen que nos iba a quedar de él porque después se lo tragó la oscuridad y no volvimos a verlo, de la misma forma que iba a ocurrir conmigo, pues tenía que salir antes del amanecer para no dejar pistas acerca del paradero de Nacho, y éste se quedó grabado como una figura quieta diez pasos adelante del rancho donde Ninfa y la señora Leonor seguían organizando cosas que en el día iban a desorganizar. Después supe que se estuvo ahí afuera mirando hacia los hierbajos hasta cuando aclaró el día, es decir, estaría yo pasando los bosques antes de entrar al territorio de garzas rosadas y a las eternas propiedades de Adelaida, y Mariana seguramente caminaba por toda la casa mirando a través de las ventanas buscando algo que le quitara la ansiedad, pero tuvo que esperar hasta poco antes del mediodía cuando por fin llegué hipnotizado por tanto camino y tanto miedo persiguiéndome que aumentaba con la proximidad al pueblo, como si el aire aquí estuviera cargado de energías oscuras y densas que podía tocarlas levantando la mano alrededor mío. Y ese mismo día habían llegado señales de peligro a la casa Perkins, como debe interpretarse la visita de Antonia y Elisa quienes se metieron por el patio pisando hojas secas y riendo a carcajadas cuando Mariana asustada las vio a través de la ventana y pensó que iba a robar o, peor aún, a hacer el repugnante amor sucio y por dinero con alguien todavía más sucio y más repugnante, pero esa vez iba a avisarle que los matones ya estaban en el pueblo pues ellas mismas los habían oído hablar de Nacho y dedujeron la sabiduría conseguida en el trajín con hombres de esa calaña que eran asesinos y algo muy malo iba a ocurrir, algo relacionado con nosotros, y ellas quisieron avisarnos. Luego se fueron riéndose como dos jorobadas que de cuando en cuando volteaban a mirar hacia la Perkins.

Después supe que los hombres habían ido a visitar a Adelaida y ponerla al tanto de su misión, ante lo cual, creo, ella se quedó callada y no les dejó conocer su impresión del asunto, entonces los matones se fueron de nuevo para el restaurante de Beatriz y siguieron tomando en silencio, porque eran del altiplano, aindiados por dentro y por fuera, de los que hablan poco y sólo navegaban en pensamientos, mientras tanto Adelaida hizo llamar a Juan Fernández para darle instrucciones precisas de lo que debía hacer antes de que

los hombres salieran a cazar a Nacho. Quería evitar problemas de sangre en su territorio, y Juan estuvo de acuerdo aunque debió preguntarse qué iba a ocurrir con el asunto de la casa del río. Sin embargo, me han dicho que ese mismo día llegó a la panadería en su caballo que metió los cascos hasta adentro y él agachó la cabeza para asomarse, pero ya no había nadie, porque Oriol estaba vendiendo el pan en las tiendas. Las herraduras sonaron al reversar y tomó de nuevo el camino del pueblo, pero al pasar por el barrio de las putas se detuvo a saludar a una mujer que lo invitó a desmontar y a quedarse allí tomando cerveza.

Ese fue el día en que Eligio llegó por primera vez a esta casa, aunque ya él no lo recuerda y su mente es una ruleta que mezcla la memoria de todos sus años y de otros que le han contado o que él mismo en sus aires y venires ha inventado, por eso no le pido ayuda a la hora de reconstruir esos días, y me basta con tenerlo aquí junto a mí respirando sonoramente, oliendo a ceniza de cigarrillo, mirándome como un gato miope, igual que aquel día cuando regresé del rancho de Barros y unas horas después lo vimos parado frente a la casa, los brazos cruzados sobre el pecho, inmóvil y extraño. Desde lejos se veía como la rama encorvada de un árbol negro, pero él, igual que muchos otros, había venido a avisarnos de la presencia del grupo de hombres que a esa hora se emborrachaban en el restaurante y que, según se dedujo de sus pocas palabras, iban a matar a uno de nosotros, y el viejo quería advertirme, y lo hizo en la noche, cuando Oriol y yo decidimos salir a dar un vistazo por los alrededores del negocio de Beatriz, entonces nos pegó con su paso de jirafa anciana, lo van a matar, patrón, me dijo varias veces como una forma de iniciar la conversación mientras caminábamos y fue imposible soltarme y seguir al ritmo de Oriol, por lo cual tuve que pedirle a él que siguiera solo, y al mismo tiempo yo hacía esfuerzos por despachar al viejo, pero no lo conseguí a pesar de que tampoco me habló más, y únicamente caminaba a mi lado, con aire de sombra, hasta cuando llegamos a la vía del tren y nos encontramos de nuevo con Oriol que venía corriendo con el cuchillo de la panadería en la mano, y con una sonrisa asustada en la cara bizca porque había chuzado las llantas del jeep de los hombres que seguían bebiendo en el restaurante, silenciosos y bañados en sudor, observados por Beatriz que tejía sentada en un mecedor junto a la entrada de las palmeritas. Pensé que por lo menos esa noche no iban a molestar a Nacho y miré los cables de la planta de luz donde dormían las golondrinas, lo que nos tranquilizó un poco y Eligio y yo regresamos a la casa, pues Oriol se despidió a la entrada del barrio y se perdió en la oscuridad. Era el momento de despedirme de Eligio, pero ni él propició la ocasión ni yo encontré un agujero en nuestro silencio, pues no supe distinguir entre las pausas de su respiración, ni logré hacer que me mirara a los ojos, entonces nos vimos frente a la puerta de anejo que se abrió con un empujoncito lleno de dudas, y él se quedó otra vez inmóvil sin traspasar el umbral. La puerta se cerró y me separó del viejo, pero algo mío se había quedado con él afuera. Lo sentí claramente en todos mis movimientos del comienzo

de aquella noche, cuando tomé un libro y lo abrí en cualquier página sin que lograra pasar del mismo renglón durante cinco largos minutos en los cuales estuve mirando hacia el exterior de la casa donde todavía estaba el viejo, luego en la cocina, mientras buscaba algo de comer, y en el baño, sintiendo el ruido líquido al orinar, después en el cuarto de Mariana y la niña, hasta que se hizo insoportable la presencia de Eligio en los alrededores de la casa y salí a llamarlo y le pedí que entrara a pasar la noche en la cama de Nacho, pero sólo una noche, le dije, y él no contestó, simplemente entró arrastrando sus zapatos de cuero seco, oloroso a cigarrillo y a viejo, y se ubicó sin acostarse ni sentarse en el rincón de Nacho. Sentí un alivio, momentáneo, pues ahora quedaba el asunto de cómo explicárselo a Mariana, y mientras armaba una estrategia para que ella no se molestara con la presencia de Eligio, lo sentí caminar por toda la casa, y toser apagando los ruidos de su pecho con la mano contra los labios, como lo hace siempre para que yo no me desconcentre en los recuerdos, porque sabe que ahora trato de revivirlos en estos papeles ya casi amarillos del sol que entra por los ventanales de este enorme salón. Esa noche por fin me quedé dormido pensando en el huésped que por momentos se cruzaba con la última imagen de Nacho en la casa de Barros con las dos mujeres al fondo alumbradas por la cóleman, y habían pasado tan solo unos minutos cuando me despertó Mariana que peleaba contra una pesadilla en la cual toda su familia cargaba y acariciaba a la niña mientras una sombra sin identificar daba vueltas por toda su casa en Medellín, y nadie quiso darle explicaciones acerca de los pasos extraños y las respiraciones pesadas que se le acercaron hasta hacerla gritar. Fue entonces cuando abrió los ojos y me vio a mí tratando de calmarla, pero también, luego de unos segundos, escuchó el alboroto de los árboles con el viento, los relinchos de los caballos de Adelaida y, en un instante de absoluto silencio, sintió la tos ahogada de Eligio, luego sus pisadas y por último ese olor a ceniza que terminó por levantarla de la cama. Es Eligio, el viejo que vino esta noche, le dije. También le expliqué lo de mi imposibilidad de dejarlo afuera así no más, pero ella de nuevo tenía razón, pues Eligio no es de ayer, me dijo, y en todos esos años tuvo que haber aprendido a vivir solo, sin nuestra ayuda, por tanto mis argumentos para no echarlo no tenían sentido, y menos a esas horas, cuando ella y yo estábamos llenos de terror y ansiedad por la suerte de Nacho que para entonces enfrentaba, no tanto la soledad y el miedo a morir, como sí las indirectas de la señora Leonor, según nos contaba días después Ninfa, la esposa de Barros. Pero en realidad yo jamás había pensado que echar a un anciano de la casa de uno fuera un asunto tan complicado que ni siquiera Mariana lo hizo, y en cambio recibió mis caricias asustadas esa y otras noches igualmente difíciles, y dejó que Eligio siguiera allí en ese rincón donde primero dormía Nacho, esquina convertida con el tiempo en la esquina del viejo, parecida a una celda de prisión, con la ropa colgada en los muros, la cama desordenada, los montecitos de colillas de cigarrillos, su olor de vejez regado por toda la casa que se fue mezclando con una rutina de silencios, miradas, esperas, porque a él le tocó la época brava, cuando de

tantas dificultades se nos fue olvidando sonreír y de pronto nos volvimos tristes, y Mariana entendió que tener a Eligio aquí con nosotros era tan incómodo y absurdo como las cosas que iban sucediéndose, así que se dio por vencida ante las molestias ocasionadas por ese metro con setenta centímetros de huesos, piel negra y ciega, silenciosa y sonámbula, y siguió viviendo y esperando noticia de Nacho. Entre tanto regresé a la panadería, donde Oriol seguía enfrentado solo el trajín diario con todos los rumores que se tejen en los pueblos, pues basta un pensamiento arrastrado por el viento para que de inmediato entre a las casas vecinas y se convierta en noticia, como ocurrió un día en el que tuve muchos problemas para conseguir materiales a crédito en Ciénaga, hasta donde habían llegado los comentarios acerca de nuestras dificultades económicas. Recuerdo que descargué el bulto de harina a los pies de Oriol que siguió raspando las latas más lento que siempre, y cuando ya iba a quitarme la camisa para empezar a trabajar me dijo, patrón, dicen que estamos quebrados, y en sus movimientos pausados había cierta duda que traté de borrarle con un grito en el cual le pedí no dejarse llevar por las habladurías de la gente. Le hablé de contratos nuevos con los que íbamos a salir de deudas y luego conseguiríamos maquinaria, pero Oriol me miró con sus ojos bizcos y apuntaló bien los pies en el suelo para seguir trabajando. Ese día me di cuenta de que Oriol también nos iba a dejar.

Los días que Nacho pasó en la casa de Barros debieron ser difíciles, si se tiene en cuenta que la señora Leonor todavía habla de nosotros como los intrusos que movieron los malos espíritus de los alrededores. He tratado de reconstruir esos momentos desde cuando lo dejé en la madrugada parado frente a la casita de Barros, y sé que la señora Leonor fue impermeable ante las conversaciones de cortesía planteadas por Nacho, y a todo le contestó con monosílabos, casi siempre sin mirarlo, ante lo cual Nacho decidió ayudar en alguna tarea de la finca para ganarse la confianza de la vieja y al mismo tiempo controlar los nervios que empezaban a agitarle la respiración a medida que pasaban las horas.

Había una cerca empezada con apenas cuatro o cinco estacones clavados sobre una línea trazada en la tierra con la que Barros, pensó Nacho, posiblemente quería bordar el rancho y extenderse hasta donde

empezaban los hierbajos. Dicen que consultó con Ninfa y sacó hacha, pica y martillo, tenazas, alambre, grapas, y empezó a trabajar después de las diez de la mañana del primer día. La niña estuvo mirándolo todo el tiempo mientras él cortaba troncos, los pulía, abría huecos en la tierra, tareas en las que estuvo hasta bien entrada la tarde esperando a que de la casa lo llamaran para almorzar, pero sólo vio que la abuela le entregó a la niña un plato de yucas y ella las comió sin moverse de su sitio. Nacho pensó que tendría tiempo de clavar a lo sumo un estaca más antes de que empezara a llover, pues había estado viendo a través de los guásimos cómo se oscurecía el cielo. A esa hora ya sus manos sangraban, entonces seguramente hizo todos los movimientos repetidos durante el día pensando que sería la última vez. Enterró la pica en el piso como asegurándose de la profundidad del hueco, clavó el tronco y lanzó una maldición porque no logró sostenerse, miró hacia atrás y vio a la niña haciéndole señas desde la casa, era que por fin lo llamaban a comer, pero no podía irse aún porque había que cavar más profundo. Cerró lentamente una mano y con la otra sostuvo el madero. Apretó el aire haciendo una mueca para amortiguar el dolor y miró de nuevo a la niña que tenía el vestido sucio enroscado en las piernas y el cabello desordenado por el ventarrón húmedo. En esos momentos Nacho debió pensar que esa barriguita hinchada estaría llena de lombrices, pero se decidió a soltar el palo que iba a enterrar en el piso y caminó hacia el rancho mirándose las manos ampolladas. Al pasar junto a la pequeña le sobó la cabeza con las yemas de los dedos, a tu papá lo va a coger el agua, le dijo mientras se sacudía los pies a la entrada de la casa, y la señora Leonor, que había estado pendiente de él todo el tiempo habló en voz alta para que Nacho oyera cuando dijo que Barros no iría esa noche por estar trabajando en una finca lejos de allí, lo dijo en tono cordial, sin la dureza de otros momentos, entonces Nacho vio la oportunidad de conversar con ella y le preguntó qué tan lejos estaba esa finca, pero ya no le contestó, en cambio siguió revolviendo el arroz en una olla junto a la mesa. Su cabello enrollado en forma de moña debió brillar al moverse frente al espejo quebrado de la pared, imagen interrumpida por Ninfa que le gritó desde afuera que la finca de don Marcos estaba demasiado lejos. Luego la señora Leonor repartió el arroz en cuatro platos y encima echó queso rallado, entonces Nacho pidió permiso para salir a lavarse las manos llenas de sangre y tierra, y la señora apretó los labios, arrugó la frente y por primera vez lo miró a los ojos: le va a doler, le dijo, pero si no se lava se le infectan.

Al salir, Nacho vio el tronco tirado en el suelo al lado de la pica y otras herramientas. Empezaba a llover y pensó que era mejor recogerlas, así que corrió hacia la cerca y sintió el soplo frío del viento que movía las ramas en los árboles. Al agacharse debió sentir la soledad que lo rodeaba, con un rancho oscuro, una cerca de medio hacer, las tres mujeres adentro, las pisadas de esos fantasmas que lo perseguían desde la cordillera. Regresó a la casa sin lavarse las manos y trató de sonreír mientras comía, pero la señora Leonor

empezó a incomodarlo con algunas frases lanzadas al aire con su acento profético y dolido diciendo que nunca antes habían oído hablar de muertes por allí. Después se dirigió a él sin remilgos para preguntarle cuánto tiempo se iba a quedar, ante lo cual Nacho encogió los hombros y Ninfa se adelantó a decir, Francisco dice que no hay problema, señora Leonor, y Nacho siguió comiendo y pensando en la oscuridad de afuera, oyendo las voces de la anciana y de Ninfa, pero sin ánimos para terciar y sin fuerzas suficientes para salir del rancho. La señora volvió a preguntar, ahora con la cara más tensa, qué había hecho para estar amenazado de muerte, y de nuevo Ninfa intervino y mencionó la palabra “política”. Francisco dice, dijo ella, que por política matan a la gente en otros lados. La señora no parecía muy convencida, sin embargo bajó un poco la guardia para interrogar a Nacho acerca de si había visto matar a un hombre. El se quedó mirándola a ella pero viendo correr la película de todas las muertes de la cordillera, y soltó la cuchara llena de arroz sobre el plato metálico, les amarran las manos atrás, señora, le dijo, y con el mismo lazo dan vuelta al cuello. Cuello y manos se halan entre sí, y quedan mirando hacia el cielo y apretando los dientes. Los matan a bala, después los cuelgan de las cercas, señora. Y las dos mujeres se quedaron calladas un buen rato, sólo la niña se atrevió a hablar para decirle a la abuela que no dejara colocar la cerca para que no pudieran matar a nadie, pero Ninfa se la llevó y la acostó en la hamaca, y desde allí oyeron cuando la señora Leonor preguntó si de verdad era estudiante, ella no entendía qué podrían estar haciendo los estudiantes en esas montañas, se rascó la cabeza mostrando todo su desconcierto y cambió el semblante hacia su rigidez inicial porque Ninfa repitió las palabras de su marido: Francisco dice que todos tienen derecho a estar donde quieran, señora Leonor, y ésta la reprendió en tono fuerte por dirigirse a ella en esa forma y no hizo caso a la mediación de Nacho que preguntó cuándo regresaría Barros. Ninfa agachó la cabeza y dijo, tal vez mañana, señor Nacho, creo que mañana viene. Entonces para mañana estará lista la cerca, dijo él, quiero que la encuentre terminada, agregó como justificando su intervención.

El agua golpeaba con fuerza en las paredes y en el techo de palma. Nacho se paró junto a la puerta y se quedó viendo llover hasta cuando todas se acostaron. Veía cómo se iluminaban los estacones con los relámpagos, alcanzaba a ver los hierbajos aplastados en la finca vecina, seguramente pensó que allí jamás lo buscarían, y se metió en la hamaca a seguir escuchando el movimiento de los árboles. Esa noche durmió pesadamente hasta el momento en que las dos mujeres empezaron a hacer ruidos con las ollas en la cocina y él las vio de espaldas, con los cabellos largos y sueltos, entonces imaginó sus caras, los gestos de la señora Leonor, los suspiros doloridos y recuperó la conciencia de su situación mientras se levantaba rengueando y reconociendo las abolladuras en sus manos. Afuera el aire azul de la madrugada rodaba en espirales sobre la tierra mojada. Vio la fila de estacones culebreando desde lejos, interrumpida en un punto

que hacía pensar en un duro trabajo para poder terminarla antes de la llegada de Barros, pero de todas formas quería darle la sorpresa grande a él y en el fondo a la señora Leonor. Así, pues, agarró las herramientas y debió pensar que cuando el cuerpo se calentara con el sudor ya no iba a molestarle la hinchazón, sin embargo, el primer golpe en la tierra le dolió como si le destazaran la piel de sus manos. Me dicen que se quitó la camisa para envolver el mango de hierro de la pica, y ayudándose con los pies siguió abriendo huecos para meter troncos, cada vez que clavaba uno miraba satisfecho hacia atrás a ver cómo la culebra crecía y ya casi daba vuelta al rancho.

No se percató de las picadas del sol en su espalda sino cuando vio a la niña sentada a dos metros de él chorreando sudor por las mejillas encendidas que lo observaba en silencio, manos en la quijada, codos apoyados en las rodillas, y él se sintió incómodo por su presencia hasta el punto de no poder continuar con sus evasiones mentales, pues había descubierto que para no sentir calor ni cansancio lo único que debía hacer era evocar imágenes de situaciones vividas. Su recuerdo predilecto desde hacía muchos años, desde los tiempos de la universidad, era el de las tardes en compañía de Mariana en la época en que todavía eran novios. Miró a la niña y le preguntó si no le molestaba el calor. Ella contestó con una inclinación de la cabeza, y luego le preguntó si era verdad que lo iban a matar. Nacho comprendió que había estado hablando con la abuela y trató de tranquilizarla diciéndole que esa cerca era una muralla que no dejaba pasar bandidos, y si se arrimaban a ella se convertirían en gallinas, es una cerca mágica, le dijo, y la niña le preguntó si eran gallinas de verdad que pudieran comerse, propuesta que no le disgustó a Nacho como parte de un programa de gobierno en el estado socialista, creo yo ahora, un tiempo después de ocurridas tantas cosas, pero la niña resolvió el asunto retractándose y sugiriendo que mejor se convirtieran en pollitos. Nacho sonrió y dejó que la niña se fuera. A esa hora la culebra había crecido y casi se mordía la cola.

A las doce lo llamaron para almorzar. Agua con limón, suero y yucas que devoró sin preocuparse de sus manos sucias y todavía ensangrentadas, en cambio la niña no quiso comer pensando en la cerca. Abuela, dijo, los pollitos que aparezcan son míos. En esos momentos a Nacho le pasó un corrientazo por el pecho y se paró junto a la puerta a mirar de nuevo el pastizal seco más allá de los estacones. Seguramente su expresión asustó a las mujeres, pues la señora Leonor por primera vez se dirigió a él con cierta suavidad, ¿le alcanzará el alambre, señor?, le pregunto, y Nacho simplemente le dijo: alcanzará, señora, ya falta poco, y salió de nuevo al sol picante, escupió en las manos y tomó el alambre amarrado de un tronco pequeño, luego templó con fuerza, después aseguró el extremo mientras clavaba la grapa. Ese día las mujeres no salieron de la casa a excepción de la niña que estuvo acompañándolo desde la escalita de la puerta hasta cuando

empezó a oscurecer y Ninfa le pidió que se entrara. A esas horas ya era poco lo que le faltaba para terminar su trabajo, sin embargo tuvo que suspenderlo al caer los primeros goterones de un aguacero denso. Entró a la casa en el momento en que la señora Leonor decía que ya no quedaba comida, lo que sintió en el cuerpo como un baldado de hielo líquido, y se ofreció a ayudar en algo, pero Ninfa lo calmó diciéndoles que Francisco decía que él no debía moverse de allí. Además, dijo, creo que mañana vendrá, porque él sabe que la comida se nos acaba. Después le preguntó si tenía hambre. Lo que pasa, dijo la señora Leonor con una risita en los ojos, es que él no está acostumbrado. ¿Se acostumbran al hambre, señora?, preguntó Nacho, y luego se lamentó de haber hablado, pues la anciana suspirando le dijo: al mal comer, señor, sólo al mal comer.

Esa noche no pudo dormir. Estuvo fumando y meciéndose en la hamaca. Seguramente pensó en sus amigos muertos en la cordillera, y vio los dientes apretados y sus cuerpos amarrados a las cercas. Cansado de dar vueltas en la lona se levantó antes que las mujeres. La lluvia había cesado y al abrir la puerta del rancho el viento se metió con fuerza. No tenía ganas de trabajar ese día. Parecía flotar en el aire por el cansancio de la noche en vela, entonces dejó que los pies lo llevaran por los alrededores de la casa y caminó con la mente en blanco sin darse cuenta de que iba hacia los hierbajos de la finca vecina. Eran altos como un perro cazador, y el viento los aplastaba levemente. Regresó por las herramientas y empezó a trabajar con desgano. Una palabra de tierra, un desfile de pensamientos. Descubrí que aplazó el fin de la obra, pues desclavó algunos estacones y los reemplazó por otros, templó el alambre hasta el límite de sus fuerzas, afirmó los parales, y cuando ya no hubo más qué hacer recorrió satisfecho la muralla pensando que era una larga serpiente. Luego fue a guardar los aperos, y en esos momentos las mujeres le parecieron más pálidas y endeables, como si alguien acabara de morir. Listo, dijo, y nadie respondió. Ni siquiera la niña que lo miraba con ojos cansados. Comieron yucas nuevamente, esta vez acompañadas con plátanos y cebolla. Después de comer, cuando las mujeres se disponían a acostarse, Nacho se sentó en la mecedora de afuera. Estaba ansioso porque llegara Francisco. Imaginaba su sonrisa de dientes blancos entre la barba cerrada, y vio aparecer una luna grande y clara detrás de los guásimos. Desde su sitio se veían los estacones bien parados, el alambre templado brillaba con el reflejo del cielo, Nacho cerró los ojos y debió encontrar en la oscuridad la imagen de Mariana, a quien ahora sé que jamás pudo olvidar, y así se hundió en un sueño ligero que fue interrumpido por el extraño canto de un pájaro. Se levantó de la silla y no pudo evitar pensar en los pollitos de la niña. Luego recordó que ese mismo canto lo había estado escuchando toda la tarde mientras terminaba la cerca. Miró hacia la casa y escuchó las respiraciones apagadas de las mujeres. Adentro todo estaba en orden, entonces dijo entre dientes la frase que siempre pensó le iba a helar el cuerpo: Ahora sí

llegaron. Y en algún lugar de esa enorme manga debían estar los hombres que lo buscaban. Nacho corrió hacia los hierbajos pensando que allí podía burlarlos y al mismo tiempo alejarlos del rancho donde dormían las mujeres. Caminó agachado mirando a los lados, apoyándose con las manos en la tierra. Se arrimó a la cerca por el frente de la casa y por ahí mismo se dobló para pasar al otro lado. Entonces debió sentir los ruidos en la maleza y las voces de los hombres. Fue cuando estuvo seguro de que eran ellos y corrió alejándose de la cerca. Escuchó sus pasos tan fuertemente como el golpe de su corazón, y llegó un momento en que las piernas se le engarrotaron y no pudo correr más. Estuvo escondido entre las espigas enormes desde donde vio con claridad a los cuatro hombres. Después todo se le borró cuando escuchó los estallidos de las escopetas y seguramente no pudo ver a las mujeres y a otros campesinos de los alrededores que lentamente se acercaron a los hierbajos abanicados con suavidad por el soplo del viento.

He calculado que serían las ocho de la noche cuando Nacho quedó tendido en el pastizal con un agujero en la espalda. A esa hora Mariana y yo sentimos que la brisa se metía en la casa Perkins por todos los poros de la madera. El propio Eligio debió darse cuenta de que algo extraño ocurría en esos momentos, pues nos vio caminar dando vueltas por todos los cuartos, y luego seguramente escuchó los gemidos de Mariana que no soportó el nudo de tristeza en la garganta. Sin embargo tuvimos que esperar un día más, pues se nos dijo que no era prudente ir ala montaña ya que los matones habían estado rondando esa región. Para entonces todavía guardábamos esperanzas, leves, pero al fin y al cabo era lo único que nos quedaba, y decidimos conservarlas hasta cuando tuviéramos indicios de lo contrario, que ocurrió el quinto día contado a partir del viaje a la casa de Barros, y fue éste quien nos lo trajo envuelto en una hamaca atravesado sobre su burro. Oriol y yo lo vimos cuando apareció en el cuadro de la ventana de la panadería, caminando con la cabeza agachada. Salimos a la puerta y ahí llegó él con los ojos encharcados, entonces por un momento creí que de nuevo todo podría ser parte de un sueño y lo único que debía hacer era esperar a despertar, pero pasaron los minutos y sentí las manos de Barros en mi hombro como pidiéndome perdón. Me acerqué a destapar el bulto cubierto con la hamaca y se me metió en las narices el olor a montaña que había traído desde la cordillera. Le toqué la cara fría y silenciosa que colgaba sin fuerza. Todo eso ocurrió y no desperté, o sea que debía prepararme a continuar en la realidad, y ésta empezaba con el camino a la casa Perkins, donde mariana seguía esperando sin saber el desenlace de los acontecimientos. Recorrimos las calles del pueblo con las caras húmedas por las lágrimas, Oriol detrás de nosotros, bizco y noble, llevaba las manos en los bolsillos.

La gente salió a las puertas para vernos pasar y algunos muchachos se nos unieron. Frente a la casa de Adelaida me detuve y vi cuando ella se asomó por la ventana con una mano en la boca. En el camino quienes se nos había acercado se fueron quedando, y al pasar por el restaurante de Beatriz ya estábamos de nuevo solos, como nos vio llegar Mariana por el caminito estrecho de los arbustos que nos obligó a andar de lado hasta las escalitas de la entrada. Allí Oriol me abrió la puerta y ambos esperaron afuera a que pasara el encuentro con Mariana. Ulla salió de la cocina limpiándose las lágrimas con sus manos blancas, Eligio se quedó inmóvil en su rincón oscuro, y poco después entraron Oriol y Barros que se ubicaron alrededor de la mesa donde colocamos el cadáver. Lo primero que hizo Mariana fue mirar el rostro de Nacho lleno de tierra, con una cierta dignidad que no le dejaba espacio a sentimientos de tristeza. Nos pidió agua para lavarlo y ropa limpia para vestirlo. Entre todos limpiamos su piel llena de sangre y tierra, hasta cuando los ojos le fueron quedando como eran en vida, su barbilla volvió a ser suave y sus orejas estuvieron otra vez como si escucharan todo lo que estábamos hablando. Por momentos parecía divertirnos aquella complicidad de Nacho a quien hablábamos pidiéndole paciencia y le prometimos un bonito entierro. Así, lo que pensamos iba a ser un acto macabro terminó siendo un alivio. Al terminar de lavarlo y vestirlo ya no sentíamos deseos de llorar sino una especie de amistad diferente a la anterior, como si ahora simplemente estuviera escondido en las sombras de la casa Perkins, pero de todas formas aunque fuera un huésped silencioso con el que podíamos hablar sin ser interrumpidos, había que comprar un ataúd, contratar al cura y al sepulturero, fijar la hora del entierro, definir si íbamos a avisarle a alguien de afuera, y sobre todo, aceptar que estaba muerto. Entonces pensé en los compañeros de la organización y supuse que ya todos lo habían dado por muerto desde tiempo atrás, puesto que el cuadro viajero de la cordillera jamás volvió a tener contacto con él, y lo abandonó a su suerte. Avisarles que el compañero Ignacio Mesías había sido asesinado quizás les podría significar un problema, pues tendrían que volver a pegar afiches en los muros de las ciudades, hacer denuncias en los periódicos, y lo peor, preguntarse si ahora sí estaría muerto de verdad. Ya les avisaríamos. Por el momento era más importante enviarles un mensaje a los padres de Nacho en Medellín. Decírselo con palabras precisas a través de los hilos del telégrafo hasta aparecer en las manos de ellos, seguramente temblorosas y tristes. Barros y Oriol hicieron cargo de los detalles del entierro. Ulla se llevó a la niña a dar un paseo mientras Mariana y yo nos quedamos con Nacho en la sala de la casa Perkins. Él estaba allí tendido con los ojos mirando al techo, con sus mejores bluyines, una camisa blanca, el cabello negro y brillante. Detrás de los labios estarían los dientes blancos y parejos como la cerca de Barros. Dentro de él todavía nadaban las palabras del hachero Santiago gritándole que no se dejara matar en campo abierto. Se cruzaban con el recuerdo de los buenos años en la universidad, y de los últimos días con nosotros en la zona. Habría sonreído viéndonos tristes, y si le hubieran permitido una licencia de breves segundos, había

besado a Mariana y yo todavía estaría recordando el apretón de sus manos con las mías. Pero nada de eso era posible, y en cambio vi que los labios de Mariana habían adelgazado y tenían un color azulado en los bordes. También pensé que en esos momentos estaba sintiendo el olor de la nada, con esa tristeza que se siente cuando las cosas terminan, y era verdad que la fiesta había terminado. La prueba definitiva fue la llegada del ataúd. Era una caja sin pulir que entraron forzosamente por la puerta de la cocina, y luego contuvieron los jadeos al llegar al salón donde estábamos sentados. Entre los cuatro metimos el cadáver y lo acomodamos para que se viera bien. Eligió le cerró los puños antes de ajustar la tapa. El entierro sería en cuanto llegáramos al cementerio donde iban a estar el cura y el sepulturero esperándonos para una ceremonia casi secreta en la que sólo estuvimos nosotros para cargar el cadáver y enterrarlo en una tumba hecha a las carreras. El cura y el viejo con su pala se fueron y yo los seguí con la mirada. En la puerta del cementerio estaba la figuraba de Beatriz vestida de negro, con velo sobre la cara. No había querido acercarse pero nos observaba desde una cruz despintada y con maleza crecido alrededor. Me hizo un saludo inclinando sutilmente la cabeza en el instante en que el cura pasó por su lado y se fue antes que nosotros dejando las rueditas de sus tacones marcadas en la arena del camino al restaurante. Después mis pasos lo borraron.

Las noches de ahora se parecen mucho a aquella primera oscuridad sin nacho, cuando Mariana y yo lo veíamos a él en todos los rincones esperándonos con una sonrisa y con su olor a monte seco que tardó muchos días en esfumarse, aunque a veces el viento lo revive. Esa noche cayó una lluvia triste y desganada que sólo consiguió levantar el polvillo del piso. Entonces hubo un olor a cemento que no nos dejó olvidar el movimiento del palustre embadurnando la tumba.

Desde hacía un tiempo Mariana había tomado el hábito de dormir durante el día sentada en una silla junto a la ventana. Las noches las pasaba en vela pegando la cabeza en la mallita del ventanal del cuarto nuestro. No se acostaba sino que recogía las piernas sentada sobre la cama y dejaba recostar la cabeza a un lado. Varias veces intenté hacerla descansar pero sólo me respondió tensionando el cuello para evitar que la moviera de allí. A veces, cuando la cubría con una manta, así la encontraba al amanecer.

Al día siguiente del entierro tuvimos que soportar un calor húmedo cargado de mosquitos. El trabajo en la panadería se hizo mucho más difícil que siempre, y ni siquiera Oriol mostraba fuerza en las manos, tanto que no se opuso cuando le sugerí trabajar media jornada por esa vez, en cambio se echó a dormir en el suelo sin limpiar las latas para hornear y sin preocuparse por las moscas y las cadáveres de murciélagos. Así

lo dejé hacia al mediodía y caminé hasta el cementerio pensando que sería una buena oportunidad para estar solo. La gente me miraba pasar y casi todos agachaban la cabeza como disculpándose por haber dejado matar a Nacho. Los tenderos a los que les vendíamos pan me enviaron saludos con movimientos de mano y sonrieron. Al empujar la puerta del cementerio vi las siluetas de una pareja madura y bien vestida frente a la tumba de nacho rezando entre sollozos. Me acerqué a ellos y me miraron con los ojos húmedos. Después de un leve saludo siguieron rezando, entonces caminé hacia atrás y esperé a que terminaran. Le habían llevado flores rojas y blancas, como dicen que le gustaban a Nacho, y ellos sabían bien sus gustos, por algo lo criaron hasta cuando decidió meterse a agitador profesional, desde entonces no le veían mucho. Fue bueno tenerlos aquí a pesar de las condiciones de tristeza. Les arreglamos un lugar en la casa Perkins con dos camitas prestadas a Beatriz. Mariana salió de su encierro para conversar con ellos y pasó tres días en compañía de la madre de Nacho, una mujer de porte elegante con modales de condesa que la lleva a caminar por los alrededores de la casa mientras hablaban. Yo las veía cruzar los puentecitos de madera pintada de blanco, perderse en la sombra de los árboles del bosque, ir y venir por los caminos del barrio con el sol reflejado en sus cabellos. El padre se quedaba en casa y a veces me hablaba para pedirme que volviéramos a Medellín y dejáramos esta vida de dificultades. No estaban resentidos con nosotros por la muerte de nacho porque siempre supieron que éramos sus únicos amigos. En esos tres día pero aplazaron el viaje por el dolor de dejar el cuerpo de Nacho en esta tierra. En una ocasión el señor me planteó la posibilidad de desenterrarlo y trasladarlo a Medellín. Pero al fin logré convencerlo de que el cadáver estaría en tal estado de descomposición que sería una locura hacerlo. Al día siguiente se fueron de la zona. Fue como volver a empezar. De nuevo estuvimos solos y Mariana regresó a su ensimismamiento de los últimos días. En esa ocasión poco me faltó para que dejara todo en el camino. Las palabras de los padres de Nacho me cogieron en un momento vulnerable y tuve deseos de pedirle a Mariana que volviéramos a la ciudad. Pero Eligio no me lo habría perdonado, ni Barros, ni nadie en la región porque todo el mundo sabía que la historia aún no terminaba. Nacho estaba debajo de esta tierra, Oriol había peleado a mi lado, y a nadie le gusta declararse vencido antes de tiempo. Volver a la ciudad no sería fácil y menos ahora cuando ya la sangre de Nacho estaba de por medio.

Pero aquella serie de acontecimientos parecía no tener fin ni dar tregua. Sólo esperaron unos cuantos días mientras regresábamos a la rutina de trabajo en la panadería. Entonces Adelaida nos envió al Juan Fernández a visitarnos una tarde, y desde su caballo me gritó para que saliéramos. Oriol me codeó y se paró delante de mí. El capataz traía un mensaje que me tomó por sorpresa pues nos pedía un mensaje que me tomó por sorpresa pues nos pedía empezar a pagarle el arrendamiento de la casa a Adelaida, que

según él pasaba de un año la deuda. Sí, patrón, me dijo Oriol cuando Juan tiró hacia atrás las riendas de su caballo y se fue, eso es lo que dicen en el pueblo, que Adelaida reclama esta tierra y las mejora.

El aviso me llegó como una orden interior de hacer el balance de las cosas, y en secreto, mientras seguimos trabajando para aparentarnos indiferencia ante los hechos, llamé uno a uno los días pasados. No había tienda en el pueblo ni en los caminos cercanos donde no tuviera deudas contraídas en mi afán de mantener surtida la despensa de la casa Perkins. Y en Ciénaga me esperaban compromisos mayores que reflejaban la cantidad de materiales comprados para el negocio. Poco a poco se había cerrado las puertas en todas partes y Adelaida parecía decidía a acorralarme por completo. Al final de aquel día Oriol encendió un cigarrillo en un brasa del horno, lo chupó con fuerza y contuvo el humo en los pulmones. Repitió varias veces la operación hasta cuando decidió preguntarme si era el final, ¿verdad que sí, patrón?, y yo hubiera querido mentirle si al menos me quedara una alternativa, entonces quizá no me habría quedado en silencio mirando la lucecita roja entre sus dedos, y hubiera tomado otra actitud más guerrera cuando dijo algo que en otra historia tal vez se habría dicho en voz alta y con gestos en la cara, pero en la nuestra tan sólo podría decirse como él lo hizo: peleemos, patrón, dijo. Entonces tuve todo el aire del mundo a mi alrededor durante unos segundos y sentí que un gran espacio me separaba de Oriol. Una distancia infranqueable para explicarle que ya no había razón ni fuerza para peleas, pero no fui capaz de decírselo con palabras. Lo único razonable que encontré fue darle un apretón en el brazo y bajar la mirada para evitar que se me salieran las lágrimas. Ese día terminó para mí al ver por la ventana al bueno de Oriol raspando las latas de hornear sin agachar la cabeza, bizzo y decepcionado.

Cuando Adelaida salió a vernos pasar con el cuerpo de Nacho acostado sobre el burro de Francisco, me pareció que estaba preocupada realmente. Es posible que estuviera impresionada por la imagen que desfilaba frente a ella, pero me quedó tan presente su expresión que ahora, con todo el tiempo del universo disponible y a mi servicio, me di a la tarea de averiguar lo que pensó en esos momentos. Descarto el pesar por Nacho, puesto que Adelaida jamás cruzó una palabra con él y creo que nunca lo vio de cerca. Además,

las personas de su estirpe no fueron educadas para compadecer a nadie que esté sobre la tierra o debajo de ella porque don Abel, su padre, en la larga historia de negocios con vivos y muertos siempre salió con ventajas, y su secreto estaba muy alejado de cualquier cosa que significara compasión. Entonces pregunté a la gente que e pasa los días enteros haciendo fila frente a su casa para ser atendida por ella, y casi todos me dijeron que esa vez, cuando supo del asesinato, se fue a buscar a Juan Fernández en todas las cantinas del barrio de tolerancia y lo encontró en una ramada rodeada de mujeres que lo acariciaban y bailaban para él, quienes se asustaron al verla llegar con un grupo de hombres, y nada hicieron por evitar que les apagara la música y diera una patada a una silla que se tambaleó un poco sin acabar de perder el equilibrio. Luego se paró frente al cuerpo desmadejado de Juan y se jaló el chaquetín de gamuza negra al tiempo que le ordenó levantarse. En todo este tiempo los hombres de Adelaida no se atrevieron a mirar a Juan a la cara, y temblaron cuando la oyeron decir: Ahora esto seno va a volver una guerra, porque esas palabras fueron dichas con rabia, lo que empieza a explicar la cara de Adelaida a nuestro paso frente a su ventana, y confirma mis sospechas; es decir, es claro que no se trata de compasión, pero de pronto sí de rabia, en principio hacia Juan, el pobre lobo barbado que no pudo levantarse de la silla, y en cambio echó mano de una mirada de dignidad, también de vergüenza, pero digna, y siguió allí sentado escuchando los latigazos de su patrona que se lamentaba a gritos de tener que contar con empleados mediocres. Te dije que eran asesinos, decía repetidamente, y tú lo único que hiciste fue venir a emborracharte como una bestia, ahora, si no nos movemos, vamos a tenerlos aquí muy a menudo, te espero en la oficina, le dijo antes de irse pateando de nuevo la silla atravesada en su camino.

Horas después la conversación siguió en la casa de Adelaida, con Juan bañado en el río y revivido a base de café cargado. Ella le dio instrucciones precisas acerca de la forma como debían proceder para evitar nuevos hechos de violencia en la zona. Incluían las nuevas normas una espera de más o menos ocho días como señal de condolencia por lo de Nacho, al cabo de los cuales era necesario sacarnos de sus tierras y hacernos desaparecer de la región, porque en cualquier momento podía llenarse esta zona de asesino. Había meditado mucho desde aquella primera conversación con Mariana cuando ella le pidió trabajo en el colegio y ahora tenía que aceptar que le habíamos hecho daño, le afectábamos su vida, se sentía mal con nosotros metiéndonos en sus fincas a organizar huelgas, o influyendo sobre alumnos y padres de familia en el colegio, o atrayendo matones de otras partes. La zona había cambiado desde entonces, y su propia personalidad se veía frágil con un tipo como yo invadiendo sus tierras a os ojos de todo el mundo. Era consciente de que los recursos delicados se acababan y ya no quedaba otra alternativa diferente de aquella a la que tanto le huía. Tomó entonces la decisión de actuar y fue precisamente en la mañana del día de su

cumpleaños, cuando se levantó más temprano que siempre a recorrer el jardín y acariciar sus rosa, después se miró en el espejo del salón que le servía de despacho y vio que su rostro había envejecido. Detrás de su espalda estaba el patio de palmeras, y en ellas empezaba a verse reflejado el sol. Seguramente pensó en Mariana como lo había hecho obsesivamente en los últimos días, y lamentó que hubiera tenido prejuicios para aceptar su oferta, pero en el fondo sabía que no podría hacer nada más por ella distinto de lo que iba a hacer. Se sintió aliviada y dejó de ver las arrugas en las esquinas de sus ojos y de sus labios como algo de qué avergonzarse. Durante una buena parte de la mañana estuvo convenciéndose de que todo sería un acto de caridad con Marina de Aguilera, la profesora, con lo cual le daría un empujoncito final y necesario para empezar a caer en un abismo profundo, y de paso todo en a zona volvería a la normalidad.

Adelaida esperó hasta después del almuerzo, y el tiempo que Urbano tardó en tomarse la sopa haciendo sonar los sorbos en los labios como es su costumbre y en tragarse las cucharadas de arroz ella lo aprovechó para mirarlo en cada uno de sus movimientos. Qué viejos estamos, le dijo cuando su marido terminaba de comer y soltaba el primer eructo. Urbano la miró y luego olvidó esas palabras. Una semana después recordó que ese día también había olvidado el cumpleaños de Adelaida. Pero entonces ya no tendría oportunidad de hablar del asunto porque para entablar una conversación con su mujer siempre necesitó que fuera ella la de la iniciativa, y ahora no sólo Adelaida sino todos los que tuvieran que ver con ella estaban ocupados en un procedimiento policivo que tenía bases legales, antecedentes, testigos, y además nadie iba a discutir. Esa tarde el propio Urbano como inspector de policía del pueblo tenía orden de desalojarnos de la casa de la creciente, y debió sentir que algo se alteraba en su rutina de partidas de ajedrez y sueños alrededor de un pasado imborrable. Sin embargo estuvo esperando el momento en que saldría a cumplir la diligencia y se quedó mirando la llovizna brillante que estaba cayendo desde antes del mediodía. Adelaida dio la orden temprano y se sentó junto a la ventana a esperar que pasara Urbano con los policías para unirse a Juan Fernández y su gente. El pueblo parecía no estar enterado de nada y entonces vio a la gente caminando por las calles en su actitud normal en los días de lluvia recibió saludos y los contestó con un gesto de la mano derecha, hasta que dejó de responder a la simpatía de los vecinos y arrugó la frente. Pensó que ya habrían pasado por el costado del río y ella no los había visto. Se entró a hablar con unos campesino que la esperaban y desde adentro estuvo tratando de mirar hacia la calle mientras oía las peticiones. Despachó ese y otros tres asuntos tan rápido como pudo y salió a buscar a su marido. Lo vio por la ventana de la inspección desde una cuadra antes y reconoció sus piernas largas y flacas cruzadas sobre la mesa de la inspección. Escuchó las risas de los policías que jugaban dominó en la acera. Ella caminó por la mitad de la calle y diez metros antes de llegar le gritó preguntándole por qué no

habían salido. Urbano se encogió de hombros, miró al cielo, después giró el cuello para observar la sierra nevada, y dicen que dijo: Hoy va a llover todo el día, mujer, pero Adelaida le recordó que las funciones de inspector eran independientes del clima y que además se cumplía el plazo que nos había dado para cancelar el arrendamiento de un año en la casa de la creciente. Lo dijo bien duro, para que todo el mundo supiera que ahora sí, por fin, había decidido hacerse respetar, y se sintió otra vez fuerte al escuchar su voz metálica en la burbuja del parque de los almendros y vio con gusto las puertas abiertas de las casas, y decenas de caras asomadas mirando hacia el lugar donde ella estaba. Recordó que no hablaba en voz alta desde el día ya lejano de su pelea con Beatriz, cuando la mitad del pueblo se fue con ella a fundar el caserío. Ahora lo hacía con la convicción de tener el control total de la situación, y oyó el sonido de sus botas al pisarlos charcos de la calle, y el movimiento de los policías detrás de ella. Al pasar por su casa los agentes se detuvieron cuando ella lo hizo. Desde la puerta de entrada le dijo a Urbano que el procedimiento era algo en lo que ella no tenía por qué entrometerse, entonces el viejo pasó a la cabeza del grupo de agentes y se acomodó el sombrerito hacia un lado. Los muchachos del pueblo corrieron a treinta metros del piquete hasta cuando la lluvia se los tragó al pasar por el cementerio.

Recuerdo bien que ese fue un día gris, con un cielo lleno de nubes y presagio que Antonia y Elisa observaban mientras esperaban que su cuarto se desocupara. Quizás las dos viejas fueron las primeras en saber lo que iba a pasar, pues le habían dicho a Beatriz que algo muy malo se aproximaba, pero ésta apartó sus voces con un manotazo al aire queriéndoles mostrar su incredulidad, y las despachó rápidamente. Sin embargo se quedó pensando y se le ocurrió que si ellas tenían la razón era mejor prevenirse. Entonces se fue al caserío a darle vuelta a Basilia que esa mañana no se había querido despedir de ella como siempre sino que se quedó callada mirando hacia un punto inexistente. Con sus pasos crecía la ansiedad y a todos los que encontró en el camino les preguntó si habían visto a Basilia ese día. Al principio se extrañaban por la pregunta pues era obvio que la vieja nunca salía de su casa por sí misma, pero esa imprecisión hizo que se regara la especie de que Basilia se había ido. A pesar de lo absurdo de la idea la gente se dio la tarea de buscarla en los alrededores de la casa, siguiendo un consejo lógico según el cual una inválida no podría haber ido muy lejos sin ayuda. La buscaron en los matorrales cercanos, reconstruyeron los hechos de los últimos minutos y nadie recordó haber visto extraños en los alrededores que hubieran podido raptarla. Descartaron el secuestro, y pensaron si había alguna razón para que a su edad y en sus condiciones pudiera haber escapado de la casa. Las conjeturas avanzaron, me han dicho, y fueron las mismas viejas las encargadas de acabar con los comentarios y malos entendidos, pues vieron pasar a Urbano con sus policías y a Juan Fernández con un grupo de hombres y se las ingeniaron para averiguar lo que pasaba. Al momento

se fueron a buscar a Beatriz para ponerla al tanto de las cosas, pisando los primeros metros del caserío se dieron cuenta de los rumores de que Basilia se había ido de la casa. Entraron a la terracita y bordearon las paredes asomándose al interior donde vieron a Beatriz conversando con su abuela. Rasparon con las uñas el anjeo de una ventana para que las vieran, y así se aclaró todo cuando Beatriz y Basilia salieron a la puerta para oír lo que las dos viejas iban a decirles.

Beatriz miró a los lados y vio a toda su gente aglomerada junto a su casa mojándose con la lluvia que no dejaba de caer. Repasó sus rostros asociando cada uno con alguna historia que unidas daban la historia de medio siglo de la zona. Les agradeció con palabras la fidelidad mostrada hasta el momento, y me dicen que luego de aclarar el malentendido dijo, de todas maneras estoy triste, y lo estaba en realidad porque Antonia y Elisa le habían contado lo del desalojo en la panadería, que se cumplía exactamente a esa hora en que todos los habitantes de su caserío estaban a su alrededor bañados por la lloviznita que no terminaba.

Llovió el resto del día y sólo cuando las golondrinas llegaron a los cables del ferrocarril dejaron de caer las últimas goteras. En tardes como esa el pueblo parece un fantasma. Nadie abre las puertas de las casas, las tiendas permanecen cerradas, y la gente ni siquiera enciende los mechones de petróleo en los interiores. Urbano regresó de la panadería al anochecer y sintió cerca de sus oídos el ruido de los grillos cuando abrió la oficina de la inspección para guardar el acta del desalojo. Al salir miró hacia el parque de los almendros que a esa hora estaba vacío alcanzó a ver en la calle de atrás la casa donde en un principio habitábamos Mariana y yo. Respiró profundamente el aire frío y se fue caminando hacia su casa donde estaría Adelaida esperándolo.

A pesar de la lluvia hubo unos cuantos curiosos en el momento de la operación que fueron los encargados de describírsela a todos el día siguiente en el mercado, entonces la gente fue a ver las ruinas del orno y reconstruyeron mentalmente la llegada de Juan en su caballo que movía la cabeza a los lados acomodándose el freno con la lengua, el grito con el que se nos conminó a salir, la respuesta de Oriol bajo el marco de la puerta y la reacción de los agentes que lo callaron a golpes. Después midieron el espacio recorrido por Urbano hasta la boca del horno donde estaba yo leyendo la orden de lanzamiento y pudieron imaginar la expresión del inspector cuando tiré el documento entre la leña encendida. Luego contaron los golpes de picas y las piedras que los policías necesitaron para destruir la bóveda de barro y calcularon que fue un asunto concluido en cuestión de horas, el resto del tiempo se diluyó en las peripecias de Urbano para construir un acta que contara lo ocurrido esa tarde. Oriol y yo permanecíamos acorralados en un rincón de

la casa desde el cual vimos saltar los pedazos de horno, el rojo de la candela que se resistía a apagarse, y el humo que llenó el espacio. El terco de Oriol estuvo todo el tiempo con la cabeza en alto sin importarle los golpes que había recibido. Vi cómo el pelo le caí sobre la frente y aumentaba su bizquera. Cuando todo terminó, los agentes nos quedarían hacer caminar hacia el pueblo, pero Urbano los detuvo diciéndoles que la orden que llevaba era de un simple desalojo y o incluía detención. Entonces nos empujaron a culatazos hasta el otro lado del río y ellos se fueron por el mismo camino que habían llegado.

Desde ese día Juan Fernández va todas las mañanas a las ruinas de la panadería. A veces me encuentro con él y me hace una señal con la mano en el sombrero, y no se baja de su caballo mientras recorre la casa que empezó a caerse poco a poco. Las parejas no volvieron a aprovechar la soledad del lugar como lo hacían antes porque parte del techo se ha derrumbado. En unos rincones Juan cabe encaramado en el caballo sin tener que agacharse, y el cascoteo es el único sonido que se escucha allí diferente al de la corriente del río. Ultimamente la maleza empieza a tragarse la casa. Dentro de poco todo el mundo se va a olvidar de lo que pasó allí, y el capítulo de la invasión a territorios de Adelaida quedará cerrado para siempre, como se van cerrando otros episodios sin que uno pueda impedirlo, pues estoy seguro de que Mariana se fue de mi lado sólo cuando comprendió que todas las oportunidades se habían acabado para nosotros en esta zona, y o supo al vernos llegar a casa y descubrir las heridas en la cara de Oriol, sus manos tiznadas por el humo negro, mi ropa olorosa a derrota, mi desgano para respirar, entonces sonrió cuando le dije que era el final, y miró a Oriol, bizco y callado, que a esa hora pensaba en Cimitarra su pueblo, en que tal vez ya era tiempo de volver porque lo de su hermano Ismael se había fundido con lo de cientos de Ismaeles que simplemente querían nadar en sus quebradas, cazar pájaros en sus montañas, construir ranchos en sus selvas y amar a sus mujeres hasta que el amor se vuelva costumbre. Tal vez cuando Mariana lo miraba, Oriol tenía su mente corriendo por la cordillera, donde Nacho había dicho que hay rocas brillantes de oro cubiertas por tierra colorada, y seguramente lo de esta aventura de hacer pan de la nada ya era para él asunto pasado y vivido sin rencores, por eso cuando Mariana se le acercó y lo besó en la frente, simplemente apuntaló bien los pies en el suelo, y sacudiendo la cabeza para apartarse un mechón húmedo que le caí sobre los ojos, me miró y dijo con una voz suave y firme, son cosas de la vida, patrón, palabras con las cuales se despedía y se cerraba otro acto de un drama comenzado años atrás, cuando vi claramente el futuro dibujado en el aire, con una casa enorme hecha de madera fuerte traída de la sierra, donde viviríamos Mariana y yo con quienes nacieran o llegaran después, que serían bienvenidos y para todos habría espacio y comida, al tiempo que podrían ser testigos del respeto de la gente hacia nosotros, pero que para nuestra desfortuna el polvo de verano y las lluvias de tantos inviernos terminaron por borrar de nuestro

horizonte esos sueños, y lo entendimos aquella noche, cuando vimos a Oriol alejarse por el caminito de setos, luego atravesar los puentes de madera blanca, doblar por el bosque de cauchos y terminar por un ser un recuerdo amable que todavía me acompaña y me obsesiona, pero que entonces tratamos de acomodarlo al lado de los aromas que nos quedaban de Nacho en la casa Perkins, y no hablamos más de éste ni de aquél porque Mariana me tomó del brazo y como en otros tiempos trató de borrar con besos y caricias el cansancio de esos días, amándonos con la tristeza de final de camino, bebiéndonos las lágrimas en la oscuridad del cuarto, ahogando los sollozos para no despertar a la niña, cuidando la llamita de pasión que sobrevivía a la intemperie, tratando de mantenerme vivo hasta el día siguiente, cuando me acercara a la despensa y viera que de nuevo estaba vacía, entonces tuviera que salir a tocar las puertas de lo que nos quedaba, es decir, la rejilla de Ulla, el restaurante de Beatriz, y listo, acabados. Pero Mariana supo esperar a que yo le dijera, y simplemente me apretó las manos cuando se me salieron las palabras de rendición. Entonces fue cuando supe que ella lo había estado pensando durante mucho tiempo, en el cual logró madurar la idea de que sería inevitable una separación, al contrario de mi conclusión personal en la que me veía a mí mismo en la estación del tren a Medellín cargando a la pequeña con una mano y en la otra una maleta amarrada con cabuyas, y para completar el cuadro, Mariana a mi lado, lánguidos los dos y caminando derrotados, con el temor de los campesinos en la ciudad repleta de ruidos y automóviles. Ella lo hizo con dulzura, como si fuera el primer día cuando desempacábamos en la casa del pueblo de Adelaida, sólo que esta vez no sacaba su ropa de la maleta sino que la metía en ella, y ya no mis bluyines y mis libros, sino con los pañales y las pijamas de Paula que me miraba algo confundida, como si supiera que les esperaba un largo camino lleno de matas de banano tratando de meterse por las ventanas del tren, y luego las sabanas eternas y ardientes con sus palmeras y sus vacas tristes, sin hablar de las estaciones bullangueras en donde se encaraman decenas de negritos hasta los corredores de cada vagón a ofrecer comidas grasientas y trasnochados, pero su mirada era también de lástima por mí, porque de alguna manera sabía que yo me quedaba acá en esta zona, y más exactamente encerrado en esta casa antigua, acompañado sólo por Eligio, un viejo a punto de derrumbarse por el peso de tantos recuerdos, con su mínima existencia, limitado a toser conteniendo el eco, a caminar sin arrastrar el cuero seco de sus zapatos, a fumar las colillas que recoge en las calles del pueblo, a lavar mi ropa y la suya en el grifo de la vieja caballeriza, a buscar entre su gente algo que él mismo cocina, y sirve la mesa, entonces me llama con su palabreja preferida: Compañero, está listo dice, y se sienta en su rincón que antes fue de Nacho y desde allí me vigila a ver si estoy comiendo o si de nuevo me he perdido en las nostalgias. A pesar de todo, Eligio ha sido un buen compañero. Sale conmigo a pasear después de las tormentas y permite que yo me acueste en la hierba de afuera a sentir cómo la tierra se traga el agua de los charcos. Nunca me interrumpe cuando escribo sobre todos esos años, ni deja que la

llovía que entra por las ventanas moje los papeles amarillentos, y se queda velándolos como si fueran armas de otros tiempos. Pero a veces se duerme por ahí sentado en cualquier rincón, entonces siento deseos de caminar en las puntas de mis pies para no ser oído cuando pase junto a él hasta la puerta que al abrirse me mostrará un terreno que he pisado miles de veces, en el cual me encontraría con gente conocida que trataría de saludarme y hablarme un poco, pero tendría que ignorarlos y correr sin detenerme hasta la estación justo en el momento en que pasara un tren silencioso y clandestino que me llevara lejos de esta zona, a un lugar cerca de Mariana, donde fuera posible empezar otra historia distinta a ésta que ya he cerrado casi todos los capítulos excepto uno en el que aún estoy yo, luego de la noche fría en que Mariana al terminar de empacar me tomó de nuevo por el brazo y me llevó al único rincón de la casa donde no habíamos hecho el amor, entonces cerró a las puertas de este enorme salón donde ahora escribo, apagó las luces para dejar entrar los relámpagos con toda su intensidad por los ventanales enormes, y se quitó la ropa que le cubría un cuerpo casi esquelético, y con la dulzura de los actos finales me desnudo en el piso helado en el cual me entregó hasta el último gramo de su amor. La noche de nuevo escondió las lágrimas regadas por los cuerpos y sin hablarnos una sola palabra nos despedimos con caricias.

Nunca antes estuvo tan frío y sórdido el aire de la mañana como en aquella oportunidad. Recuerdo bien que un peón con dos mulas pasó junto a nosotros y nos saludó sin descruzar los brazos sobre el pecho. Los obreros del ferrocarril empezaban a organizarse alrededor del capataz que impartía instrucciones. Algunos hicieron señales con la cabeza para que los otros nos miraran. Cruzamos la vía cerca de ellos y sentimos el murmullo de los saludos. Apenas les sonreí. Después encontramos los viejos vagones abandonados cubiertos de enredaderas florecidas, brillantes por el rocío, y desde adentro salía el halo de vacío que siempre me hizo pensar en la vejez de esta zona. Cuánto tiempo han estado allí. Han asistido a todos los acontecimientos desde principios de siglo. Podría jurar que conocieron a Eligio en su juventud y que van a verlo morir, encorvado y tieso como un leño quemado. A esa hora de aquel día en la estación sólo estaba el encargado de las comunicaciones del ferrocarril quien nos vio llegar y siguió hablando por el teléfono. Su conversación rebotaba en nosotros y se perdía en el aire. Escuchamos cuando nos dijo que el tren venía cerca de Orihueca y que en unos minutos estaría aquí. Los dos nos movimos para disimular el terror. En silencio esperamos el pito en la curva y después el ruido de la locomotora. El jefe de estación le pidió al maquinista que esperara un poco hasta que Mariana se montara. Los seguí unos metros chocando con las puntas de los polines. Las manos de Mariana estaban frías, y la cara húmeda de lágrimas. El tren tomó velocidad, pitó por última vez en el puente del río y no volví a verlo.

Ahora, a pesar de la asfixia que me producen estas paredes de la casa Perkins, pienso que aún tengo una carta para jugarme. A un extremo de la zona, en días claros, se ve la nieve de la sierra. Allá hay bosques inmensos con los que podrían construirse ciudades enteras. Yo sólo necesito demostrar que no he muerto. Voy a levantar una casa como le prometía a Mariana.

Cuando vengán encontrarán que cumplí, y entonces le explicaré a la pequeña que no me fui con ellas a la ciudad porque aquí había una historia que no podíamos dejar olvidada. Le diré que aunque hoy no lo vea claro, algún día entenderá que la gente se ubica en distintos sitios de la tierra, y que no siempre es posible moverse de un sitio a otro. Tendré que decirle que el asunto es todavía más grave cuando ha caído la sangre que uno quiso, entonces habrá que hacerse en algún extremo de la mancha y pensar que siempre estaremos a cierto lado de la sangre.